

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / MAYO 1999 NÚM. 580

◆ Ilustran:  
Alamilla, Arango,  
Garea, Hernández,  
Macotela, Marín,  
Maya y Núñez

◆ Colaboran:  
Boullosa, Cincotta,  
Espejo, Guarner,  
Yáñez y otros

- ◆ Hernández Franyuti: Ciudad de México:  
una urbe sin territorio
- ◆ Balza: Futuro que se desdobra
- ◆ Sotelo: Los virus en la nueva medicina
- ◆ Rosado: Asturias: vocero de su tribu



# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Marzo-Abril 1999

Núm. 578-579

## El universo de las matemáticas

◆ Barot: Acerca de las paradojas ◆ Blanco: Poesía y ciencia ◆ Bracho: Caleidoscopios y simetría ◆ Christen: Probabilidad y estadística ◆ Fernández: Matemáticas y computadoras ◆ Neumann: ¿Qué forma tiene el espacio? ◆ De la Peña: La enseñanza de las matemáticas ◆ Prieto: Nudos y enlaces ◆ Reding: De la exactitud y la analogía ◆ Sánchez Valenzuela: El oficio del matemático ◆ Trabulse: El barroco y los números imaginarios ◆ Trujillo y Maupomé: Los matemáticos en el cine

Entre otros textos

Ilustraciones de Artís y Felguérez

Llame al número 56 06 69 36 o envíe un fax al 56 66 37 49  
y acudiremos a tomar su suscripción *dentro* del D.F.



Coordinación de Humanidades

UNIVERSIDAD  
DE MÉXICO  
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

*Consejo editorial:* Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert Sierra, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

*Coordinador editorial:* Octavio Ortiz Gómez

*Corrección:* Amira Candelaria Webster

*Publicidad y relaciones públicas:* Rocío Fuentes Vargas

*Administración:* Mario Pérez Fernández

*Diseño y producción editorial:* Revista *Universidad de México*

*Oficinas de la revista:* Los Ángeles 1932, número 11, Colonia Olímpica, C. P. 04710, Deleg. Coyoacán, México, D. F. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Teléfonos: 56 06 13 91, 56 06 69 36 y Fax 56 66 37 49. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Impresora y Editora Infagon, S.A. de C.V., Eje 5 Sur B Núm. 36, Col. Paseos de Churubusco, 09030, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$20.00. Suscripción por 12 números: \$200.00 (US\$90.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$25.00. Revista mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): [reunimex@servidor.unam.mx](mailto:reunimex@servidor.unam.mx) Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

MAYO 1999  
NÚM. 580

## Índice

	◆ 2 ◆	<b>Presentación</b>
JOSÉ BALZA	◆ 3 ◆	<b>Futuro que se desdobra</b>
RICARDO YÁÑEZ	◆ 5 ◆	<b>Poema</b>
REGINA HERNÁNDEZ FRANYUTI	◆ 6 ◆	<b>La conjunción territorial de la Ciudad de México y el Distrito Federal</b>
CARMEN BOULLOSA	◆ 12 ◆	<b>La conspiradora</b>
BEATRIZ ESPEJO	◆ 15 ◆	<b>Una mañana de abril</b>
JUAN ANTONIO ROSADO	◆ 18 ◆	<b>Miguel Ángel Asturias: vocero de su tribu</b>
RICARDO POZAS HORCASITAS	◆ 26 ◆	<b>Poema</b>
MARÍA CONSTANTINO	◆ 27 ◆	<b>Algunos protagonistas de la nueva plástica mexicana</b>
JULIO SOTELO	◆ 35 ◆	<b>Los virus en la nueva medicina</b>
LETICIA LÓPEZ MARGALLI	◆ 40 ◆	<b>Una canción en francés</b>
HÉCTOR DANTE CINCOTTA	◆ 43 ◆	<b>Elegía</b>
VICENTE GUARNER	◆ 44 ◆	<b>Las pasiones y los errores del alma</b>

### LA EXPERIENCIA CRÍTICA

CARLOS VÁZQUEZ-YANES	◆ 49 ◆	<b>Ideología, progreso cultural y bienestar de los animales superiores</b>
GUSTAVO CURIEL	◆ 51 ◆	<b>Una crónica novelada de amor rural</b>
ALINE PETTERSSON	◆ 53 ◆	<b>Viaje a los infiernos</b>
JESÚS GÓMEZ MORÁN	◆ 55 ◆	<b>Escribir como solución vital</b>
	◆ 57 ◆	<b>Colaboradores</b>

# Presentación



**M**uy reducida atención han tenido los estudios en torno a los nexos o ligas ineludibles que mantienen los conocimientos teóricos con los conocimientos aplicados conocidos, estos últimos, como tecnología. A lo largo de la historia es posible detectar no sólo esta relación unívoca sino una verdadera simbiosis, mediante la cual no puede concebirse el avance de un campo o disciplina teórica sin la contraparte de sus aplicaciones y de lo que de ellas se infiere para continuar el desarrollo de las investigaciones en el campo teórico original. El mismo concepto técnicas de investigación conlleva unida la noción de que todas las referencias relativas a una técnica o aplicación de saberes o conocimientos teóricos conducen a la idea de procedimientos racionales y/o eficientes, lo cual señala con claridad que el ejercicio tecnológico no es sólo la instrumentación que en determinadas y específicas aplicaciones realiza el ser humano; la técnica no se detiene en un mecanismo eficiente aplicado a conciencia. La técnica, obviamente, incluye el conjunto de procedimientos que indican la racionalidad de esos experimentos o ejercicios y destrezas que permiten al ser humano no sólo experimentar sino extraer, de la práctica, conocimiento. Una computadora incluye en su "naturaleza", su seno, los procedimientos para su utilización, los procesos de su mantenimiento, los límites de su ampliación operativa y, asimismo, los principios teóricos que hacen posible su utilización. Todo un mundo o universo que existe dentro y alrededor de ésta y cualquier máquina, instrumento o conjunto de experiencias de aplicación. Ante el enorme avance de este mundo tecnológico que ha abierto las compuertas del desarrollo operativo en todos los planos de la existencia humana en el umbral del siglo XXI, debemos extraer de la brutal aplicación de tantos y tantos procesos y medios tecnológicos, por una parte, los conocimientos teóricos y los principios racionales e ideas que dieron lugar a tan sugerente expansión técnica; por otra parte, estamos obligados a reconocer que existen aspectos de este avance que tiene que ver fundamentalmente con actitudes humanas y racionalización de procedimientos pues las aplicaciones de la tecnología no sobrevienen nunca aisladas ni en el vacío; son siempre parte de un todo que hemos denominado mundo, realidad, universo, que no se halla completo sin un sencillo adjetivo que todos conocemos: humano. ◆

# Futuro que se desdobra



JOSÉ BALZA

## Serie I

1. Tal vez hubo milenios en que el presente no terminaba. ¿Sabía alguien que *ése* era su presente?

2. Desde el milenio en que alguien pensó que pensaba, emergió el sentimiento de la fugacidad.

3. El arte y la literatura —o sus formas primarias: el mito y las religiones— se convirtieron en expresiones de salvación contra lo transitorio.

4. Si bien cada artista es transitorio, su creación —que también puede serlo— sólo perdura o revive cuando alguien encuentra en ella su reflejo.

5. Durante milenios, el arte y la literatura —cualesquiera que hubiesen sido sus formas, sus estilos, sus temas— constituyeron el refugio contra el paso del tiempo.

6. El siglo XXI, que comenzó hace algunos lustros, vio levantarse un instrumento nunca antes conocido: la inmediatez de la información. Lo que parecía un recurso lateral para iluminar la existencia, terminó por convertirse en sentido de la existencia.

7. La fugacidad pasó a ser el objetivo de la existencia. Estar informado dio lugar a ser información. La diferencia entre lo transitorio y el deseo de lo duradero fue condenada.

8. Hoy se rinde culto al presente. Pero es un presente sin ayer ni mañana; sólo se sostiene en su insípida novedad. Reina lo inmediato —que, sin conexiones— es lo superficial o el acumulamiento momentáneo (inútil).

9. Con un presente informativo como el nuestro, no puede haber pensamiento. Nos inunda la banalidad, la ignorancia, la belleza irreconocible. Mientras menos sabemos sobre lo que se informa, la sensación de presente es mayor.

10. El siglo XXI, que comenzó hace algunos lustros, ya posee sus poderosos payasos líderes. Éstos transmiten sin

reflexionar. Y la masa los sigue por tv o prensa. Ni unos ni otros tienen tiempo para pensar.

11. Vislumbrar y sentir la intensidad del presente ha sido el milagro de la plenitud (emotiva, intelectual). El deseo mismo de la plenitud se oponía a lo fugaz.

12. Hoy, la plenitud no debe ser individual. La masa —o su símbolo, una pantalla de tv— impone qué debemos desear o qué debe satisfacernos. Somos plenos colectivamente. Pero cada día esa plenitud colectiva dura menos: es cambiada por otra novedad.

13. Cambian las maneras del arte y la literatura. También su sentido. Pero el deseo del arte se sostiene en un individuo, en su existencia; por mucho que sea obligado a replegarse, ese deseo pervive.

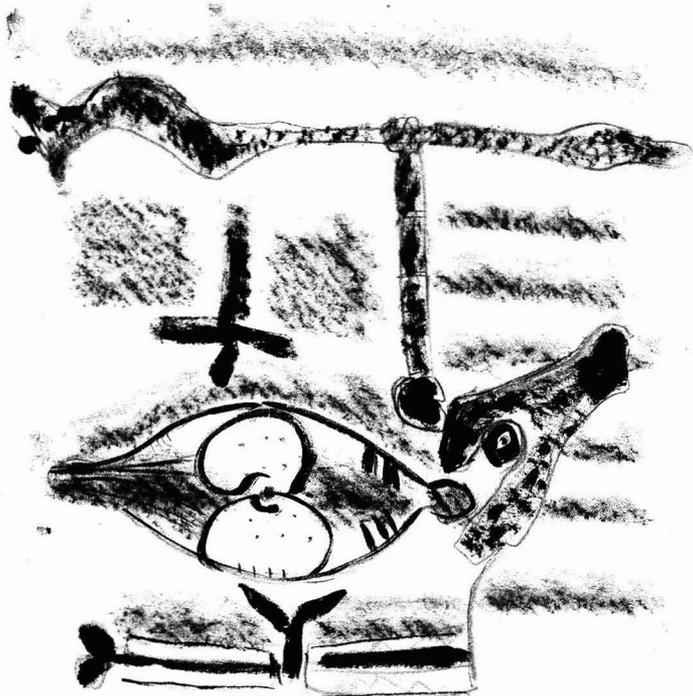
14. El arte perdura porque, dentro de la masa, existen ciertos seres a quienes une la contradicción.

15. En su intensa capacidad de metamorfosis, el arte absorbe cualquier nueva posibilidad de expresión. Sólo necesita su evolución desde lo informe hasta constituir la madurez de una contradicción.

16. La transformación del arte y la literatura, como ya ocurrió varias veces en anteriores milenios, declara la presencia de nuevas realidades y el prodigio de otros medios expresivos. Cuanto más revolucionarios sean éstos, más cercanos están del origen. Hay un punto de contacto que estabiliza ese vínculo secreto: los seres.

17. El significado y la forma del arte se hacen nuevos, irreconocibles, contradictorios. Sólo de tal manera persiste el infinito lugar común que les da sentido.

18. El sentido del arte consiste en reflejar un área de la realidad que desaparece o se expande, que se descubre o se revela. En ese bascular ilimitado está la constante.



Sergio Hernández

19. Todo lo que prensa y tv han trivializado es lo que, sorpresivamente, nos aguarda como elevado contenido.

20. Dentro de la proliferante avalancha de lo fugaz, casi nadie puede definir o expresar su talento.

21. El creador atraviesa la sociedad. Participa de ella o se aísla. Los sucesos lo envuelven, pero su historia es magnética, individual. Su historia —que es lo más importante— puede coincidir o no con los sucesos. Inexorablemente los trasciende.

22. Sabiéndolo o no, el verdadero creador se afianza en los elementos de su época, los subyuga y los ennoblece. Los contamina con la fuerza (o la debilidad) de su presencia.

23. El talento es una soledad infinita.

## Serie II

1. No hay secreto: la familia es enemiga mortal. A menos que esté integrada por dos personas y un televisor (o una pantalla electrónica).

2. El próximo milenio —ya se nota— será el triunfo de los hijos. Concluirá el estorbo de los padres.

3. Freud, por lo tanto, habrá pasado a ser un escritor de ciencia-ficción.

4. La cacofonía universal de hoy —la televisión— llevó los momentos sublimes (un sacrificio, una guerra, la pasión) hacia la insignificancia.

5. ¿Quién puede discernir entre lo importante y lo banal? ¿Entre el éxtasis y la brutalidad? Durante 24 horas al día vemos infinitamente la degradación de los hechos: perdieron su sentido. (Y nosotros con ellos.)

6. La muerte, la violencia, la nobleza, la generosidad se ejercen sin razón que las justifique. Entonces ya no equivalen a su significado original. Hemos mutado emocionalmente.

7. Lo que buscamos decir es que también Borges se engañaba: no es tan reducido el prontuario de las anécdotas ni todos los hombres son el mismo hombre.

8. Lo que emerge con el nuevo milenio es un conjunto diferente de sentimientos, de relaciones. Habrá masas suficientes para el reparto de esa nueva emotividad.

9. Durante dos o tres milenios fue posible reconocer un doble código: el de los hechos y el de su expresión (oral, escrita, estética). Las últimas décadas muestran que el vínculo entre ambos fue alterado: algo en éste impide la antigua correspondencia. Como si el sonido de la palabra hubiera huido de su significado.

10. Dicho de otro modo: ¿no volverán a coincidir la *inventio* y la *elocutio*?

11. El hecho secreto y único consiste en la presencia de un nuevo sentimiento. Una estructura, una complejidad emotiva sin precedentes en la Historia.

12. Distribuidos en la masa, esos nuevos sentimientos, sólo podrían ser convertidos en elementos de conciencia por seres singulares.

13. Tal vez arte y literatura (o sus similares) guardarán una red estable (la expresión: en su infinita variedad) que debe ser obsesivamente tópica. Dentro de ella estarán las novedades emocionales, como nuevas fronteras.

14. ¿Debemos confiar en una posible *gestalt*, en la permanencia de lo tópico? ¿Podrá aquel antiguo arte llamado Retórica ajustar ambos polos de la experiencia —hechos y lenguaje— otra vez?

15. ¿Persistirán los once argumentos de Cicerón y los quince de Quintiliano? “Nombre, naturaleza, crianza, fortuna, hábito, aficciones, estudios, consejos, hechos, cosas, oraciones”, etcétera. ¿O el peligro, lo posible, ya no permitirán la certeza del tiempo y del lugar?

16. Soy optimista: sin familia, sin espacio, sin sentido, el individuo —el artista— sabrá hallar otra vez algo más poderoso: el mundo de las formas. El caos de nuevo procederá a ajustarse, aunque ningún hombre de hoy pueda reconocerse en aquello. ♦

# Poema



RICARDO YÁÑEZ

Extraño ser el corazón del día,  
cristal y música, voz que se perdía  
y encontraba el diamante, cuyo fuego  
se abría en colmo de luz, cerrado ruego

de no cesar jamás, pulida entrega,  
generosa visión, aun cuando ciega,  
y fiesta de pureza presentida  
más que sentida, esencia de la vida.

De tal claridad vengo y a tal voz  
encamino mis pasos según creo,  
aunque así me atosigue aquí esta tos.

Yo no sé qué persigue lo que veo  
abrirse cual raíz de piedra al sueño  
transparente, limpísimo, sin dueño.

# La conjunción territorial de la Ciudad de México y el Distrito Federal



REGINA HERNÁNDEZ FRANYUTI

En 1970 se efectuaron las elecciones que llevaron al poder a Luis Echeverría Álvarez. En las bardas de gran parte del país se leía el lema "Arriba y adelante". El populismo y la desconcentración administrativa eran sólo dos de las numerosas propuestas del nuevo mandatario.

Tres meses después de haberse colocado la banda presidencial, el titular del Ejecutivo, preocupado porque en el Distrito Federal era incontrolable el ensanchamiento de las áreas urbanas donde la población demandaba mayores servicios, así como por el crecimiento del aparato administrativo, situaciones que aumentaban la complejidad de las funciones gubernamentales, propuso una nueva ley orgánica que modificara la forma de gobierno y la estructura político-administrativa de la Ciudad de México y del Distrito Federal.

El 10 de diciembre de 1970 se publicó en el *Diario Oficial de la Federación* la nueva Ley Orgánica del Distrito Federal. En ella se establecía que:

Tradicionalmente las diversas leyes vigentes en la capital de la República han distinguido la Ciudad de México, propiamente dicha, del Distrito Federal. Lo cierto es que esta diferenciación carece de significado real y que, en la actualidad, Ciudad de México por una parte y Distrito Federal por la otra se identifican. Efectivamente, en rigor, ambas expresiones tienen un mismo significado visto desde diversos ángulos: la Ciudad de México es la expresión sociológica e histórica de este núcleo demográfico, en tanto que Distrito Federal es la denominación correspondiente a su naturaleza geográfica, jurídica y política. Ciudad de México y Distrito Federal se identifican. De ahí que la iniciativa de ley que,

por el apreciable conducto de esa Cámara, someto a la consideración del H. Congreso de la Unión, consigne que son iguales los límites de la Ciudad de México y los del Distrito Federal.<sup>1</sup>

Pero, ¿era cierto que estas dos expresiones, Ciudad de México y Distrito Federal tenían el mismo significado?, ¿las dos eran lo mismo?, ¿eran iguales?, ¿tenían el mismo territorio?

Quiero demostrar que en 1970 una decisión política mal hecha y peor planteada llevó a la desaparición de un territorio que durante siglos albergó a la Ciudad de México. Una ciudad que nunca fue identificada como Distrito Federal. Ambos espacios eran diferentes; cada uno tenía su propio territorio, población y gobierno; por tanto, los términos Ciudad de México y Distrito Federal no podían ni debían ser usados indistintamente.

Hagamos, pues, un poco de historia.

## *Delimitaciones de la municipalidad*

Desde los primeros años de la dominación colonial se estableció que todo pueblo, villa o ciudad tendría una jurisdicción político-administrativa llamada municipio o municipalidad, cuyo gobierno sería ejercido por un ayuntamiento.

La Ciudad de México, con sus barrios, ejidos y potreros formaba parte de la municipalidad de México, cuya deli-

<sup>1</sup> *Diario de los Debates de la Cámara de Senadores del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*, XLVIII Legislatura, año I, t. I, número 39, 10 de diciembre de 1970, México, p. 2.

mitación jurisdiccional no fue bien definida, pues aunque se hablaba de deslindes, amojonamientos y términos de jurisdicción, no se precisaba la extensión de los ejidos y su ubicación. Durante los primeros años de la colonia, el Ayuntamiento de la ciudad reclamaba una jurisdicción de quince leguas; posteriormente se estableció que abarcaría un círculo de cinco leguas, disposición que no se pudo aplicar porque chocaba con la jurisdicción del marquesado del Valle y de algunos corregimientos.

Algunos documentos del siglo XVIII indican que los límites de la municipalidad llegaban, por el norte, al río Consulado y a la hacienda de San Juan de Aragón; por el oriente, al Peñón de los Baños y a los llanos de San Lázaro; por el sur hasta el río de la Piedad y, por el poniente, a Chapultepec y al río de los Morales.

Esta superficie definía administrativamente a la municipalidad de México y presentaba tres delimitaciones territoriales:

—La correspondiente a la jurisdicción político-administrativa de la municipalidad de México.

—La del espacio urbano de la ciudad, determinado primero por la traza y después por la Ordenanza de 1782, que lo dividió en cuarteles mayores y menores.

—La división eclesiástica que correspondía a los límites urbanos.

Así pues, la municipalidad de México era el espacio que se encontraba bajo la jurisdicción de un ayuntamiento que disponía de fondos municipales, producto de los cobros de sus propios y sus arbitrios, para desarrollar las obras y servicios ligados a su comunidad.

La delimitación territorial descrita permaneció, durante todo el siglo XIX, prácticamente sin modificaciones; no obstante, diversas decisiones político-administrativas afectaron los órganos de gobierno del municipio. Estas decisiones fueron:

—La creación, en 1824, del Distrito Federal, que añadió otra delimitación: un círculo de dos leguas de radio, cuyo centro era la plaza mayor de la ciudad y que modificó su forma de gobierno al establecer —además del Ayuntamiento— la figura de un gobernador. Esta decisión afectó la organización administrativa local, pues inició el empalme y la superposición de funciones.

—El establecimiento, en 1851, de un nuevo perímetro urbano: al poniente, desde la iglesia de San Fernando hasta la Ciudadela; al sur, de los Arcos de Belén a la iglesia de San Pablo; al oriente, desde la acequia y la calle de la Alhóndiga hasta el convento del Carmen, y por el norte, la zanja del

Puente Blanco. Las calles, plazas y plazuelas que se encontraran fuera de esta demarcación se consideraron suburbios de la ciudad.

—La ampliación, en 1854, de los límites del Distrito, que rompía la vieja figura del círculo para extender los límites, al norte, hasta San Cristóbal Ecatepec y Tlalnepantla; al sur, Tlalpan y Xochimilco; al poniente, Huixquilucan, Santa Fe, Mixcoac, Coyoacán y San Ángel, y al oriente, el Peñón, la medianía del lago de Texcoco e Iztapalapa. Internamente se organizó en cuatro prefecturas: la central o interior, correspondiente a la municipalidad de México, y tres exteriores (la del norte, con cabecera en Tlalnepantla, la de occidente, cuya cabecera sería Tacubaya, y la del sur, con cabecera en Tlalpan).

—La reducción, en 1861, de estos límites y la modificación de su organización interna, la cual fue dividida en la municipalidad de México y en los partidos de Guadalupe Hidalgo, Xochimilco, Tlalpan y Tacubaya.

### *Definición del territorio*

La definición del territorio de la municipalidad de México se fijó durante el régimen porfirista, cuando el control político y el desarrollo económico reclamaban espacios precisos y delimitados, lo que llevó a un ordenamiento jurídico-administrativo tanto del Distrito Federal como de la municipalidad de México. Así, el 16 de septiembre de 1898 se establecieron los límites de la municipalidad de México. Al norte, el río Consulado; al oriente, el canal de San Lázaro hasta el canal de la Magdalena; al sur, el río de la Piedad; y al poniente Chapultepec y el río de los Morales. Además, el 17 de diciembre de 1898 se precisaron los límites del Distrito Federal con el Estado de México y el estado de Morelos. Al año siguiente se decretó que el Distrito Federal estaría conformado por la municipalidad de México y cuatro distritos: Guadalupe Hidalgo, Tacubaya, Tlalpan y Xochimilco.

Esta reorganización —tanto del espacio municipal de la ciudad como del espacio propio del Distrito Federal— llevaba implícitos un dominio y una centralización político-económica que quedó manifestada en 1900, al decretar el Congreso la autorización para que el Ejecutivo pudiera reformar la organización política y municipal del Distrito Federal. Se concedía al Ejecutivo el derecho de fijar el número de municipalidades y sus demarcaciones e intervenir en todo lo concerniente a los servicios municipi-

pales, lo que convertía a los ayuntamientos en cuerpos consultivos. Esto implicó que el gobierno del Distrito controlara las concesiones de las obras, los servicios y la expansión urbana. En una ciudad donde la modernización de las obras y los servicios estaba a la orden del día, dichas concesiones fueron un instrumento de considerables beneficios económicos para un reducido número de políticos-empresarios.

En 1903 la política centralista del porfiriato quedó nuevamente reflejada al aprobarse la Ley de Organización Política y Municipal del Distrito Federal. En ella se ordenaba que:

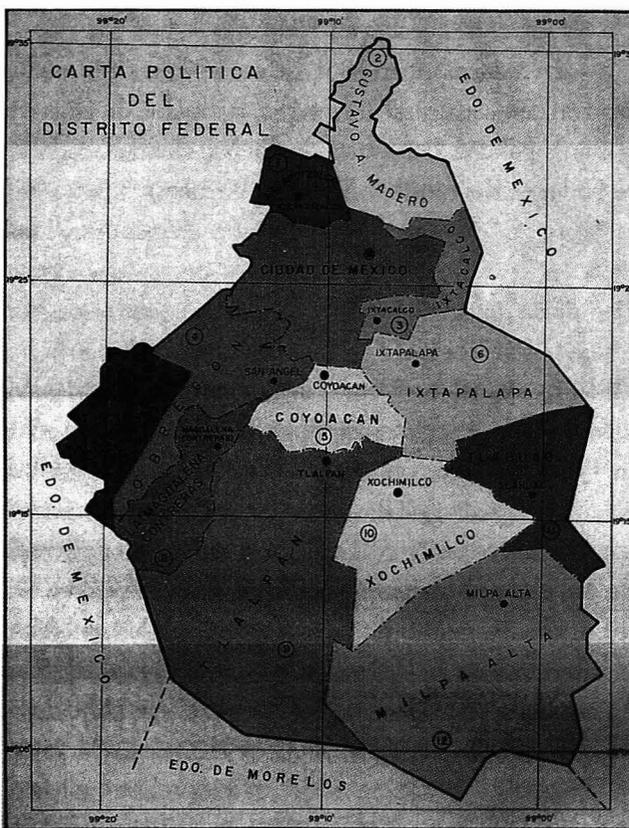


Figura 1. La municipalidad de México en 1920. Fuente: Censo de Población, INEGI

El gobierno político y la administración municipal del Distrito estarán a cargo del Ejecutivo de la Unión por medio de tres funcionarios, que dependerán de la Secretaría del Estado y del Despacho de Gobernación, y que serán: el gobernador del Distrito, el presidente del Consejo Superior de Salubridad y un funcionario que se denominará director general de Obras Públicas.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> "Bases generales para la administración y gobierno del Distrito Federal", en Hira de Gortari y Regina Hernández, *Memoria y encuentros: La Ciudad de México y el Distrito Federal*, t. 1, Departamento del Distrito Federal/Instituto Dr. José María Luis Mora, México, 1988, p. 191.

Estos tres funcionarios, nombrados y removidos libremente por el Ejecutivo, tendrían jurisdicción sobre todo el Distrito Federal y ejercerían sus funciones constituidos en un Consejo Superior de Gobierno.

Esta ley, además, puntualizó los límites de las trece municipalidades que conformaban el Distrito Federal. Los límites de la municipalidad de México, señalados en 1898, fueron ampliados al sur y al poniente (figura 1), al incorporarse algunos terrenos de las municipalidades de Ixtacalco, Mixcoac, Tacuba y Tacubaya, zona hacia donde se extendía la urbanización de la ciudad, lo cual representó un beneficio económico para el gobierno federal, pues la ley establecía que:

La administración y recaudación de los impuestos, derechos y rentas de todo género que han percibido hasta ahora los ayuntamientos y las autoridades políticas o administrativas del Distrito Federal, corresponderán a oficinas federales dependientes de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.<sup>3</sup>

Así, los ayuntamientos del Distrito Federal se convirtieron en elementos consultivos, de vigilancia y de veto. Sus bienes, derechos y obligaciones pasaron al gobierno federal; sus facultades administrativas se atribuyeron a los funcionarios arriba citados y al Consejo Superior del Gobierno. Se generaba así una plena y absoluta centralización.

### *Hacia la desaparición de la municipalidad*

El primer intento de abolir la municipalidad de México quedó de manifiesto en el Proyecto de Constitución presentado en el Congreso Constituyente de 1916. Allí se establecía (en el artículo 73, fracción VI) que el territorio del Distrito Federal se dividiría en municipalidades y cada una de ellas estaría a cargo de un ayuntamiento de elección popular directa, a "excepción de la municipalidad de México, la que estará a cargo del número de comisionados que determine la ley".<sup>4</sup>

Este punto ocasionó una fuerte discusión. Los defensores del proyecto alegaban escasez de recursos propios de la municipalidad y, sobre todo, incompatibilidad del Ayuntamiento, como forma de gobierno local, con las formas del gobierno federal. Heriberto Jara —defensor del régimen

<sup>3</sup> "Ley con objeto de incorporar los impuestos y rentas municipales del Distrito y los bienes de sus Municipios", en De Gortari y Hernández, *op. cit.*, p. 195.

<sup>4</sup> "Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917", *ibid.*, p. 258.

municipal— adujo que no existía esa incompatibilidad y que la falta de recursos no se podía sostener como una causa

pues si el Ayuntamiento de referencia percibiera todas las contribuciones que le corresponden, es indudable que podría cubrir con holgura todas sus necesidades, y hasta tendría un superávit.

Es indudable que el funcionamiento administrativo de la municipalidad de México será mucho mejor dependiendo de un ayuntamiento libremente elegido y compuesto de ciudadanos en quienes sus electores vean a los hombres progresistas, siempre dispuestos a trabajar por el engrandecimiento de la ciudad que se confía a su custodia.<sup>5</sup>

En la Constitución de 1917 quedó instituido que el Distrito Federal se compondría del territorio fijado por la ley de 1898 y que en caso de que los poderes federales se trasladaran a otro lugar se erigiría el Estado del Valle de México, con los límites y extensiones que le asignara el Congreso General. Su gobierno estaría a cargo de un gobernador que dependería y sería nombrado o removido por el presidente de la República. Su territorio estaría conformado por las municipalidades existentes. El gobierno de cada municipio estaría a cargo de un ayuntamiento compuesto de miembros designados por elección popular directa. Hasta aquí parecería que la municipalidad de México había logrado su supervivencia y su autonomía del gobierno general, al elegir los habitantes su órgano de gobierno local.

La lucha por el dominio del Ayuntamiento de la ciudad llevó al enfrentamiento constante entre los diversos grupos políticos. A partir de 1925 el Ayuntamiento de la municipalidad de México fue controlado por miembros del Partido Laborista Mexicano, quienes a pesar de la falta de recursos lograron reconstruir la hacienda municipal y realizar diferentes obras y servicios. Este control —señala Alicia Ziccardi— fue la causa oculta de Álvaro Obregón para fundamentar la supresión del municipio de México.

### Desaparición de la municipalidad de México

El 18 de abril de 1928, Obregón, como ciudadano y candidato a la presidencia de la República, envió al gobierno una iniciativa de ley para suprimir el Ayuntamiento de la Ciudad de México, la cual se sustentaba en:

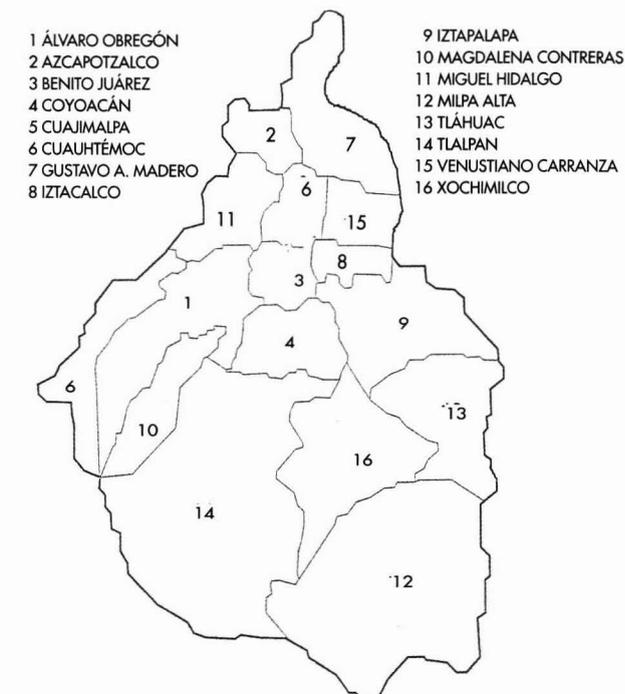


Figura 2. El Distrito Federal en 1970. Fuente: Censo de Población, INEGI

—Que el municipio de la ciudad no era representativo de la autonomía municipal, característica de todo municipio libre, pues los constantes enfrentamientos entre autoridades federales y municipales habían generado confusión en el ejercicio de sus respectivas facultades.<sup>6</sup>

—Que desde 1824 la mayoría de sus funciones habían sido absorbidas por el gobierno federal.

—Que los escasos fondos que percibía le impedían realizar las pocas funciones que aún tenía encomendadas.

El proyecto solicitaba la modificación de la Constitución para que el Congreso adquiriera la facultad de legislar en lo relativo al Distrito Federal y pudiera expedir una nueva Ley Orgánica, donde se estableciera la desaparición de los municipios y el control del gobierno del Distrito Federal por parte del presidente de la República. Esta iniciativa fue discutida en la Cámara, donde Lombardo Toledano —miembro del Partido Laborista— señaló:

si hacemos depender a esta gran entidad administrativa del Ejecutivo federal y matamos la libertad de intervención del vecindario en los negocios del mismo, indudablemente se producirá una disociación cívica en la población más importante de la República. Ya a nadie le importará el destino de la Ciudad de México.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Alicia Ziccardi, "1928: un año difícil para el país y para su capital", en *Perfil de La Jornada*, viernes 18 de junio de 1993.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 264.

Y a nadie le interesó, pues algunos laboristas, e incluso los presidentes municipales del Distrito Federal, apoyaron el proyecto de Obregón, que fue aprobado en el mes de mayo en sesión extraordinaria. Un mes después Obregón caía asesinado en el parque de la Bombilla. Esto generó un clima de inestabilidad que repercutió en el Ayuntamiento, donde los enfrentamientos entre laboristas y obregonistas produjeron una grave crisis política que culminó con la renuncia de los laboristas. El presidente Plutarco Elías Calles nombró un Consejo Municipal, que se encargó del gobierno mientras se presentaba la nueva Ley Orgánica del Distrito Federal, publicada el 31 de diciembre de 1928. En ella se señaló que el gobierno del Distrito estaría a cargo del presidente de la República, quien lo ejercería por medio del Departamento del Distrito Federal. Éste tendría a su cargo todos los servicios propios tanto del Departamento Central como los que fueran comunes a todo el Distrito Federal. Por tanto, el jefe del Departamento del Distrito Federal era quien desempeñaría las funciones que las antiguas leyes hubieran encomendado al gobernador del Distrito, a los ayuntamientos y a los presidentes municipales.

El territorio del Distrito Federal se dividió en un Departamento Central y trece delegaciones: Guadalupe Hidalgo, Atzacapozalco, Ixtacalco, General Anaya, Coyoacán, San Ángel, Magdalena Contreras, Cuajimalpa, Tlalpan, Ixtapalapa, Xochimilco, Milpa Alta y Tláhuac. El Departamento Central quedó formado con los territorios de las antiguas municipalidades de México, Tacuba, Tacubaya y Mixcoac. Esta modificación —que alteraba una organización territorial político-administrativa que había sobrevivido durante siglos— se justificó con la necesidad de tener una unidad de mando que controlara los servicios, permitiera la especialización de los empleados públicos y facilitara la intervención de la sociedad en la gestión de las autoridades. Los nombres Ciudad de México, Tacuba, Tacubaya y Mixcoac, que durante siglos habían identificado espacios territoriales (donde vivía una población que tenía sus propios usos y costumbres), fueron agrupados bajo la abstracta denominación de Departamento Central, que si bien identificaba a un territorio, sólo era usada por sus habitantes como un mero término administrativo.

El desconcierto que provocó la expresión Departamento Central llevó a que en la Ley Orgánica del Distrito Federal, publicada en 1941, se estableciera que el Distrito Federal se dividía en la Ciudad de México y doce delegaciones; es decir, desapareció el confuso concepto de Depar-

tamento Central para volver a usarse administrativamente el de Ciudad de México.

El nombre Ciudad de México comprendía un espacio mejor urbanizado, donde se concentraban las viejas vecindades, las nuevas colonias y fraccionamientos, los modernos servicios, el comercio, las rutas de transporte y las oficinas públicas y privadas. Éste era un ámbito completamente diferente al área territorial denominada Distrito Federal. Por tanto, no era ni había sido un espacio identificado como Distrito Federal. La Ciudad de México, desde 1824, era (junto con Tacubaya, Tacuba, Azcapotzalco, Mixcoac, y más tarde Tlalpan, San Ángel, Tláhuac y Xochimilco) parte de un área político-administrativa denominada Distrito Federal.

Pero, ¿cuáles eran las razones que impulsaron la ley de 1970? En su iniciativa se explicaba que el incremento de población había originado el ensanchamiento de las áreas urbanas, el requerimiento de mayores servicios, el crecimiento del aparato administrativo y el aumento de la complejidad en las funciones de gobierno; por ello se hacía indispensable una desconcentración administrativa que contribuyera a vincular a los habitantes del Distrito con la prestación de los servicios, facilitara los trámites y estableciera una relación más directa entre gobernantes y gobernados.

Respecto al territorio de la Ciudad de México se proponían dos cuestiones fundamentales:

Usar indistintamente los nombres Ciudad de México y Distrito Federal para identificar un mismo territorio, y constituir, en el antiguo espacio de la Ciudad de México, cuatro delegaciones, llamadas Miguel Hidalgo, José María Morelos, Benito Juárez y Venustiano Carranza (figura 2).

En esta explicación quedaba muy claro que ambos nombres, Ciudad de México y Distrito Federal, se conservarían para aplicarse indistintamente. En ningún momento se señalaba que desaparecía el Distrito Federal como concepto que daba nombre a un área geográfica, la cual, a partir de la aprobación de la ley, se llamaría Ciudad de México.

Ese año, en las estampas del Distrito Federal que se compraban en las papelerías, podíamos ver demarcadas las delegaciones, y el área de la Ciudad de México, que era menor a la del Distrito Federal. En 1970, cuando uno venía de Cuernavaca y pasaba el monumento a Morelos, había un letrero en el que se leía: "Está usted entrando al Distrito Federal." Los pueblos de San Miguel Topilejo, Santa Ana Tlacotenco, San Pedro Atocpan, Santo Tomás Ajusco, Tláhuac, Xochimilco o Cuajimalpa pertenecían al Distrito Federal y no a la Ciudad de México.



Miguel Ángel Alamilla

Entonces, ¿qué pretendía la nueva ley con el uso indistinto de Ciudad de México o Distrito Federal? Simplemente conservar un nombre identificado con siglos de historia y esconder la desaparición de un territorio que le era propio y distintivo.

La propuesta de ley fue presentada al Congreso por el secretario de Gobernación y por el jefe del Departamento del Distrito Federal, pero la atención de los legisladores se centró en la importancia de la descentralización administrativa; en la instauración de las Juntas de Vecinos como cuerpos consultivos; en el Tribunal de lo Contencioso, y en la creación de nuevas direcciones de gobierno. Pero nadie cuestionó la desaparición del territorio de la Ciudad de México. Los legisladores levantaron la voz para proponer —respecto a los nombres de las nuevas delegaciones— si

¿no sería conveniente que arrancara esta evocación de las etapas históricas mexicanas desde el origen de nuestra nacionalidad? ¿No debiera la primera y más importante de todas estas delegaciones —importante por su ubicación— llevar el nombre de aquel de cuya gran figura arranca la nacionalidad mexicana? ¿El nombre de Cuauhtémoc?

La moción fue aprobada y se acordó:

Que las cuatro nuevas delegaciones llevaran los nombres en que se personifican las cuatro grandes etapas de la historia de México: el México prehispánico con Cuauhtémoc; la iniciación de la Independencia con Hidalgo; la Reforma con Juárez, y la revolución institucionalizada con Venustiano Carranza. La séptima delegación llevaría en lo sucesivo el nombre de Cuajimalpa de Morelos.<sup>8</sup>

La prensa no registró la importancia de este hecho; solamente *El Día* publicó en su encabezado: “La nueva Ley Orgánica del DDF pasó al ejecutivo para su promulgación.” En el cintillo señalaba: “La aprobó ayer la Cámara de Diputados con el criterio unánime de que propiciará la solución democrática de los principales problemas de la capital.” La nota, firmada por Abraham García Ibarra, señalaba que:

Tras un vivo debate caracterizado por la fuerte defensa que de sus respectivas posiciones ideológicas hicieron diputados del PRI, PAN y PPS ayer fue aprobada por la Cámara de Diputados la nueva Ley Orgánica del Departamento del Distrito Federal que mereció votación unánime de 178 votos en lo general...

La ley, décimoquinta que se expide para normar el gobierno del territorio metropolitano y que abroga la del 31 de diciembre de 1941, fue considerada como un avance democrático porque propicia una más directa participación ciudadana en la resolución de los problemas torales del Distrito Federal y establece personalidad jurídica del vecino en relación con los asuntos de gobierno en esta entidad.

Así, en 1970 se votó la nueva Ley Orgánica del Distrito Federal. Si revisamos la historia podríamos ver que esta ley resumió largos años de decisiones políticas que siempre buscaron la centralización, la anulación del Ayuntamiento como órgano de gobierno de la Ciudad de México, la negación del derecho de voto de sus ciudadanos, el control absoluto de los ingresos de la urbe y la desaparición de su territorio. En suma, la anulación de una ciudad.

Ahora que somos testigos de un episodio de singular importancia en la historia del Distrito Federal, valdría la pena tomar en cuenta lo dicho por Francisco Zarco en 1852: “El Distrito Federal ni puede ni debe subsistir tal como se halla, y nuestros gobernantes deben ya decidirse de una vez a organizarlo, a sacarlo de esta penosa situación en que se encuentra.” ♦

<sup>8</sup> *Ibidem.*

# La conspiradora



CARMEN BOULLOSA

## 1. El perro y Jean Franco

—¡Oh, condenado! Paga el pasaje.  
—¡Oh, Caronte! Grita si esto te es grato.  
—Paga, digo, a cambio de que te transportamos.  
—No podrías obtener de quien no tiene.

Menipo y Caronte, en los *Diálogos*,  
de Luciano de Samosata

Menipo cruza hacia el mundo de los muertos, llevado del brazo de Hermes, transportado por Caronte. Su viaje al más allá se convierte en ejercicio estéril de interpretación. A él ni la muerte lo ilumina. A sus ojos, Pitágoras se reduce a su muslo de oro y el negarse a comer habas. Sócrates es un vulgar calvo, chato y ridículo. Sabios y bobos le parecen por igual risibles. Es un cínico, esto es, como un perro, un deshumanizado, nada tiene sentido para él. Menipo personifica al crítico, no comprende, en búsqueda de la más valiosa (y tal vez inexistente) joya literaria. El que se confunde mientras se burla. El que encuentra en Quevedo al obsceno, en Cervantes al insensato, en Shakespeare disparidades, en Rosa Chacel a la viejecilla que se quejaba de hostigamiento sexual cuando toda lonjas se tendía a tomar el sol en la playa.

Para Menipo el cínico, la muerte es un estado definitivo, porque en ella, como en la vida, sólo cabe la socarrona irrisión, insensible, pedestre. Para él, morir es caminar de gratis, con o sin Hermes o Caronte, hacia el territorio del desprecio y de la muerte, recorrer la redonda calle de Amsterdam, regresar al lugar de donde salió. Ni paga al barquero, ni recibe nada a cambio. Es ajeno, un perro, un cínico. “No podrías obtener de quien no tiene”, dice, aludiendo a su

bolsillo, a Caronte, pero su respuesta tiene sabiduría: no tiene poder de interpretación, por lo tanto no tiene participación en la vida.

Del lado opuesto del reidor y bobo Caronte, Jean Franco se sobrepone a toda inercia y se aboca a la interpretación. Su facultad interpretativa la pone lo más lejos del perro, del cínico y del esclavo. Porque para Jean Franco la libertad y la participación en el poder radica en la posibilidad de interpretar. El poder es el poder de la interpretación. El cínico que ríe avaro sin querer participar en su cuota de viaje está ciego. Confunde al imbécil y al banal con el sagaz, el acertado y el profundo. Nada le dice. No requiere de control confesionario para contener algún instinto interpretativo, porque “no podrías obtener de quien no tiene”.

A Jean Franco, en cambio, todo le habla, porque tiene. Paga con su seriedad, su conocimiento, su entrenamiento de lectora literaria, y recibe. Todo le habla, y a todo le responde; a todo hay que conversarlo, ponerlo en palabra, decodificarlo, exponerlo, subvertirlo. No burlarlo, como el necio Menipo, sino tomarlo, torcerle el cuello, interpretarlo.

## 2. El hilo y Jean Franco

Ariadna, que conocía el secreto, utilizó su poder para traicionar a los suyos y auxiliar al traidor. Cavó una posible propia tumba con el mismo hilo con que dio a Teseo la capacidad para descifrar el camino del laberinto. Éste, seguramente un hilo sentimental, de materia corporal, *místico*, no fue aliado de Ariadna. Su poder se revirtió en su

contra. Porque ella no comprendió el sentido de su acto, porque no vio el poder que sabe interpretar la salida del laberinto ni el que la fraternidad con el monstruo le concedían.

Jean Franco es su hija. Una hija que aprendió del poder de la madre, del error, de la experiencia y que heredó su hilo. Vástaga de Donisios y de Ariadna coronada, de la sabiduría de ésta cuando fue abandonada en la playa desierta, como consecuencia de su propio acto necio, de la mujer que rompió con el orden paterno sin haber comprendido, sin haber descifrado, sin haber accedido al poder de la interpretación, Jean aprende del error de la madre, comprende, hereda el hilo, intuye y razona que ha de usarlo de otra manera. Ella no guía, viaja, se calza los pantalones de Teseo y recorre armada el laberinto. No cede a otro la muerte del monstruoso hermano animal, el que no puede controlar su cuerpo, ni la pulsión de su fuerza mortal. Derrota al Minotauro, porque mirándolo de frente, lo define, lo desmitifica, lo articula con el verbo, le arranca el sentido.

### 3. El ojo de Jean Franco

Para interpretar son necesarios por lo menos dos elementos: pasión y distancia. Cercanía y distanciamiento. Apego e impiedad. Conocimiento y pregunta. Fidelidad y traición.

Fuego y hielo que consigue la novela. La novela es cercanía, la identificación con el lector y la distancia de la crítica, el espejo, el ejercicio de desapego de la realidad. La novela es entrenamiento para la interpretación. El espejo fiel que hace la gimnasia descodificadora, el espejo activo.

El ojo de Jean es el del lector de literatura, armado de una sólida, consistente, cultura universal. Franco interpreta archivos de la Inquisición, vidas de beatas, femeninos diarios masculinizados, contenidos de publicaciones periódicas, fingimientos o posesiones, el ojo que opera es el ojo entonado sobre la página del texto literario. Su ojo, retina, párpado, iris de lector, tiene sabiduría literaria, la sabiduría moral, el rasero moral, que se aprende leyendo. Jean lee, como si fuera un texto, lo que llama su curiosidad. Desenro-



Miguel Ángel Alamilla

lla el sentido de situaciones, décadas, actos, vidas. Conoce porque sabe leer.

Es la gran conspiradora. Escribe Jean: "Lo que importaba al clero era controlar el significado y establecer límites, y uno de los límites más importantes era el que separaba a la verdad de la ficción." Sin ser una misteriosa como las que describe, sin ser ni un ápice misteriosa, Jean Franco fue pionera en atreverse a mirar a la verdad y a la ficción con la misma actitud, enriqueciendo de este modo sus lecturas literarias y el acceso al significado de los actos y el mundo. A la hora del *pop-art*, se subvirtió la academia, el control del estudio, sólo enfocado con anterioridad a los buenos textos literarios. La verdad y la ficción se juntaron en la arena donde se ejerce el pugilismo inmisericorde de la interpretación.

### 4. El hilo de Jean

El hilo de Jean Franco es preciso, tenso, firme, permite a su discurso no trastabillar, pero en ningún momento le reduce la mirada. Es suficientemente largo como para permitir recorrer todos los recovecos. Aunque obligado a otro comportamiento, casi como el del *cat-gut*, el hilo es la herencia de Ariadna, el mismo que ella le entregó a Teseo por el deseo. El pensamiento de Jean es hilo y no vuelo. Un hilo aventurero, que se atreve realmente a explotar, pero que no permite al pensamiento avanzar tropezando o a saltos. Es

un hilo histórico, con memoria, un hilo con fundamentos, con el que J. F. hila en cada ensayo un armazón de edificio. Pero es hilo siempre, porque avanza por donde parecería oscuro, iluminado, como un hilo de luz. Tocando terrenos no imaginados. Metiéndose tanto en el *Semanario de las señoritas mejicanas*, dedicado a “la educación científica, moral y literaria del Bello Sexo”, como en la pintura de Frida Kahlo, el *Sueño* de Sor Juana o las vidas escritas a fuerzas por las beatas.

Es un hilo politizado, el hilo a quien Teseo utilizó y que se niega a volver a servir de trampa para su dueña. Pero un hilo politizado que no hace trampas, que se atreve a bajar donde está oscurito, que quiere con avidez comprender, interpretar. No es el hilo que será enjaulado en el bordado. Cruza de uno a otro laberinto. Porque el pensamiento de Jean ni espera como Penélope ni se fatiga. Por un misterio inextricable, Jean Franco es siempre la más joven, la más vital, la más infatigable.

#### 5. El reloj de Jean, carátula de jeans

Tengo una interpretación de por qué Jean Franco aporta siempre la inteligencia más joven de todas, sin desertar de su solidez y sabiduría. Creo que ha rehuido el reloj por trucos de desplazamiento. Nació en una isla, se fue a vivir a otra y se dedicó a estudiar el Sur. Llegó a Nueva York del brazo de Darío y Lorca, del de Martín Luis Guzmán en un hotel de Broadway y sus orillas del Hudson, un Nueva York abierto al Sur o al mundo, e hizo su casa en Columbia, heredando la tradición de Lionel Trilling, de Frank Tannenbaum, y su amistad con mexicanos y latinoamericanos.

Yo no puedo dejarla emparentar con Nueva York (tal vez porque la primera vez que fui a Nueva York Jean me recibió con los brazos abiertos, me llevó a comer, me tomó del brazo y me llevó a su paso, sé que camina rápido). Tiene un aire neoyorquino en el alma. Se le notan los barrios puertorriqueños, los muchos lugares de donde vienen a vivir sus habitantes, el turbante, el sari, el huarache, ninguna arrogancia imperial o postimperial, en la era en que se expulsa al español de las escuelas.

Yendo de una isla a la otra, de Londres a Nueva York, y mirando al Sur, ha atrapado el *luft*, el aire de este tiempo. Su trabajo está signado por las revoluciones de la vida privada que han sido la joya de esta segunda mitad del siglo. Está signada con el uso de los *jeans*, pero ha dejado a Jean llena de vigor, la más joven.

La agujas del reloj no le atinan. ¿No la encontrarán, porque la encuentran mexicana, les dicen que es inglesa, no hay cómo rastrearla en el Norte si huele en ella a Sur Nueva York? O se les escapa porque, como me preguntó un amigo, en la otra lengua de Jean Franco: “*Why does she have a woman’s name in English, and, yet, she is a scholar of the Spanish, in wich the name doesn’t exist at all?*”

#### 4. La androginia, el hibridismo

Jean Franco practica con fortuna el travestismo intelectual. Crítica del confinamiento a que se ha enclaustrado a la mujer, no coagula la vena de su intuición. Se trepa por las paredes, pero sin perder jamás el hilo que Ariadna no supo usar para su provecho.

Con implacable inteligencia, con armadura racional, no deserta de descubrimientos que interesarían a la intuición. Así, por ejemplo, topa con un rosario de amores terribles: el de Sor Juana por la Virgen, el de las místicas por sus locuras, el de Vasconcelos, Diego Rivera o Gamboa por ellos mismos, amores si no suicidas, esclavizantes, cada uno a su manera. Entra y sale de la vida privada a la vida pública sin que en ninguno de los dos territorios le dé frío, sin perder las polisemias, cosechando lo que las tradiciones “viril” y “femenil” quisieron arrebatarse a las mujeres, y por tanto a los hombres. Es por ser mujer que Jean Franco transita, vencida la negativa, al territorio de la interpretación que fueron ganando las conspiradoras, con flexibilidad y poder interpretativo, de un texto de García Márquez o Puig a la vida de una ilusa o misteriosa.

#### 5. Jean y Creonte

Un día, hace siglos, Jean Franco utilizó el filo de su hilo para acabar con Creonte cuando éste dijo:

—Mujer como ésta es preciso que se las sujete bien y no se las deje libres.

Y Jean, con su voz del Centinela, dijo:

—Señor, para los hombres no hay nada irrevocable porque la reflexión modifica el primer pensamiento.

Y Creonte contestó:

—Pues bajando al infierno, si necesidad tienes de amor, ama a los muertos, que viviendo yo, no mandará una mujer. ♦

# Una mañana de abril



BEATRIZ ESPEJO

Un salón de clases pequeño. Tres hileras de pupitres y apenas una docena de alumnas vestidas de azul marino, con grandes cuellos blancos sujetos por un botón redondo. El sol entra franco al ventanal. Nos impregna de su luz tan azul como el cielo que aparece tras los vidrios, basta con alzar la vista volteando hacia la izquierda. La luz cae de lleno extendiendo su suave tibieza como saludo galante. Al frente, está el maestro de latín. Elige un gis y escribe sobre el pizarrón la lección del día. *Anima-animae-anima-animam*. Insiste en enseñarnos declinaciones. Gracias a él sabemos que esa lengua necesita cuidado, mucho cuidado, como dice la cocinera de mi casa cuando me muestra los soufflés dentro del horno. Preferimos conjugar algunos verbos. Resulta tan sencillo aquello de *amo, amas, amamus, amavit, amat*.

El profesor ha sido seminarista; sin embargo no se consagró sacerdote porque le falló la vocación en el último momento. Tiene treinta y tres años, lo cual indica que es casi viejo. Trata de mantenerse estricto. Lo lamentamos cuando asienta calificaciones en las boletas mensuales. Un nueve representa grandes empeños, recitar las *Catilinae*, *Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? quamdiu etiam furor iste tuus nos eludet? quem ad finem sese effrenata iactabit audacia?* Demostramos una audacia sin límites repitiendo aquello sin que medien titubeos ni suspiros, de sopetón y puro corridito, como si fuera el objetivo supremo de nuestras vidas. ¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? La paciencia no se nos agota ni al profesor tampoco. Reverenciamos al tribuno admonitorio, cantando réquiems desde su cátedra. Pronunciamos en voz alta cada frase. El maestro aprendió al dedillo los

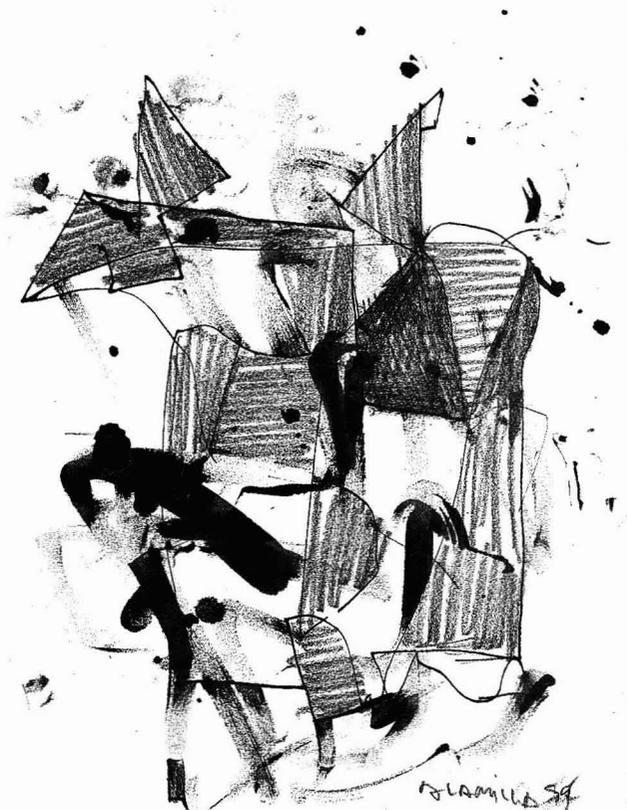
cincuenta y seis discursos de Cicerón que se conservan. Hubiera deseado ser orador, sólo que padece una tartamudez incurable. Recorre atentamente a sus discípulas, una por una. Empieza de atrás hacia adelante. Al toparse conmigo sentada en primera fila desvía la mirada y salta al pupitre siguiente. No puede soportar mis actitudes retadoras, porque el profesor Ponchito está profundamente enamorado de mí. Todas lo dicen. Es un secreto compartido que me niego a escuchar haciéndome disimulada; pero cuando le pregunto algo se sonroja invariablemente y su incómoda respuesta será más tartamudeante que de costumbre, como si estuviera enfrentándose al padre coadjutor. Acabo de cumplir dieciséis y ya he descubierto la manera de poner a los hombres en apuros.

Repito con las demás. *Nihilne te nocturnum praesidium Palati, nihil urbis vigiliae, nihil timor populi...* En cambio de Catilina que no siente temores, al profesor Ponchito le aterra el pueblo representado por nosotras. Me afano en no equivocarme. El profesor reclusa ante mi aplicación y prefiere explicarle a Carmen Ávila el ritmo noble del latín clásico, la enorme urbanidad de su economía sintáctica, y el alma se le va en un hilo si sonrío con las piernas cruzadas metidas en tobilleras color carne que me llegan hasta las rodillas y presumo un fuego dorado que mantengo sobre el pecho. Un fuego que las demás notaron y él se esfuerza en ignorar, aunque parezca una estrella, un refulgente amuleto secreto. Se agranda si bajo la cabeza para verlo, se achica si lo olvido un rato.

Las otras jovencitas llevan también tobilleras color carne; pero ninguna sabe un segundo significado del término. Todas son vírgenes y a casi todas las aburre eso de *O tem-*

pora! o mores! El tiempo está excelente y sólo los abuelos se quejan de la moral contemporánea. Yo no me aburro en clase de latín, no sólo porque me divierte la turbación del maestro cada vez que me aproximo a él, lo cual por otro lado me parece un misterio muy hondo que empiezo a develar, sino porque imagino a Cicerón con su gran verruga en la nariz conmoviendo a las multitudes. Me fascina el poder de las palabras. Quiero ser escritora. Redacté mi primer cuento. Las monjas lo publicaron en una revista de la cual salió un número huérfano en papel cuché con letras tan azules como nuestros uniformes. Escribí escuetamente la historia de un mercader igualito a los que asoman sus cabecitas enturbantadas en *Las mil y una noches*. La maestra de literatura dio su visto bueno, la de psicología su aprobación. Ponchito se apretó todavía más el nudo de su corbata y movió la cabeza afirmativamente y por primera vez apareció mi nombre en letras de molde, aunque hubiera sido acompañado por noticias de mayor trascendencia. Contaban el noviazgo de otra alumna a punto de casarse apenas obtuviera el diploma del bachillerato; de otra que se despedirá de nosotros porque su papá fue nombrado embajador, de una tercera que recibió un perfume de Jean Patou en el último baile del Jockey Club por ganar un segundo premio con su abanico de concha nácar y encaje negro. Mi cuento aparece en medio de tales maravillas y me siento feliz.

Aparte soy feliz por muchas razones. El maestro Ponchito me califica siempre con diez, lo mismo que la maestra de literatura. El diez de la maestra de psicología importa menos porque lo apunta despreocupadamente hablándonos de sexo, fumando a escondidas de las monjas, tragándose el mundo a grandes y olorosas bocanadas, sin preocuparse por nuestros ligeros estremecimientos con las menciones de ese sexo que nos sube desde la entepierna hasta nuestro precipitado corazón. El mío late muy aprisa, quisiera escaparse por el ventanal rumbo a las nubes deshilachadas que cruzan el firmamento. Tac-tac-tac-tac, suena bajo el uniforme de lana. A veces le pongo la mano encima para sentir sus alegres movimientos. Soy feliz. No lo pongo en duda ni un segundo. Lo compruebo al mirar el blanco mosaico del piso o el techo blanco o el cutis blanco de mis compañeras. Me basta con fijarme en mis zapatos que por las tardes boleó meticulosamente, o en las plumas sheaffer colocadas sobre la paleta de mi pupitre o en mi portafolios imitación piel de cocodrilo recargado contra las patas de la silla. Repito: *Senatus haec intellegit, consult uidet: hic tamen uiuit*; pero si el senado romano sabía to-



Miguel Ángel Alamilla

das las maldades de Catilina, yo en cambio ignoro una cantidad inmensa de cosas. No sé cómo saben los besos. Jamás he dormido con un hombre, ni he oído respirar su tranquilo reposo de guerrero a mi lado, ni tomé responsabilidad alguna sobre mi persona ni sobre nada más; sin embargo no tengo dudas sobre el futuro. Me basta con el presente resguardado entre los muros de mi casa donde los papeles están sólidamente distribuidos. Alguien provee, alguien organiza. Los niños obedecemos en una maravillosa rutina de sopa caliente servida encima de manteles almidonados. Ninguna circunstancia cambia ese orden supremo. Creo en Dios y en su inabarcable corte de ángeles y serafines. Lo imagino sentado en un trono de esmeraldas, atento a los pasos de la hormiga empeñada en trepar por el tallo del rosal. Rezo ante una Guadalupeana colocada a la entrada de la capilla. Le pido que Ponchito siga dándome dieces al por mayor, que no se muevan las hojas de los árboles sino del mismo modo que se mueven esa mañana radiante. Me gustaría quizás crecer un poco, soy la más bajita del salón y la menos agraciada. No tengo la piel marfilina de Carmen Ávila, ni la mata de cabello castaño de la otra Carmen, ni el seductor perfil de Adoración, ni la boquita de Alicia. No parezco un esbelto bambú flotante como Beatriz, ni una reina sofisticada en un desfile de

modas como Manuela, ni comparto la timidez angelical de Rosa, ni la riqueza económica de Nelly, ni el optimismo contagioso de Evangelina, ni la gracia de Antonieta, ni me muevo con la seductora tersura de raso con que se mueve Bertha. Tengo una gran confianza en mí misma que no me dan los dieces de Ponchito, el relumbrón gracioso de mis zapatos ni mi primer cuento publicado. Me lo da el coche de Cabalán a las dos en punto de la tarde frente el portón principal de la escuela. Supongo que llega minutos antes porque siempre encuentra el mismo lugar. Brilla como salido de la agencia sobre sus cuatro ruedas cara blanca, lleva la capota bajada esperándome bajo las sombras de los truenos florecidos en las aceras. Su dueño viste camisa de mangas cortas que descubren unos brazos musculosos y velludos. Su risa perfecta ilumina el universo, ilumina sus ojos de laguna clara bordeados por la floresta de sus negras pestañas. Cabalán y yo fuimos vecinos desde que el recuerdo nos alcanza, celebramos juntos cumpleaños que marcaron nuestros primeros pasos por esta existencia placentera. Aprendió a montar en bicicleta mientras yo lo veía alejarse hacia la esquina, porque nunca logré mantener el equilibrio y me quedaba como tonta en medio de unos tubos pesados y unas ruedas que se negaban a girar, dejando que su mamá me lavara las espinillas ensangrentadas. La mamá de Cabalán es una verdadera odalisca y no le importa mi inoperancia física. Supongo que Cabalán nunca ha pensado tampoco en mí como cirquera; pero para compensar las cosas yo presumía las bandas de aplicación que siempre me dieron las monjas. Él me contestaba que no necesitaba esforzarse demasiado porque apenas creciera su papá le compraría un banco. La contundente respuesta me amilanaba; pero al minuto se reía con esa hermosa sonrisa suya, recogía para mí la fruta desparramada de las piñatas, me servía platos con enormes trozos de pastel en nuestras fiestas. Y ahora llega día tras día a la puerta del colegio. Compra los boletos que Alicia le vende para tardeadas y kermeses de caridad, cruzamos algunos comentarios, me envuelve con la mirada y me dice adiós cuando abordo el coche que mandan a buscarme cada mediodía. Eso es todo. Ni a él ni a mí se nos ocurre romper normas establecidas; pero se me figura un *sheik* poseedor de extensos territorios petroleros. Aún así, lo dejo poner en marcha el motor y despedirse con la mano, segura de que volverá mañana y de que bailaremos en la primera oportunidad que se nos presente; sin embargo, para ser sinceros no baila demasiado bien y necesito sacarle la conversación usando estrategias adecuadas. Lo

inhibo con mis proyectos intelectuales y mi decisión inquebrantable de entrar a la Facultad de Filosofía y Letras tan pronto termine el curso y Ponchito acabe de darme dieces y la maestra de literatura de aprobar mis cuentos incipientes y la de psicología de hablarme sobre un sexo que no he conocido ni remotamente.

Para completar la perfección faltaba un detalle. Un detalle mínimo aunque molesto. Nunca pude ser hija de María. Y por tanto no me asiste el derecho de llevar sobre el uniforme la medalla de plata forjada que les otorgan a las hijas de María luego de asistir veintiún sábados seguidos a misa de nueve en la Enseñanza. Veintiún sábados no representan demasiado sacrificio. Es posible entretenerse y hasta entrar en una especie de ensoñación viendo las machincuepas que pegan los oros en las columnas de los altares y escuchando los graves sonidos de los órganos o las notas altísimas de los violines al entonar himnos, secuencias, antífonas, responsorios o aleluyas; pero mi propio padre siempre intercepta esas idas y venidas. Le pone tentaciones a mis buenos propósitos. Y sucumbo sin remedio a la fiesta continua que propone. Lástima que tengas compromiso, dice partiendo una toronja, pensamos pasar el día en Cuernavaca, o desayunaremos en el Sanborns de los azulejos, o planeamos ir a los bazares de la Lagunilla que cierran los domingos, o nos invitaron a comer en Querétaro. Mis fuerzas flaquean. El año terminará. Sólo seré aspirante a hija de María y jamás tendré la medalla de plata. Se lo cuento a Cabalán en uno de nuestros encuentros. Me compadece desde el fondo de su *anima-animae* y se despidió sacando su forzudo brazo por la ventanilla; sin embargo es muy compasivo y busca un remedio, el único remedio que encuentra alguien a quien su padre podría comprarle un banco. Me regala una medalla de la Guadalupana rodeada de brillantes, pendiente de una cadena.

*Catilinam orbem terrae caede atque incendiis*, repetimos a coro. Y no necesito a Catilina para incendiar la redondez de la tierra. La medalla sobre mi uniforme despide sus rayos dorados, es mi piedra filosofal, mi fuego prendido, palpita al compás del tac-tac-tac-tac de mi corazón, me asegura que en algunos momentos de la vida la felicidad es posible, que Cicerón era muy elocuente y Catilina un malvado, que estoy protegida y segura, que el tiempo va a detenerse, que no existen el miedo, la angustia, la enfermedad ni la muerte, que el sol entrará por las ventanas extendiendo su tersa cobija, que nada cambiará y que a las dos de la tarde sin falta un automóvil estará esperándome siempre a la salida de la escuela. ♦

# Miguel Ángel Asturias: vocero de su tribu

JUAN ANTONIO ROSADO

1

Pretender hacer un recorrido minucioso a través de la voz polifacética y compleja de Miguel Ángel Asturias (1899-1974) resultaría del todo ingenuo y desproporcionado. Pero la necesidad de volver a este innovador de la palabra obedece, entre otras cosas, a la constante presencia, implícita o explícita, de su obra en una buena parte de las letras iberoamericanas del siglo xx. El verbo poético del guatemalteco emerge con ímpetu renovado y se propaga entre los confines del pasado mítico y el futuro tecnológico. Hasta lo más banal de nuestro entorno —gran metáfora en Asturias— puede encerrar símbolos de enorme relieve. Este demiurgo del sonido, creador de truenos literarios, novelista, poeta, crítico, ensayista, dramaturgo, diplomático, periodista y radiodifusor, percibe todo con los ojos del mito y de la realidad; jamás pierde su capacidad dionisiaca de plasmar la pasión y transformar el idioma en bálsamo. Lo que tocan sus sentidos es intensificado por la emotividad. Incluso nuestra lengua deja de serlo para unirse con la música y expresar así la denuncia política y social, la eterna propuesta por un mundo mejor. Miguel Ángel, escultor de imágenes, mantiene un diálogo mágico y perenne con el mundo y sus criaturas.

Como hombre, siempre supo aprovechar el momento adecuado, y la astucia, compañera inevitable, lo salvó de la intolerancia, aunque por ello mismo fue condenado y desprestigiado. Aún es vigente la polémica entre quienes piensan que fue un oportunista por colaborar en la dictadura de Ubico o durante el gobierno represivo de Julio César Méndez Montenegro y quienes juzgan que ante esas situa-

ciones actuó con cautela o seguido por la voz paciente de la esperanza y que, en el fondo, nunca claudicó porque no supo callar. El Gran Lengua, como él mismo se llamó, nunca perdió el habla. Exilio tras exilio, siempre estuvo con su pueblo y, a pesar de los múltiples ataques de los que fue objeto, los ideales que plasmó en sus artículos de juventud, así como su profunda preocupación por el ser latinoamericano, se conservaron en toda su obra. El germen de sus grandes frutos, *El señor presidente* (1946) y *Hombres de maíz* (1949), se halla en su juventud. Por ello es preciso echar un vistazo a los aspectos biográficos más relevantes de este autor universal, pues, como él mismo afirma en un artículo publicado en *El Imparcial*, de Guatemala, el 14 de julio de 1925, “la Capilla Sixtina no puede comprenderse sin haber leído la historia de la vida de Miguel Ángel”.

2

Nacido un año después de la llegada al poder del dictador Manuel Estrada Cabrera, que “gobernó” durante 22 años, de 1898 a 1920, e hijo de un juez y de una maestra de escuela, Asturias sintió la bota invisible del terror desde su nacimiento. Creció con la dictadura y con la voz aprendió a enfrentarla. Sobre el dictador, afirma Rafael Arévalo Martínez en *¡Ecce Pericles!*: “Don Manuel, físicamente, no causaba una impresión desagradable, salvo cuando hablaba, porque su voz de timbre metálico era inarmónica, y cuando movía las manos, porque éstas más que tales parecían garras.” Pero la voz del juez Asturias, como después la de su hijo, se opuso a la del tirano. Durante los primeros años del siglo se lle-

varon a cabo protestas estudiantiles, ante las cuales el dictador esperaba que el padre de Miguel Ángel tomara medidas. La policía encarcelaba estudiantes, pero el juez los liberaba. Estrada lo llamó y le preguntó por qué lo hacía. “Porque no había ningún delito”, respondió. La voz del juez fue opacada por el “timbre metálico” y así el padre del escritor perdió su puesto. “También a mi madre le quitaron los cursos —afirma Asturias en una entrevista de Luis Harss—. Tuvieron que dejar la capital y mudarse ... a la ciudad de Salamá.” Allí el niño a menudo visitaba el campo, donde su abuelo, el coronel Gabino Gómez, tenía una propiedad.

Más adelante, siguiendo el ejemplo paterno, Miguel Ángel se opondría al susodicho “protector de la juventud estudiosa” y defendería la expresión de los estudiantes oprimidos. Resulta sintomático, a este respecto, que la única voz optimista que no muere en *El señor presidente* sea precisamente la del estudiante, quien, encarcelado, exclama en el capítulo XXVIII: “¡Qué es eso de rezar! ¡No debemos rezar! ¡Tratemos de romper esa puerta y de ir a la revolución!” Un viejo lo abraza y clama que “¡no todo se ha perdido en un país donde la juventud habla así!”. Y fue la juventud, en efecto, la que rompió la puerta de la represión y derrocó a Estrada Cabrera.

En Salamá, el futuro autor de la *Trilogía bananera* se vincula a la tierra y a su gente. Regresa en 1907 a la capital, donde el régimen de terror ha llegado al paroxismo a causa de un levantamiento de profesionistas, aplastado luego por el mazo despótico. Exterminio, torturas y encarcelamientos arbitrarios sufren las familias.

Posteriormente, el joven Asturias se inscribe en la llamada Universidad Estrada Cabrera. Sus deseos de ser médico terminan cuando alguien roba un hueso humano y el profesor culpa a los nuevos alumnos, quienes se enfrentan a él. Además, en una ocasión le pusieron a Asturias unos dedos de cadáver en su portafolios. El muchacho se desmayó y el maestro le aconsejó cambiar de carrera. Decide estudiar derecho.

Cabrakán, dios maya de los terremotos, hace de las suyas el 25 de diciembre de 1917. La ciudad arrasada será el tema que Asturias utilizará en *Tres de cuatro soles* (1971). Entre las construcciones que desaparecieron se encuentra el Portal del Señor, con todo y mendigos, que después se transformará en el escenario inicial, en las “puertas del infierno” de *El señor presidente*.

A partir del terremoto empieza a tambalearse la dictadura; los jóvenes se lanzan a la lucha política. Tres años después fundan la Asociación de Estudiantes Unionistas

y editan un periódico contra el déspota: *El Estudiante*, que según Asturias estaba

absolutamente incontrolado por los directivos del partido unionista del que formábamos parte. El partido unionista trataba de hacer la Unión Centroamericana para el quince de septiembre de mil novecientos veintiuno ... En esa idea nos volcamos todos y, como Estrada Cabrera se opuso, vino la lucha contra él hasta que fue derrocado.

El 1° de abril de 1920, Asturias publica en *El Estudiante* un breve cuento donde compara al dictador con Judas e incita al pueblo a derrocarlo. Se trata de “Sábado de Gloria”. En ese mismo año cae el autócrata. Gracias a los embajadores británico y norteamericano, se le perdona la vida. Gracias a Asturias y a otros intelectuales, no se ejecuta al modernista José Santos Chocano, poeta odiado por adulador y protegido del tirano. Cabe señalar que también Rubén Darío, muerto en 1916, no sólo había gozado de la protección de Estrada, sino que, al igual que Santos Chocano, le había dedicado poemas. El “pueta” adulador que aparece en *El señor presidente* es, de hecho, una amalgama de Santos Chocano y Darío. No deja de ser curioso que el poeta nicaragüense, que había escrito contra el imperialismo norteamericano en su oda “A Roosevelt”, le haya dedicado poemas al dictador que prácticamente vendió Guatemala a la United Fruit Company. Un estudio aparecido en 1970, titulado “Darío y Estrada Cabrera”, de Publio González-Rodas (publicado en *Cuadernos Americanos*), demuestra que la actitud de Darío se debió a sus dificultades económicas y a su necesidad de ser protegido, debilidades que aprovechó gente como Estrada Cabrera, a quien el poeta, en el fondo, detestaba.

Se debe tomar en cuenta que el opresor deseaba mostrar una imagen de hombre culto, rodeado de poetas, protector de maestros y estudiantes e impulsor de las ridículas Fiestas de Minerva en un país de analfabetas, acosado por erupciones volcánicas y terremotos; fiestas y templos dedicados a la diosa de la sabiduría, que impresionaron (y engañaron) a intelectuales de todo el mundo, como Unamuno y Pardo Bazán. En esto Estrada se parecía a Porfirio Díaz, quien siempre mantuvo intelectuales a su servicio. Sin embargo, a pesar de la pretendida imagen de cultura y amor al estudio que el tiranuelo quiso propagar, en realidad acabó con el movimiento de las ideas y deportó profesores. Comenta Asturias —en una entrevista de Guillermo Medina— que el déspota incluso exigió la pleitesía de las

facultades: "Pasamos veintidós años sin recibir periódicos ni libros, y cuando cayó el dictador, los que entonces teníamos veinte años, salimos al mundo y nos quedamos pasmados."

La caída de Cabrera motivó a Asturias, Juan Olivero, José Castañeda y Epaminondas Quintana a bautizar, en el París de 1926, a su generación como la Generación de 1920. El mismo Quintana publicará, en 1970, su libro *Historia de la Generación de 1920*. Al igual que las actividades del Ateneo de la Juventud en México, las de los jóvenes guatemaltecos, incluidas las de Moyas (como sus amigos llamaban a Miguel Ángel Asturias), fueron totalmente revolucionarias. Entre éstas se halla el hecho de haberle conferido a la Huelga de Dolores un carácter popular, político y social a través del órgano satírico *No nos tientes*. Miguel Ángel participó en la composición de la letra de "La Chalana", canción de guerra del estudiante. Así dice una de sus estrofas:

Contemplad los militares  
que en la paz carrera hicieron;  
vuestros jueces a millares  
que la justicia vendieron;  
vuestros curas monigotes  
que comercian con el credo  
y patriotereros con brotes  
de farsa, interés y miedo.

En su novela *Viernes de Dolores* (1972), Asturias recuerda la época estudiantil y a los miembros de su grupo.

La Generación del 20 funda la liga de tendencia socialista Claridad y la revista del mismo nombre en 1921. La Asociación de Estudiantes publica otra revista, *Studium*, donde Asturias colabora con poemas y, en 1922, con su cuento "El toque de ánimas", que prefigura escenarios y personajes de *El señor presidente*. El joven escritor es elegido representante de los alumnos de la Universidad de San Carlos para asistir, en septiembre, al Primer Congreso Internacional de Estudiantes, convocado en México por José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional. Dice Asturias a Luis López Álvarez: "Yo tenía apenas veintidós años y recibí una gran lección de latinoamericanismo. Es una causa a la que consagré y consagraré siempre mis energías". En México conoció a Ramón del Valle-Inclán y a Vasconcelos, dos de sus influencias más importantes.

En diciembre, un cuartelazo comandado por el general Orellana deponen al presidente interino, el unionista Carlos Herrera. Poco después Asturias publica, en *Claridad*, el ar-

tículo "Revolución", donde afirma: "La hora actual no es de los militares. La hora actual no es de los políticos profesionales. La hora actual es de la juventud, es de los obreros." El antimilitarismo será uno de sus rasgos fundamentales.

En 1922 la Generación del 20 funda la Universidad Popular, diez años después de que los miembros del Ateneo de México —Alberto J. Pani, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán— hicieran lo mismo en el país vecino. Los objetivos de la institución fueron alfabetizar a las masas, divulgar la ciencia y formar el alma nacional. El rector de la Universidad les prestó aulas; las clases se impartían por la noche. Comenta Asturias: "teníamos más de dos mil personas: obreros, gente de los alrededores, hombres y mujeres ... Pronto hubo una sucursal de la Universidad Popular en cada provincia".

Por otro lado, la situación familiar de los Asturias mejora. El padre empieza a importar harina y azúcar. Sin embargo, en una ocasión se llevó a cabo una redada; Moyas fue encarcelado con otros estudiantes y periodistas. No pasó mucho tiempo en prisión, pero la experiencia lo marcó profundamente: el calabozo aparece en el capítulo "Habla en la sombra", de *El señor presidente*, obra cuyo germen principal es un cuento de 1923: "Los mendigos políticos." Ese mismo año, Asturias se recibe de abogado con la tesis *El problema social del indio*.

Ocurrió entonces un grave incidente. Un general intentó apoderarse de la patrulla de un suboficial que causaba escándalo. Este último arguyó que no podía entregarla porque estaba en servicio. Como el general quiso agredirlo, el patrullero ordenó a sus soldados que lo mataran. Aclara Miguel Ángel a López Álvarez que él y otros abogados se hicieron cargo de la defensa jurídica del suboficial, basándose en que el jefe de una patrulla sólo puede entregarla en el cuartel:

Se luchó mucho, pero el Consejo Militar lo sentenció a muerte, y lo fusilaron. Entonces nosotros, en un periódico que se llamaba *Tiempos Nuevos* lanzamos un tremendo número contra el militarismo. El periódico empezó a circular y ... a un compañero nuestro ... que era médico y se llamaba Epaminondas Quintana, le dejaron por muerto tras apalearlo los que debieron ser militares. Le reventaron los oídos y por poco le sacan un ojo.

Preocupados, los padres de Moyas desean que su hijo salga del país, pero el joven se resiste. A finales de 1923 llega, exiliado, el educador peruano José Antonio Encinas.

Al terminar su trabajo (redactar los programas de enseñanza primaria) anuncia que se va a Inglaterra. Los Asturias envían a su hijo con él para que estudie economía política en Oxford.

Miguel Ángel visita el Museo Británico, donde puede observar los testimonios mayas que ahí se encuentran. A los pocos meses viaja a París donde se reúne con Juan Olivero para festejar el 15 de septiembre. Decide establecerse allí. Su estancia en esa ciudad (1924-1933) fue decisiva en todos los aspectos. Primero participa en la fundación de la Asociación Latinoamericana de Estudiantes y se inscribe a un curso sobre mitos y religiones mayas, impartido por el erudito Georges Raynaud, conocedor de muchas lenguas indígenas y traductor del *Popol Vuh*. En la primera clase el profesor mira constantemente al guatemalteco. Desconcertado, Asturias llega a pensar que se ha equivocado de curso, pero no es así. Al concluir la lección, el mayista se dirige a él con estas palabras: "Vous êtes maya." Comenta Asturias que

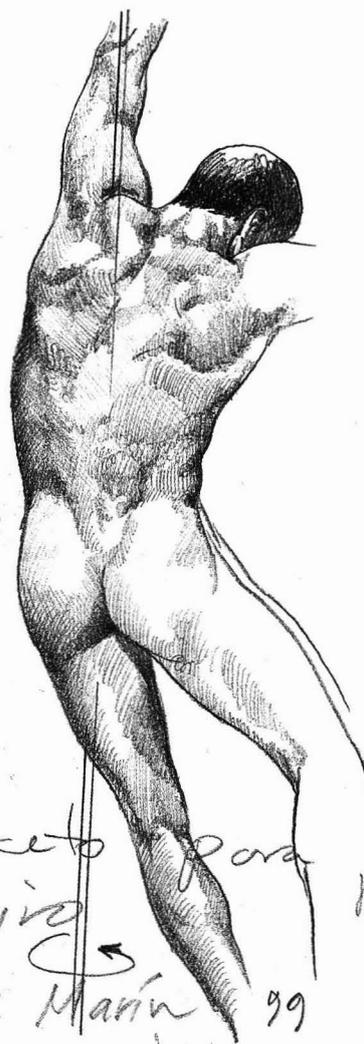
al confirmarle que procedía de Guatemala, el hombre se puso entusiasmadísimo ... Insistió mucho en que fuese hasta su casa ... Al entrar en su apartamento, abrió la puerta y me tomó del brazo hasta la cocina, en donde estaba su señora cocinando y le dijo: "He aquí un maya. ¡Y tú que dices que los mayas no existen!"

Asturias conoce al mexicano González de Mendoza y juntos, bajo la dirección de Raynaud, traducen el *Popol Vuh* del francés al español, aunque, según el mismo González y Francisco Monterde, Asturias no participó en la traducción.

En París, el joven guatemalteco no sólo descubre su propio país, sino que también se reúne con un grupo de amigos (César Vallejo, Arturo Uslar Pietri y otros) para contarse cuentos y anécdotas sobre las dictaduras que habían conocido:

Sin duda —comenta Asturias a Luis Harss— yo había guardado en alguna parte todo lo que había oído bajo Estrada Cabrera, y comencé a recordar cosas. Las contaba en voz alta. Entonces se me ocurrió que "Los mendigos políticos" podía convertirse en algo mucho más amplio. Así fue como me puse a escribir *El señor presidente*.

El primer título de esta novela, conservado en el manuscrito de 1933, fue *Tohil*, el dios maya del *Popol Vuh* que



Jorge Marín

exigía sacrificios humanos. En su artículo "El París que Asturias ha visto y vivido", señala Georges Pillement que *El señor presidente* "transcurre en Ciudad Guatemala, pero los apuntes que sirvieron a su redacción fueron redactados en una mesa del Dôme, en medio del murmullo de las conversaciones, mientras que los camareros, como prestidigitadores, hacían juegos malabares con las sillas y las consumiciones".

En París, el futuro premio Nobel también se encuentra con el surrealismo que, como a otros autores latinoamericanos, lo ayuda a descubrir su propia tradición indígena:

Para nosotros —dice Asturias a López Álvarez en sus *Conversaciones*— el surrealismo representó ... el encontrar en nosotros no lo europeo, sino lo indígena y lo americano, por ser una escuela freudiana en la que lo que actuaba no era la conciencia, sino el inconsciente. Nosotros el incons-

ciente lo teníamos bien guardadito bajo toda la conciencia occidental.

A su vez, conoce y lee *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, novela y autor de los que habla con admiración en algunos artículos que envía a *El Imparcial*. *Tirano Banderas*, al igual que el surrealismo, influirá positivamente en su novela sobre Estrada Cabrera.

Continúa trabajando en *Tohil* y en *Leyendas de Guatemala*; publica en 1925 un volumen titulado *Rayito de estrella*, “fantomima” o “pantomima con fantasmas”, que, a decir de Carlos Samayoa en un texto publicado en *El Imparcial* en 1930, “no es verso, no es prosa, no es poema, no es teatro aunque esté escrito en forma de farsa escénica; no es fábula; no es libro serio; no es cosa de chiste; y es todo eso al mismo tiempo”. Otro crítico de la época, César Brañas, compara este libro con la obra de Valle-Inclán en otro texto aparecido en *El Imparcial*: “Una tarde, en París ..., Miguel Ángel nos leyó *Rayito de Estrella* en el manuscrito; se nos quedó prendido el dejo de una miel ácida y extraña, como la de los primeros panales de Valle-Inclán.”

El joven guatemalteco escribe poesía y cuentos como “La venganza del indio”, su primera obra de tema indigenista, que prefigura *Hombres de maíz*, y “La barba provisioanal”, su único texto auténtica y totalmente surrealista. Pero, además, como corresponsal de *El Imparcial*, diario fundado en 1922, envía una gran cantidad de artículos a Guatemala, en los que denuncia severamente la barbarie en la que vive su nación, donde “la ciencia es desconocida y el arte diversión de gentes que no tienen que hacer”; cuestiona al ser guatemalteco y condena la corrupción política; observa la necesidad de retornar a las tradiciones propias y de contrarrestar el imperialismo económico de los Estados Unidos; demuestra un apasionado odio hacia el explotador estadounidense y hacia los gobiernos títeres de su país; se preocupa por la identidad nacional; defiende la educación como valor preferente y alienta la Universidad Popular; exalta la figura de Vasconcelos y el ejemplo de México en materia educativa; promueve el cultivo de la tierra, máximo incentivo en un país agrícola; entrevista a autores como Unamuno, Blasco Ibáñez y José Ingenieros; describe los países que visita durante los Congresos de Prensa Latina a los que asiste como corresponsal; hace crítica de arte, de cine y de literatura, y trata muchos otros temas. Pero, sobre todo, no olvida a su patria: la defiende en Francia y la desnuda en sus artículos; dialoga constantemente con ella. En 1928 no sólo la visita por tres meses y ofrece conferen-

cias, sino que piensa en la fundación de un partido político campesino. También publica *Arquitectura de la vida nueva*. A su regreso a París, funda *La revue de Guatemala*. Dos años después empezaría su consagración.

*Leyendas de Guatemala* (Madrid, 1930), publicado en Ediciones Oriente, que dirigía Rafael Giménez Siles, es su primer libro trascendente. El poeta Francis de Miomandre se entusiasma con él y empieza a traducir su obra al francés. Georges Pillement, el poeta Robert Desnos y Miomandre escriben artículos elogiosos sobre el texto. En su “Carta a Miomandre”, Paul Valéry afirma que las leyendas “me han dejado traspuesto. Nada me ha parecido más extraño —quiero decir más extraño a mi espíritu, a mi facultad de alcanzar lo inesperado— que estas historias-sueños-poemas”, y también: “Mi lectura fue como un filtro, porque este libro, aunque pequeño, se bebe más que se lee. Fue para mí el agente de un sueño tropical, vivido no sin singular delicia.”

Asturias ha dejado de ser Moyas para empezar a ser el Gran Lengua, el repetidor de los mitos mayas, el vocero de su tribu, el Tecum Uman, el “verdadero tata de la nacionalidad”, como lo calificó, en un discurso leído en quiché y catchiquel, una indígena durante un emotivo homenaje en el que varios indios entregaron obsequios al poeta, ya después de su consagración como escritor universal, a mediados de los años sesentas.

En 1932, pues, se empieza a propagar su fama. Un año después ya está terminada la novela *Tohil*. Asturias debe volver a Guatemala (ya nada tiene que hacer en París). Sin embargo, la publicación de *Tohil* será imposible en el régimen del dictador Jorge Ubico, en el poder desde 1931. Si Estrada Cabrera pretendía aparentar cultura, Ubico, por el contrario, la aborrecía. Asturias deja la novela con su amigo Pillement y regresa a Guatemala. Ubico ya había mandado suprimir la Universidad Popular, en la que tanto había creído y a la que tanto había apoyado el escritor desde París. El fascismo mundial está en apogeo.

Al año siguiente, Miguel Ángel funda el diario *Éxito*, que dura menos de dos meses (un verdadero fracaso). Colabora en el órgano oficial, *El Liberal Progresista*, de donde luego se retira para fundar el *Diario del Aire*, noticiero radiofónico que, además, populariza bellas imágenes y metáforas sobre Guatemala. Ubico nombra a Carlos Wyld Ospina y a Asturias diputados de su congreso títere. El primero había publicado, en 1929, un ensayo sobre Estrada Cabrera: *El autócrata*. Ambos escritores, como anota Manuel José Arce,

saben que la desobediencia al menor deseo del Señor Presidente se paga con la vida. La producción literaria de Wyld Ospina se apaga cuando asume el curul. El prestigio republicano y democrático de Asturias, su posibilidad de liderazgo cívico, de rectoría moral o política de las nuevas generaciones, se diluye.

Mientras tanto, *Tohil* reposa en su escondite. Asturias recibe a Pablo Neruda y organiza charlas clandestinas entre él y algunos escritores y obreros. Investiga la historia de Guatemala y de la United Fruit Company. *Tohil*, que también se encuentra en casa, despierta de vez en cuando, como lo demuestra el siguiente testimonio de A. Arrivillaga Aguirre, rescatado en el libro *París, 1924-1933*:

La policía ha sido prevenida de la existencia del manuscrito y lo busca afanosamente, aunque sin tocar al diputado Asturias, quien, dentro de un clima conspirativo y con infinitas precauciones, realiza lecturas privadas de la obra. Hay varias copias del libro mecanografiadas que se guardan en las casas de los íntimos.

Baste un ejemplo para dar una idea de la mordaza invisible que los intelectuales portaban durante el régimen de Ubico: cuando Asturias dirigía el *Diario del Aire*, en una ocasión recibió una carta del educador Encinas desde Perú. Le proponía asilo y le hablaba mal de Ubico. La carta fue leída por el director de Policía, quien hizo que Asturias la contestara con palabras elogiosas hacia el dictador. Muchos, entre ellos su amigo Luis Cardoza y Aragón en su *Casi novela* sobre Asturias, le reprocharán su actitud colaboracionista: "A la Asamblea Constituyente, fabricada para la tercera reelección del general Jorge Ubico en 1941, Asturias fue nombrado ... El golpe clave contra el general ... fue el 'memorial de los 311', así llamado por el número de firmantes que exigía su renuncia. Entre los 311 Asturias no figuraba."

Otros no lo perdonarán. ¿Cuáles fueron las razones para no exiliarse de nuevo? ¿Se sentía acorralado entre la esperanza y la necesidad? ¿Fue una contradicción el gesto ubiquista, tomando en cuenta los artículos que había enviado desde París? Su voz de escritor comprometido se aletarga por propia protección, aunque sigue trabajando en *Tohil*. Más tarde dará cuenta, literariamente, de la autenticidad de sus ideales.

Ubico es derrocado en 1944. Al caer, en el mismo año, el nuevo dictador (Federico Ponce), los estudiantes lanzaron

al escritor a la fuente de la Escuela de Derecho, señal de repudio por sus antecedentes próximos. Asturias regresa a Europa, pero pronto, llamado por las fuerzas vencedoras, regresa a su país. Había tomado el poder un civil, Juan José Arévalo, seguido por un coronel retirado, Jacobo Arbenz, quien reabre la Universidad Popular y empieza a poner en práctica los proyectos de reforma agraria de Arévalo. Para Asturias, la revolución también significa un cambio: empieza a moverse en la diplomacia. Es nombrado agregado cultural en México, donde publica en 1946 —por fin y ya con variantes— su novela sobre Estrada Cabrera, aunque con otro título: *El señor presidente*. Esta edición privada, con sello de Costa-Amic, que Asturias pagó con dinero de su madre creyendo que era de un primo, contiene un epígrafe tomado del *Popol Vuh*, suprimido en las demás ediciones: "Y entonces se sacrificó a todas las tribus ante su rostro." Dos años después, Gonzalo Losada la publica en Argentina. *Hombres de maíz* (1949), también de Losada, es el ascenso majestuoso y mejor logrado hacia el mito, en que su autor trabajó desde su estancia en París. El juego lingüístico adquiere dimensiones insólitas, sin escatimar el mensaje social: la lucha entre quienes cultivan por negocio y quienes lo hacen para comer.

Aumentan el prestigio y la fama del guatemalteco. Y, aunque su interés por la United Fruit en esta época no es nada nuevo, en 1949 lee el libro *El imperio del banano*, de Kepner y Soothill, investigación sobre el imperialismo económico que lo inspirará para denunciar esta situación a través de la novela, con la llamada *Trilogía bananera*, compuesta por *Viento fuerte* (1950), *El papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960). Ya la novela se ha convertido en "el único medio que tengo de dar a conocer al mundo las necesidades y aspiraciones de mi pueblo".

Sin embargo, el panorama se ensombrece de nuevo. Arbenz ha expropiado tierras de la bananera. Surgen disputas entre la compañía estadounidense y el gobierno de Guatemala por el pago de la compensación. El gobierno gana el pleito y la United Fruit empieza a propagar la idea de que Arbenz es comunista. Foster Dulles condena el comunismo internacional en la Conferencia de Estados Americanos en Caracas. Guatemala vota en contra. Dice Asturias a Luis Harss:

Indudablemente la invasión de Guatemala estaba ya proyectada. Arbenz me cablegrafió a París pidiéndome que volviera y me envió como embajador a El Salvador (1953). Era un puesto difícil, porque se esperaba que la invasión de Cas-

tillo Armas, apoyada por los Estados Unidos, llegaría a través de la frontera salvadoreña. Yo logré arreglar las cosas de manera que Castillo Armas no pudiera pasar por allí. Tuvo que entrar por honduras, por una región inhospitalaria y montañosa. Llegó con ochocientos hombres, alquilados y prestados... Guatemala puso... diez mil hombres en armas. Así estaban las cosas cuando comenzaron los bombardeos de la capital y de otras ciudades, con el objeto de sembrar el pánico en la población.

fuerza evocadora de la naturaleza y el uso del mito, nos recuerda a *Hombres de maíz*. En 1962 se produce un golpe de Estado en la Argentina. El guatemalteco es detenido. En una carta abierta, el escritor argentino Ernesto Sábato, afirma:

Diré simplemente que cuando el nombre del general que por el momento ocupa algún espacio en los diarios haya caído en el detallado olvido que se merece, el nombre de

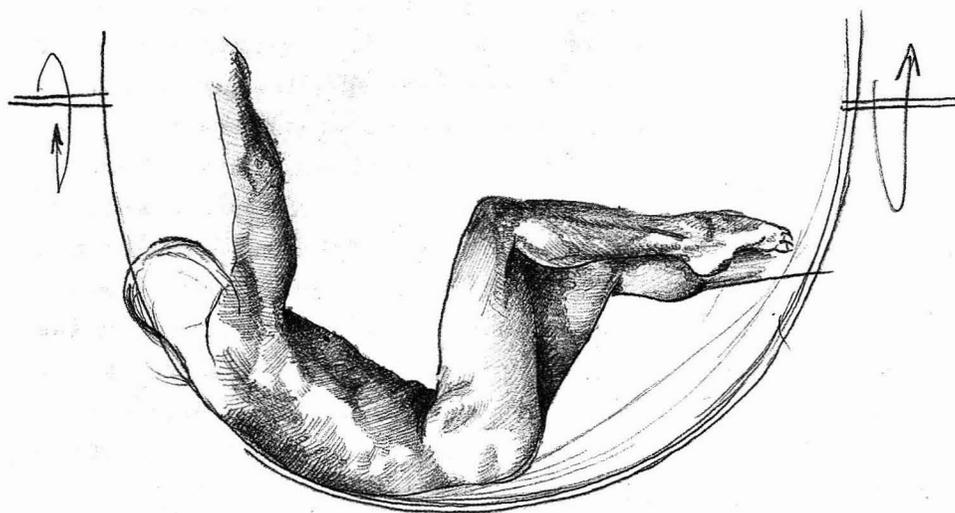
Asturias seguirá pronunciándose en nuestros idiomas, del mismo modo que seguimos leyendo a Dante e ignoramos quién fue el encargado de su exilio.

Asturias se va a Rumania por un breve tiempo, pero su objetivo es Italia; en este país vive hasta 1966, cuando acepta ser embajador en París del gobierno de Julio César Méndez Montenegro "y de esa manera —afirma Emir Rodríguez Monegal en 1969— une su destino político al de grupos que él había combatido. La izquierda latinoamericana no ha perdonado a Asturias esta actitud, especialmente en momentos en que nuevos brotes de guerrilla asolaban su

patria". Por esta actitud, al igual que por la que mantuvo en la dictadura de Ubico, persiste la polémica. Mientras unos atacan al poeta, otros lo defienden. López Álvarez aclara que "no se comprendió entonces que, al aceptar la embajada en París, Miguel Ángel Asturias obraba aconsejado por Arbenz —al que seguía considerando como su verdadero presidente— y sus amigos del Partido Guatemalteco del trabajo".

Un hombre que, desde su juventud, prefirió la polémica y la reflexión nunca podrá complacer a todos, pero sus obras —alquimias verbales—, y en particular *El señor presidente*, con su visión cinematográfica y su extraordinario equilibrio entre mito, denuncia y juego lingüístico, trascienden su época y su país.

En 1967 Asturias es galardonado con el premio Nobel de literatura. Cuando se enteró de que lo recibiría, declaró



Boceto para pieza móvil  
Jorge Marín '99

Jorge Marín

En 1954 sube al poder Castillo Armas, a quien sus mismos amigos veían como a un estúpido hombrecillo, cualidad que, según Schlesinger y Kinzer en *Bitter Fruit*, no necesariamente era negativa para los agentes de la CIA. Asturias fue despojado de su ciudadanía (cinco años después le fue restituida, a instancias de la Universidad de Guatemala), y empiezan ocho años de exilio en Buenos Aires. En 1956 aparece su reacción, *Week-End en Guatemala*, ocho relatos unidos por un tema: la invasión y la campaña de desprestigio contra el gobierno anterior. El libro provocó este comentario de Alfonso Reyes: "¡Qué poder el suyo! ¡Qué formidable carrera literaria en ascenso! Estoy a medio libro, fascinado y deleitado..."

En Buenos Aires, Asturias es corresponsal de *El Nacional*, de Caracas, y consejero de Editorial Losada, donde, entre otras obras, publica *Mulata de tal* (1963) que, por su

que lo consideraba como un premio a la novela latinoamericana de hoy; posteriormente, en una entrevista de K. Becirovic, reafirmó dicha postura: "Sí, lo considero como tal y particularmente como un premio que consagra a esa literatura que llamamos comprometida, o más exactamente responsable."

Dos años antes se le había concedido el premio Lenin de la paz y tres años antes Jean-Paul Sartre, al rechazar el Nobel, había aconsejado: "¿Por qué no se lo entregan a Aragón, Neruda o Asturias?" Independientemente del valor de los premios —la mayoría de los Nobeles descansan en la paz del olvido—, la universalidad de la obra del guatemalteco cobra mayor actualidad entre más obras genera, y su mejor obra sigue marcando e instruyendo a las nuevas generaciones.<sup>1</sup>

En el París de los años veintes, un hombre descubre a su patria. En 1930, emerge su voz poética con *Leyendas de Guatemala*. La tribu no está sola, y aunque su vocero prefirió ser enterrado en París, la misión sagrada del Gran Lengua continúa.

## 3

Un lugar común en la crítica sobre la obra de Asturias es considerar que ésta se mueve entre el mito y la realidad. El error es que muchos críticos separan las dos vertientes: aquellos textos donde se le da más énfasis al mito, y aquéllos donde lo relevante es el "compromiso" social y político. Pienso que esta esquematización es simplista y que en ambas vertientes las dos preocupaciones se relacionan dialécticamente. Cardoza y Aragón prefiere *Hombres de maíz* "por su aventura mítica y lingüística, por su profundización en lo coloquial, por ir a lo más lejos que alcanzó su juego. Este juego, que privilegio, lo encuentro paradigmáticamente en ese libro que me gusta por lúdico, por su mestizaje formal, por no preocuparse de verdad alguna". Sin embargo, a pesar del aspecto lúdico, Asturias no sólo se ocupa del mito. La raíz, el germen de *Hombres de maíz* se percibe en su ya aludido cuento de 1926: "La venganza del indio", enviado a *El Imparcial*, al igual que muchos artículos sobre la tierra y su cultivo, y ésa es la verdad social que, pese a

Cardoza, se manifiesta en *Hombres de maíz*. Como lo ha advertido Mario Payeras: "En la obra no sólo hay identificación con los indios y mestizos de Guatemala, hay amor, hambre vital de asumirlos como hecho social, como realidad escogida para dejar en ella lo mejor del talento. Sostener lo contrario es afirmar que la obra de arte puede ser producto de la vanidad y de la banalidad."

Ni siquiera en sus obras más fantásticas elude la preocupación o la denuncia política o social. Por ejemplo, *El hombre que lo tenía todo, todo, todo* es una alegoría sobre el mal uso del poder, ya que la naturaleza vence al ambicioso.

Con *El señor presidente* ocurre lo mismo, pero a la inversa: es una obra de denuncia donde se percibe una realidad pesadillesca con personajes-títeres enajenados por el poder. El mito se respira desde la primera página, con la evocación de Luzbel, hasta la asociación del presidente con la divinidad maya Tohil. En Asturias existe un vínculo entre mito y denuncia social, entre lo real y lo irreal. La mitificación precisamente convierte la denuncia en algo atemporal, fuera de las limitaciones que impone un espacio-tiempo determinado.

Otros críticos, sin embargo, eluden esta vinculación para concentrarse sólo en los rasgos formales de este innovador de la forma. Juegos de palabras, onomatopeyas, jitanjáforas, falsas etimologías y demás recursos no son sino ingredientes de una alquimia mucho más compleja. En un artículo sobre Uslar-Pietri, afirma Asturias que el trabajo del novelista es "hacer visible lo invisible con palabras". Por ello es, como lo expresa el poeta africano Aimé Césaire, un "sorcier".

La gran protagonista de la obra de Asturias es Guatemala en todos sus aspectos. Supo descubrirla y asimilarla, repetir y poetizar los mitos de otra manera, actualizarlos para comunicarse con su pueblo y con el mundo. Raynaud no se equivocó cuando le dijo "vous êtes maya". El aspecto de este "maya" universal se transfiguró en avatares del pasado que ven desde la tierra hacia el porvenir. Observa Marcel Brion: "Había en el hombre y en el escritor un aspecto monumental, monolítico que ... me recordaba una de esas gigantescas estelas mayas donde los astrónomos-sacerdotes inscribían en jeroglíficos el cómputo de los siglos pasados y el devenir, las viejas leyendas de sus dioses y de su pueblo."

Asturias mismo comprendió su misión al aclarar que "entre los indios existe una creencia en el Gran Lengua, el vocero de la tribu. Y en cierto modo es lo que he sido: el vocero de mi tribu". ♦

<sup>1</sup> Un estudio sobre la enorme influencia que *El señor presidente* ha ejercido, en más de cuarenta años, sobre la literatura latinoamericana, es el de Giuseppe Bellini: "El señor presidente, criadero de tiranos", en su libro *De tiranos, héroes y brujos*.

# Poema



RICARDO POZAS HORCASITAS

*Para mi amigo  
Francisco Bolívar Zapata*

Algo muere  
    cuando dormimos,  
parte de nosotros  
    se desprende  
y se queda  
    en la búsqueda del eco  
    nacido de la voz remota  
                    de otros sueños.

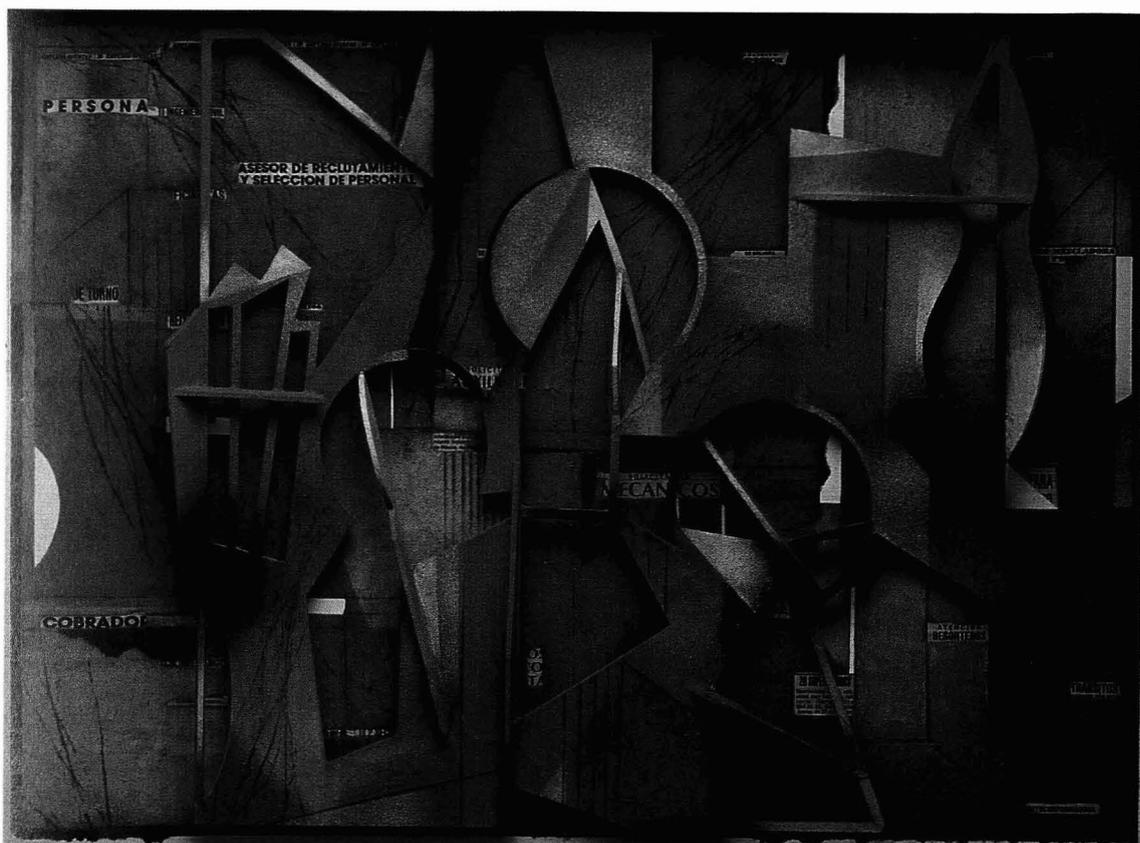
Dormir: ansiedad de saber,  
    obsesión atrapada,  
por la promesa de un hueco,  
    que nos guarde  
                    tras los muros  
                    de la noche.

Refugio de otras noches,  
    tras otros muros  
    de otras noches.

# Algunos protagonistas de la nueva plástica mexicana



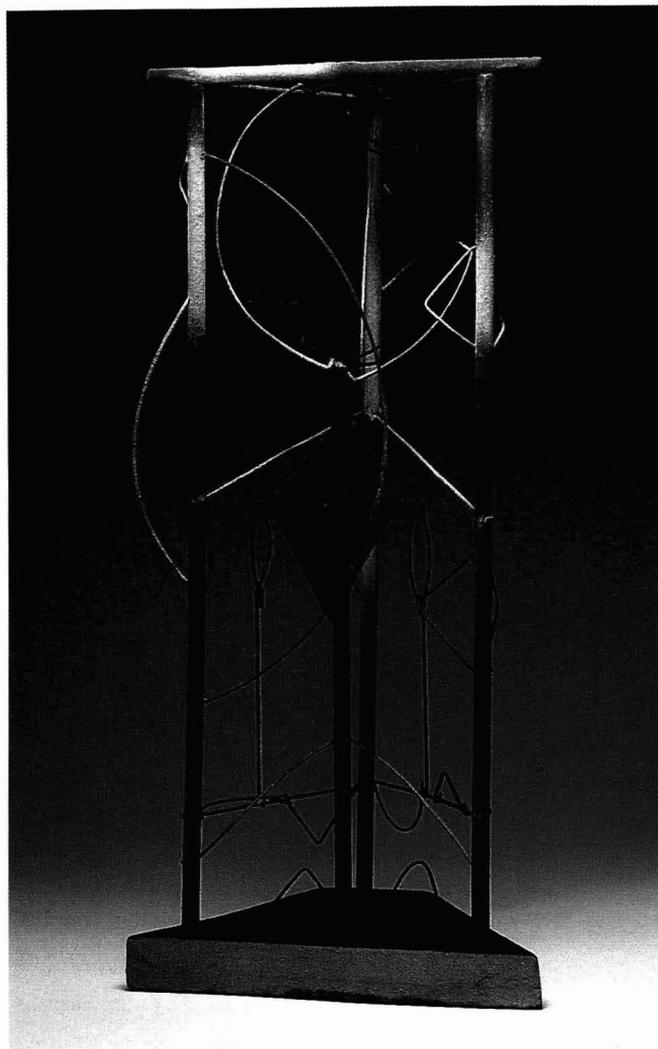
MARÍA CONSTANTINO



Gabriel Macotella, *Relieve urbano*, cartón

La selección de cuarenta y cinco artistas, la reproducción de sus obras representativas y la ubicación histórico-estética directa de Luis Carlos Emerich e indirecta de seis críticos y organizadores de la cultura mexicana, reunidos por Enrique Franco Calvo, conforman el libro titulado *Nueva plástica mexicana. Pintura y escultura*.<sup>1</sup> La significación toral de un libro de este tipo proviene del establecimiento y de la forja de una visión cultural de las artes plásticas en un lapso que se ubica entre los ochentas y los finales del siglo xx, ya que se describen las dinámicas creativas individuales y se les incrusta históricamente hasta establecer ciertos parámetros que, de resultar operativos y válidos, designan básicamente la realidad plástica para el lapso y la generación indicados. Además, el libro, al editarse ampliamente ilustrado, resulta funcional y elocuente. Se reproducen obras que “responden” a los planteamientos de los

<sup>1</sup> Luis Carlos Emerich, *Nueva plástica mexicana*, con entrevistas de Enrique Franco Calvo y diseño de Magda González Villarreal, Grupo Jumex, México, 1998, 228 pp.

Gabriel Macotela, *Persona*, cerámicaGabriel Macotela, *Jaula*, madera y alambre

textos, o bien que —superando o “pasando” por abajo o arriba de los comentarios— le ofrecen al lector partes o ejemplos del reino visual que los artistas han forjado en sus obras. El muestrario —una bien construida galería— nos indica de manera implícita que los artistas lo son a partir de sus obras concretas.

La calidad visual de la publicación nos va indicando, aun sintéticamente, los términos en los que se desenvuelve la cultura iconográfica de finales del siglo XX en el país, ya que la creatividad pictórica se desparrama, a partir de sus páginas, en espacios que van más allá del ámbito de atracción del público especializado y se convierten en una especie de imágenes didácticas e informativas de amplios horizontes. Esto que acabo de afirmar es una convicción personal: los efectos de la buena pintura no se circunscriben a suscitar la reacción del crítico especializado; también alimentan la receptividad visual del mexicano de hoy, por así decirlo, sus visiones decantadas, sus interpretaciones emocionales e intelectuales, sus fantasías y sus deseos. El apoyo, la asimilación y el reconocimiento de las obras de arte —sobre todo de las pictóricas— no son actividades y prerrogativas propias y exclusivas de los núcleos críticos especializados: las realizamos, por consenso y comunicación efectiva, entre todos. Por ello sí resultan importantes, en cada creador, sus técnicas (o sea, sus “maneras” de decir las cosas), sus temas, sus inquietudes, sus inclinaciones, sus canales de convencimiento y verosimilitud, sus dudas, sus “mensajes” (como antes se les llamaba), etcétera. Por ello, también, la primera obligación del crítico es con la obra (nótese: antes que con el artista) pues es ella, en el tiempo y en el espacio, la que hará valiosos sus razonamientos.

En efecto, si nos encaminamos más allá de las acuciosas consideraciones de Luis Carlos Emerich (aunque a partir de ellas) y las asimilamos; si interpretamos los aspectos que tratan los seis comen-

Miguel Ángel  
Alamilla,  
*Sonido interior*,  
1998,  
óleo/tela,  
136 × 185.5 cm



Fotos: Alberto Moreno

Miguel Ángel  
Alamilla,  
*Anaranjado y  
malva*,  
1998,  
óleo/tela,  
180 × 220 cm

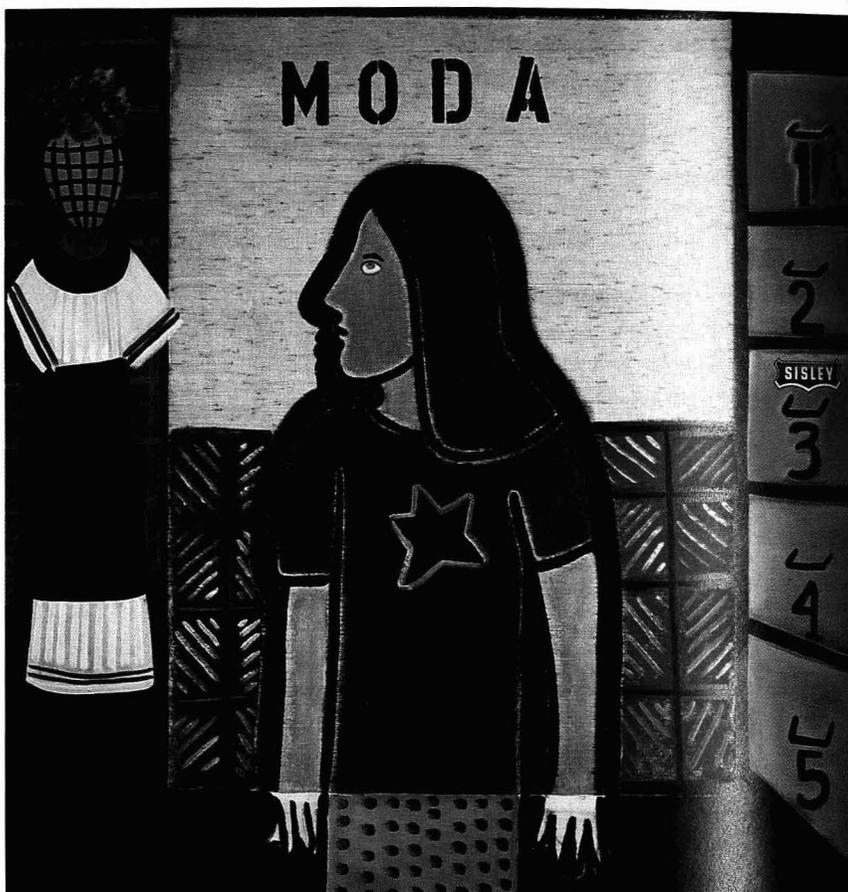


taristas revisados por Enrique Franco Calvo, es decir, si valoramos y ejercemos en lo que vale la capacidad de *ver*, realmente *ver* las obras, nos damos cuenta de que la selección realizada es, si no completa —¿cómo puede serlo un muestrario colectivo?— sí correcta; nos damos cuenta de que resultaba imposible incluir a los siempre prescindibles marginales o independientes (solitarios artistas siempre

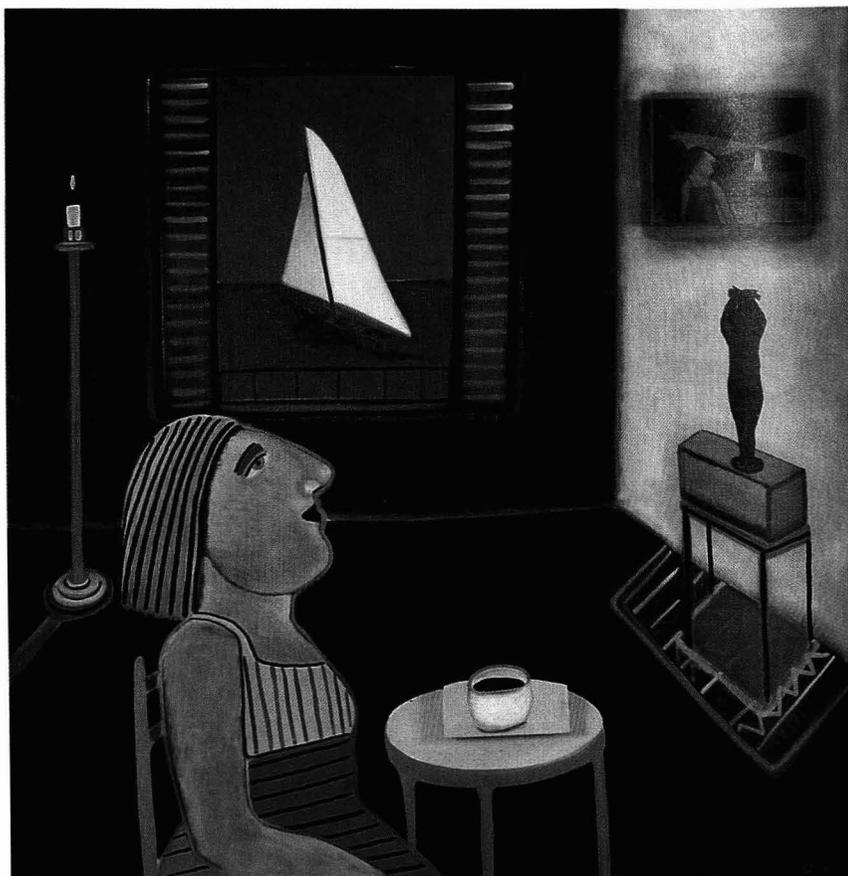
atentos a la defensa de su libertad a cualquier precio); por último, corroboramos la impresión largamente meditada en secreto de que los protagonistas de la plástica mexicana de los últimos veinticinco años han abierto un espléndido espacio creativo, han dominado en ocasiones peliagudas técnicas y escollos de procedimiento y, finalmente, han superado y se han adelantado a aquellas exigencias planteadas por los proyectos enormes y hasta monstruosos de “los grandes”, que los preceden; en suma: han remontado actitudes sociales y estéticas de otros pintores, han asimilado y entendido las tendencias que los antecedieron para entregarnos

sus "visiones", obras ricas en matices y experiencias, intensas en convergencias y divergencias, buenas esponjas y magníficos cedazos de la violencia, el temor, la destrucción, la muerte a que nos acostumbramos los acontecimientos y los medios de comunicación masiva de esta época. El libro acoge, entonces, a un sustancioso grupo de creadores de una obra vasta que se hace aún más antojante a nuestras contemplaciones e interpretaciones al mirar las reproducciones de la publicación.

Resulta observador acucioso e inteligente estudioso Luis Carlos Emerich en sus explicaciones: los artistas expuestos conforman una "nueva plástica", porque responden, mediante "diversas formaciones y posturas" a la múltiple exigencia visual y a la "dispersa" y "azarosa" situación de las artes plásticas —en México y en el mundo— agudizada en los últimos treinta años. Obras "maduradas" en los más recientes cinco lustros, resultan claramente agrupadas en esferas creativas cuyos miembros responden sucesiva y/o simultáneamente a los requerimientos de "hacer arte" en la calle o al de revisar el estallido de las actitudes de la contracultura. Emerich también hace el recuento de artistas y productos que se sumergen en el formalismo, el regionalismo, el espacio, el vacío, la desfiguración o el hiperrealismo. Sorprende gratamente la ingeniosa idea de llevar de la mano al lector mediante una sucesiva combinación de descripción de técnicas y materiales, actitudes estéticas y reflexiones críticas. Emerich se compromete y se pule en sus ubicaciones. Nos percatamos de la necesidad e incluso de la obligación del crítico de "exponer" simultáneamente referencias históricas y teóricas, variaciones, interpretaciones e intentos de periodización y agrupamiento. No pueden ser de otra manera los instrumentos del crítico para hacer comprensibles sus propuestas, sus razonamientos, sobre todo frente a una



Alejandro Arango, *Alejandra*, 1995, acrílico/collage, 140 x 140 cm



Alejandro Arango, *Penélope*, 1995, óleo/tela, 140 x 140 cm

Fotos: Roberto Ortiz Giacomani, cortesía del Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, A. C.



Dulce María Núñez, *Paisaje interior*, 1994, técnica mixta con máscara de yeso, 120 x 120 cm

obra y un lapso tan intensos y vastos. Emerich, mediante “siete conceptos logra tejer con soltura y precisión a los cuarenta y cinco artistas con los temas, motivos o pretextos que los animan para realizar sus trabajos” (Ignacio Salazar *dixit*).

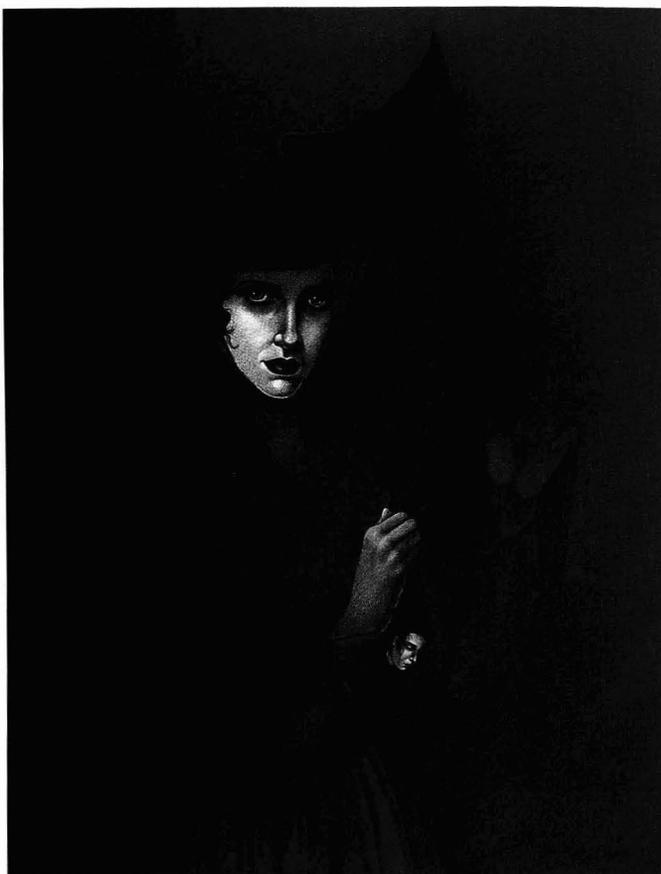
En efecto, este conjunto de obras, cuidadosamente reproducidas, nos hace pensar por momentos en que, no ya la crítica en su totalidad, sino algunos críticos y seguramente nosotros, espectadores, hemos ido muy lentos en nuestros procesos de asimilación y apropiación si los comparamos con el ritmo de la creatividad y el talento de estos cua-



Dulce María Núñez, *La niña de los perros*, 1995, óleo/tela, 110 x 130 cm

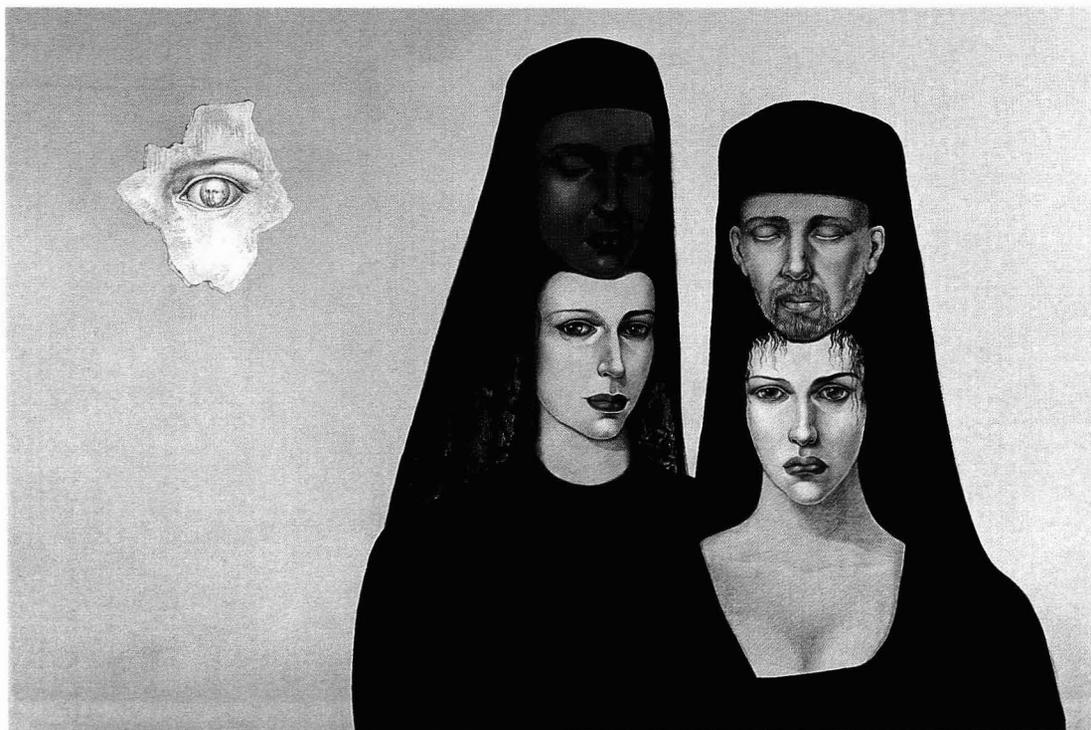
renta y cinco artistas. Estas imágenes, ahora a nuestro servicio, nos interesan incluso por las batallas que libran ante los avatares de la más reciente iconósfera, como Román Gubern llama al conjunto de objetos visuales que ante nuestros ojos conforma nuestro fin de siglo. De esta manera, las descripciones valorativas y las periodizaciones elaboradas por Emerich nos van llevando a reconocer las arduas tareas de imposición de la imagen que toda creatividad pictórica implica; asimismo, nuestra lectura de las reproducciones se convierte en una guía para ampliar nuestra visión de las cosas y del mundo actual. Nos percatamos entonces de que los cometidos de una publicación de este tipo no estarían cubiertos si no se hubiese cuidado la correcta presentación tipográfica y de impresión de las obras.

Otro razonamiento surge al mirar las reproducciones del libro o, más bien, una respuesta ante una obvia pregunta: ¿por qué se antoja ver más obras de cada autor, más reproducciones, más exposiciones de estos artistas? Sencillamente porque gracias al libro entendemos lo que el crítico nos dice, nos relata, nos plantea; porque sus elucubraciones resultan razonables, comprensibles, corroborables. En fin, porque la buena obra y la buena crítica trascienden cualquier tipo de protagonismos, sean de artistas, de críticos o de “comunicadores”, como hoy se les llama. Curiosamente, la correcta factura de esta publicación nos hace pen-



Fotos: Rubén Orozco

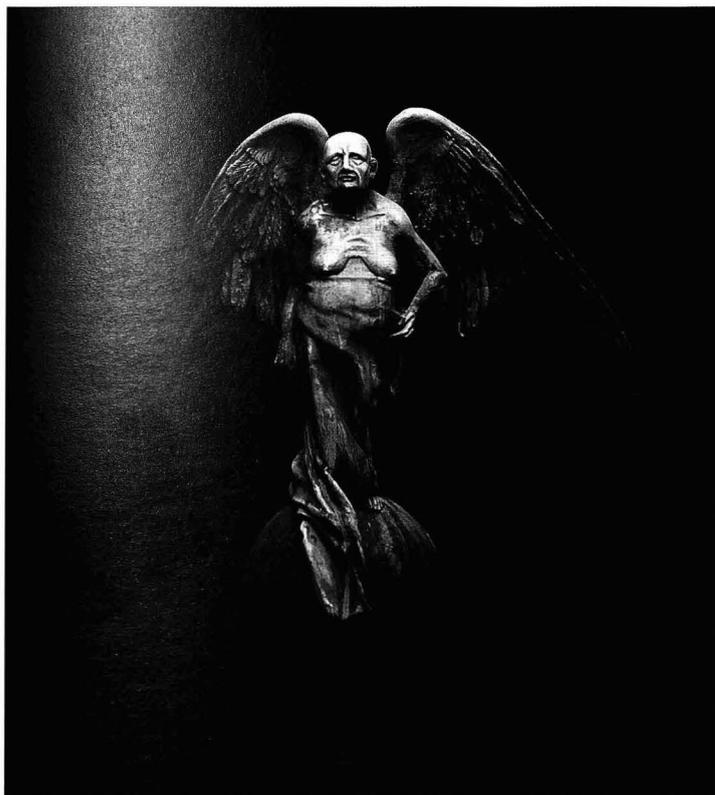
Lucía Maya,  
*La reina de la noche*,  
1999,  
técnica mixta/  
cartulina  
museográfica,  
121 x 80 cm



Lucía Maya,  
*Electra*,  
1999,  
técnica mixta  
y punta de plata/  
cartulina  
museográfica,  
80 x 121 cm



Jorge Marín, *Casi como la luz de otra*, 1998, barro de Zacatecas y engobes, 73 x 56 x 27 cm



Jorge Marín, *Sin considerar un plan integral*, 1998, barro de Zacatecas y engobes, 63 x 50 x 20 cm

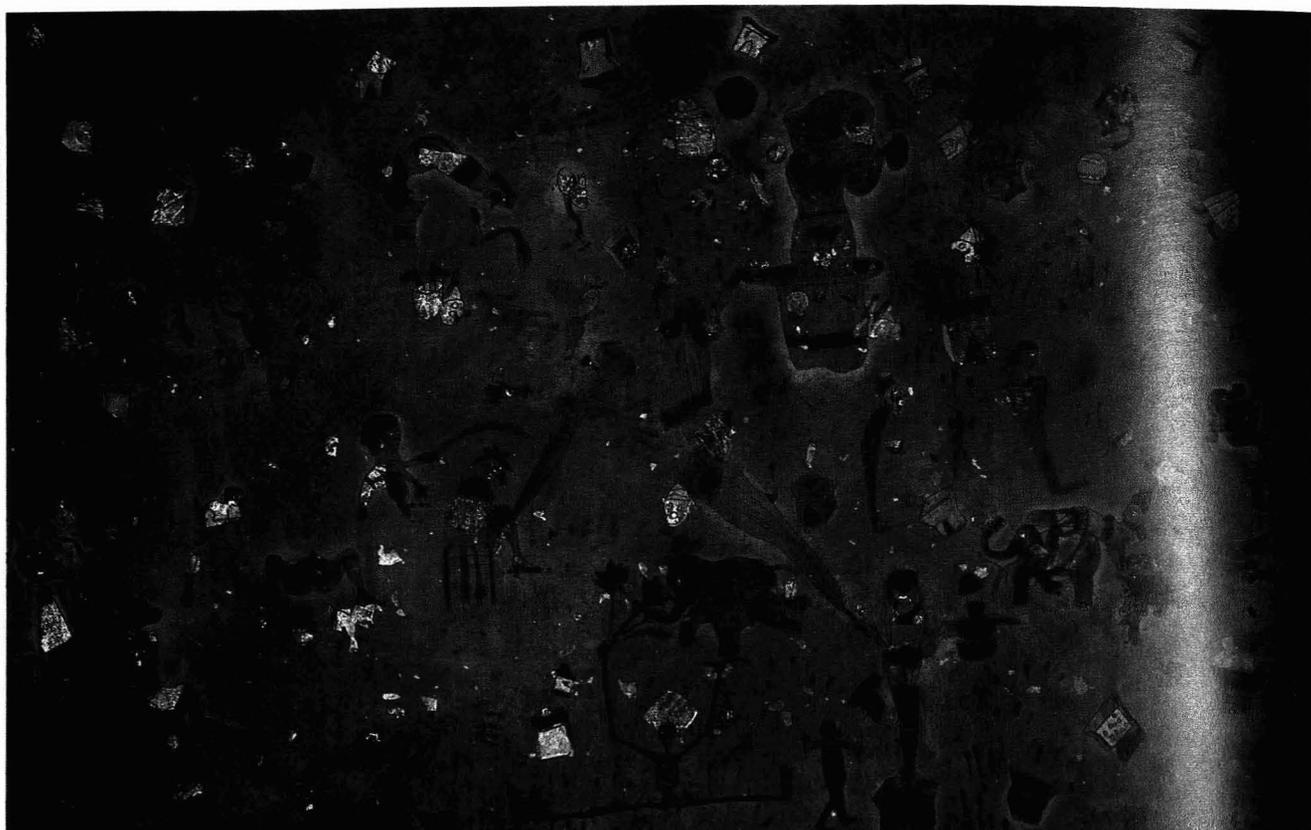
sar que las obras de los pintores mexicanos vivos carecen de suficientes y profesionales espacios en la televisión mexicana.

Emerich y los demás críticos y publicistas consultados nos han hecho *pensar*, de la misma manera que los pintores mexicanos estudiados nos han hecho *ver*. Qué bien que la abstracción actual sea una interpretación indicativa y delimitante de ese abstraccionismo otrora lírico e inalcanzable; qué bien que nuestros artistas contemporáneos han llevado el tratamiento virtuoso de la madera o de la cerámica a las más violentas conformaciones y a los más antiguos vestigios; qué bien que le hayan dado la vuelta a la caricaturización y, mediante el tratamiento de colores vivos, de líneas difusas, hayan renovado los bríos definitorios de la vida doméstica y cotidiana del mexicano; qué bien que hayan resuelto, en singulares texturas y simplificadas e infantiles formas, la iconografía clásica que en los siglos anteriores se había circunscrito al deleite y a la interpretación de conoedores y eruditos.

También vemos y nos es explicado en el libro ese procesamiento actualizado de los materiales que permite incorporar los elementos de violencia, terror, afanes de evasión o de conocimiento, huida de la realidad y destrucción de ella que podemos detectar en las formas de vida del mundo que nos rodea.

Asimismo, en una cuidadosa y hasta lenta reconsideración de lo que el artista y el arte aportan para un cambio de siglo, percibimos a ciertos creadores que en sus cuadros se asocian a la materialidad del cuadro, o repiten una y otra vez su cara y su cuerpo para sustituir lo que antes era exaltación y legalización de un documento, o *aparecen* colgados ellos mismos para, como afirma Emerich, tratar "en sus obras el tema de la incertidumbre desde tantas ópticas como estratos de la sensibilidad hiere" un solo artista. Nuestros pintores actuales, ¡cuidado!, nos están entregando lo que vemos, lo que podemos ver también y, también, ¡oh fin de siglo peligroso y maravilloso!, lo que *no* podemos ver. Nos encanta percibir en la totalidad de los cuarenta y cinco artistas incluidos en el libro la sabia y cauta consideración de que las intenciones del artista que atisba al siglo XXI reconstruyen, mediante espléndidas obras y propuestas, el establecimiento de un diálogo pertinaz y excitante con una realidad inesperada y tajante, y asimismo con aquellos críticos que no usufructúan los lugares que sus percepciones y conocimientos hayan definido. La obra

Fotos: Jesús Sánchez Uribe



es real y concreta, única en su materialidad y en sus alcances subjetivos. La obra de estos artistas ya no responde a programas totalizadores ni a proyectos monstruosos y pretendidamente indiscutibles como los que caracterizaron a los artistas mexicanos hasta los años sesentas.

En suma: se trata de un bello libro inteligentemente concebido, escrito y construido alrededor de sus auténticos héroes y protagonistas: cuarenta y cinco mexicanos. ♦

Sergio Hernández,  
*La vidente*,  
1998,  
óleo/tela,  
180 x 300 cm



Sergio Hernández,  
*El descuartizado*,  
1998,  
óleo/tela,  
80 x 100 cm

# Los virus en la nueva medicina

♦  
JULIO SOTELO

Los virus, a diferencia de otros agentes infecciosos, son comensales caprichosos y discriminadores. Al infectar un organismo, actúan de manera selectiva pues penetran en una estirpe celular determinada y dejan incólumes a todas las demás células del organismo. Por ejemplo, el virus de la poliomielitis humana es estrictamente neurotrópico, es decir, busca sólo neuronas, pero no cualquiera de ellas: han de ser neuronas motoras (responsables del movimiento) y, específicamente, de la médula espinal; aun así, a este requisito debe sumarse el hecho de que habitualmente sólo resultan afectadas las motoneuronas espinales de la región lumbar. Esta exquisita selectividad en favor de un subgrupo celular indica que después de que el virus de la polio penetra en el organismo por la vía digestiva y llega al sistema nervioso destruye únicamente las motoneuronas espinales lumbares, de modo que no ejerce ninguna acción en las demás motoneuronas ni tampoco en otras neuronas o en el resto de las células de todo el organismo, que permanecerán saludables en el transcurso de la enfermedad.

La historia se repite en el caso de múltiples padecimientos virales, ya que el virus, al ser un huésped intracelular, necesita penetrar en la célula para

replicarse y esto se logra a condición de que la célula posea en su membrana aquellos receptores que el virus utilice de manera específica y que sean los que le permitan su entrada a través de un sistema biológico impecable de llave-cerradura. Sin que importe el grado de agresividad del virus, éste simplemente no entra en la célula si en ella no existe la cerradura correcta. Es así como el virus más patogénico conocido, el de la rabia, que provoca la muerte en el cien por ciento de los casos una vez que se manifiesta la enfermedad, infecta y destruye neuronas con receptores de una sustancia química denominada acetilcolina. La más mortal de las infecciones virales deja indemne al resto del organismo ya que no ataca a ninguna otra célula o tejido. En el caso de este virus, la llave es la molécula denominada proteína G y la cerradura es el receptor ubicado en

la unión de receptores de acetilcolina en neuronas colinérgicas. Si esta combinación no se da, el virus no infecta la célula aunque se encuentre en abundancia en el espacio extracelular.

Las múltiples sorpresas que nos han brindado los estudios recientes en virología han generado nuevos conceptos médicos que apuntan a que es altamente posible que algunos virus se encuentren involucrados en algunos padecimientos no infecciosos —según la noción



Gil Garea

Gil Gareca 9-3-99



Gil Gareca

tradicional del término infección—, cuyas causas precisas permanecen hasta ahora ocultas para la investigación biomédica. Entre estos padecimientos se encuentran el cáncer, la autoinmunidad y los padecimientos degenerativos.

El estudio de padecimientos virales ha llevado a trazar diversos escenarios insospechados con anterioridad. En contra de los postulados que prevalecieron como dogma hasta los años setentas, se ha visto que las enfermedades virales no siempre son agudas y autolimitadas, sino que muchas de ellas pueden ser crónicas, lentas y progresivas. Este nuevo paradigma ha permitido incluir en la indagación virológica el estudio de padecimientos crónicos, lentos y progresivos, ante la sospecha de que sean causados, directa o indirectamente, por agentes virales.

En contra también de los postulados mantenidos doctrinariamente hasta hace pocos años, se ha descubierto que hay agentes virales que no provocan respuesta inmune y burlan los sistemas de defensa y autopreservación biológica del ser humano; es decir, no ocasionan la respuesta del sistema inmune más evolucionado y preciso, producto de varios cientos de miles de años de evolución filogenética.

Las enfermedades causadas por virus no convencionales nos han enseñado que los dogmas en medicina no funcionan, es decir, hay enfermedades infecciosas que no cumplen los postulados de Koch. Estas enfermedades aparentemente son provocadas por subpartículas virales, ahora llamadas priones, que se integran a proteínas endógenas y penetran en el organismo con el disfraz de la autoidentidad. Tras evadir los más sensibles mecanismos de reconocimiento inmune, se integran al órgano blanco —curiosamente, en

la mayoría de los casos, el sistema nervioso— e inician un proceso pertinaz de replicación pausada que produce una enfermedad con todas las características morfológicas de un colapso tisular degenerativo que, hace treinta años, ni al más audaz patólogo le hubiera hecho pensar que pudiera tratarse de un padecimiento infeccioso.

Otra de las sorpresas que la virología nos ha deparado es la novedad conceptual de que un mismo virus es capaz de provocar varias enfermedades enteramente distintas en todas sus expresiones; o sea, éstas mantienen, como único lazo de similitud, la discreta coincidencia de ser causadas por el mismo agente viral.

La evolución impetuosa de la medicina científica durante las primeras tres cuartas partes de este siglo permitió el arraigo de varios pensamientos y paradigmas que resultaron altamente eficaces para el avance de la ciencia médica en lo que respecta al descubrimiento de las causas de muchas enfermedades. Según uno de estos principios, las enfermedades tienen una causa. Por ejemplo, se descubrió que la diabetes, con todas sus manifestaciones, es causada por una deficiencia única en la producción o el aprovechamiento de la insulina. También a principios de siglo se lograron grandes avances en cuanto al origen de las enfermedades más frecuentes en esa época, como la tuberculosis, la sífilis, la lepra, etcétera. Se concluyó que para una enfermedad había una causa. Después se supo que una enfermedad podía manifestarse con diferente intensidad en función de las variantes que se pudieran registrar en el agente que la causaba, como en el caso de los dos tipos de lepra, la lepromatosa y la tuberculoide; aun así, el principio era firme: una enfermedad se derivaba de una causa.

La virología dio origen a un nuevo concepto que, en mi opinión, no ha sido apreciado adecuadamente, aunque cabe la posibilidad de que en los próximos años genere conocimientos interesantes, hasta el punto de que éstos puedan cambiar muchos razonamientos y fórmulas preconcebidas en la investigación biomédica. La sorpresa es que ahora sabemos que un mismo virus puede causar varias enfermedades, totalmente distintas entre sí. A diferencia del postulado prevaleciente en la investigación biomédica, que se concretaba en la fórmula “una enfermedad, una causa” y que a veces se ampliaba hasta abarcar “varias causas para

una misma enfermedad”, ahora se ha planteado un nuevo e intrigante concepto que sostiene que “un mismo agente puede producir varias enfermedades”. Así, la posibilidad de que un sujeto expuesto al mismo virus desarrolle uno u otro padecimiento depende no del virus sino de la asociación de factores propios del paciente, como las condiciones inmunológicas, genéticas, raciales y de susceptibilidad individual.

Se pueden citar varios ejemplos de este paradigma, ahora claramente definido. El sarampión, causado por un morbilivirus RNA de la familia paramixovirus, es un padecimiento exantemático de la infancia altamente infeccioso, universalmente distribuido y en general benigno, con curación espontánea en menos de dos semanas. Tal es la descripción abreviada del sarampión escrita en China doscientos años antes de Cristo, y las características clínicas que plantea se han mantenido sin cambios desde entonces hasta las más recientes descripciones. Sin embargo, como producto de una serie de investigaciones realizadas en años recientes, se ha descubierto que en el virus del sarampión radica la causa de otras dos enfermedades totalmente distintas. Este virus también puede causar una enfermedad autoinmune, la encefalitis sarampionosa, en todo diferente e independiente del sarampión exantemático; esta enfermedad tradicionalmente fue considerada una extensión o complicación ocasional del sarampión. Los elegantes estudios llevados a cabo principalmente por el grupo de Richard Johnson han demostrado, no obstante, que la encefalitis sarampionosa no es una extensión cerebral del sarampión sino una enfermedad autoinmune y mediada enteramente por mecanismos autólogos del huésped, en la que el virus del sarampión participa sólo para desencadenar los complicados y aún mal entendidos mecanismos de la reacción autoinmune. Se genera así un padecimiento independiente no infeccioso que únicamente en su primera fase registra una intervención del virus, ya que posteriormente sigue su propia patogenia. Esta enfermedad bien pudiera ser similar a otras muchas alteraciones autoinmunes cuyas causas continúan eludiendo a la investigación biomédica, como es el caso del lupus eritematoso o la artritis reumatoide. Sin embargo, aquí no termina la historia de la patogenici-



Gil Garea

dad múltiple del virus del sarampión: éste también es capaz de provocar otro padecimiento que hasta hace pocos años difícilmente se hubiera inscrito dentro de la etiología viral. Antes de los estudios pioneros de Bonteille, se desconocía la causa de la demencia progresiva conocida como panencefalitis esclerosante subaguda, que afecta a niños y jóvenes y que se caracteriza por ser una enfermedad crónica, progresiva con demencia y crisis mioclónicas que provoca la muerte del enfermo en un periodo de tres a cuatro años. Este padecimiento destructivo del cerebro, sin similitud clínica alguna con el sarampión, también es causado por el virus del sarampión aunque parece que en este caso se genera una infección crónica ocasionada por una variante defectuosa del virus. En resumen, el mismo virus es capaz de dar lugar a una enfermedad infecciosa exantemática aguda, el sarampión, una enfermedad autoinmune característica, la encefalitis post sarampionosa, o bien una enfermedad crónica, destructiva y demencial, la panencefalitis esclerosante subaguda.

Es así que el virus del sarampión nos muestra una nueva e intrigante faceta: la posibilidad de que un mismo virus pueda causar varias enfermedades, diferentes entre sí, lo que constituye un interesante paradigma que seguramente brindará respuestas novedosas en los próximos años y que contradice el dogma, vigente durante muchos años, que afirmaba que había una causa para cada enfermedad.

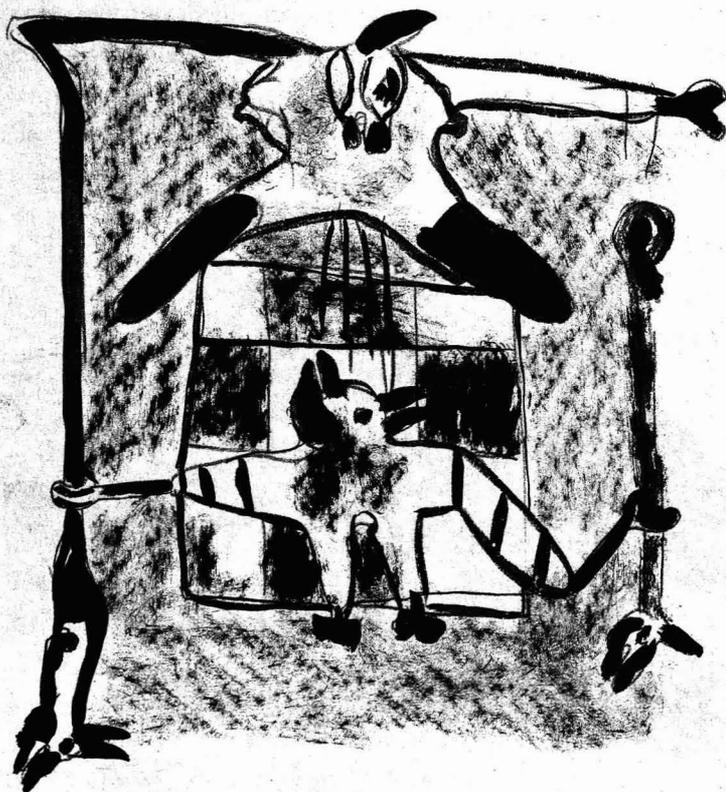
Otro ejemplo lo presentan algunos virus que en condiciones normales pueden ser relativamente inocuos o poco patógenos, pero que en situaciones especiales son susceptibles de tornarse altamente agresivos y producir una nueva enfermedad sin relación alguna con las alteraciones que

provoca regularmente. Tal es el caso del virus JVC perteneciente a la familia de papovavirus con doble cadena de DNA, de los cuales el virus JVC es un polioma virus distribuido universalmente, que resulta ser un comensal inocuo en alrededor de ochenta por ciento de seres humanos sanos. Como su nombre lo indica, los papovavirus son los virus causantes de papilomas y poliomas, es decir, producen verrugas. Sin embargo, en pacientes con un sistema inmune deficiente, este inocuo virus JVC se vuelve neurotrópico, con particular afinidad por células del cerebro llamadas oligodendrocitos, y provoca un padecimiento lento, progresivo y severo de destrucción cerebral conocida ahora como lencocéfalocefalopatía multifocal progresiva.

Un tercer ejemplo de patogenia viral múltiple lo constituye la muy reciente área de los retrovirus. Digo que es muy reciente porque aunque estos retrovirus fueron identificados hace varias décadas, siempre se les consideró una variedad curiosa de virus diploides cuyos mecanismos de replicación intracelular son inversos a los comunes, y se pensaba también que no infectaban al hombre. Ahora sabemos que no sólo lo infectan sino que son profundamente patogénicos, que con frecuencia se encuentran integrados al genoma del huésped y reprimidos en forma de provirus o virus oncógenos y que, además, inducen padecimientos atípicos. Desde la perspectiva de la infectología, el último

patógeno descubierto en esta familia de retrovirus es el temible virus VIH, del subgrupo de los lentivirus y causante del síndrome de inmunodeficiencia adquirida. Otro virus, pariente cercano del VIH en la familia de los retrovirus, es el HTLV-I, conocido como virus linfotrópico de células T humanas, descubierto a mediados de los años setentas y fuente de nuevas sorpresas en años recientes. El HTLV-I fue uno de los primeros virus claramente identificados como causante de cáncer en el ser humano, la leucemia humana de células T. Como es el caso de todos los cánceres, la leucemia no es un padecimiento con características clínicas de enfermedad infecciosa y, sin embargo, esta forma de leucemia lo es, pese a tratarse de un padecimiento lento, progresivo, proliferativo y fatal en su historia natural. Además del interés que revestía este hallazgo en la investigación de la patología humana, el virus HTLV-I nos tenía reservada otra sorpresa: su relación causal con un padecimiento crónico, lento, degenerativo neurológico, endémico en áreas geográficas tropicales, y también con una enorme incidencia en la raza mongólica japonesa, conocido como paraparesia espástica progresiva, cuya causa, ahora lo sabemos, es el mismo virus HTLV-I de la leucemia. La paraparesia espástica tropical —que ha sido identificada y estudiada muy en particular en Jamaica, aunque en el lapso de un par de años se descubrió su amplia distribución en Colombia, Ecuador y toda la región del Caribe— curiosamente está ausente en México. Este virus se ha convertido en uno de los grandes temas de la investigación biomédica actual. En resumen, el virus HTLV-I es causante en algunas personas de una enfermedad crónica, lenta y progresiva, pero en otros sujetos produce una forma de cáncer; es decir, en ocasiones provoca una enfermedad degenerativa, mientras que en otras exactamente lo contrario, una enfermedad proliferativa; esto nos muestra una nueva y fascinante paradoja en el mundo de la biología.

Los tres ejemplos citados de patogenia viral múltiple no son más que eso, ejemplos de lo que parece ser un mundo subterráneo de este tipo de patogenia que posiblemente se irá descubriendo en los próximos años. Otros ejemplos de patogenia viral múltiple son los virus A, B y C de la hepatitis, posibles causantes de cáncer hepático, así como casi todos los de la familia herpes, particularmente el virus Epstein-Barr, que se ha asociado a algunas formas de cáncer del sistema linfático.



Sergio Hernández

Sustentados en conceptos novedosos y serios sobre esta materia, en la actualidad se hacen señalamientos llenos de audacia que reflejan los nuevos horizontes de la ciencia médica en donde la imaginación tiene efectivamente cabida, siempre y cuando se combine con un análisis profundo y bien documentado de un fenómeno que se resiste a la explicación científica apoyada en cartabones tradicionales que pueden ir acompañados de prejuicios intolerantes frente a nuevas concepciones; una de éstas, brillantemente expresada, señala:

Parece ser que cuando el monómero de la proteína precursora del *scrapie* (prión) y su producto de enclavamiento, la proteína amiloide, dirigen su propia síntesis por autonuclación y autopatrón, provocan un cambio configuracional para transformarse en una proteína natural del huésped, convirtiéndose así en un virus infeccioso autoinducido ... Debemos contemplar la posibilidad de que un complejo mineral/amiloide pueda servir como una plantilla para la conversión de una proteína precursora normal del huésped en una forma infecciosa ... Nosotros preferimos llamar virus al agente infeccioso del *scrapie*, incluso si parece ser tan románticamente exótico como un polipéptido que dirige la degradación por autocatálisis de una proteína específica e inerte del huésped para convertirla en un agente infeccioso. El poderoso concepto abstracto de un virus como una entidad autoespecífica transmisible que requiere de la maquinaria del huésped para su replicación, no exige estructura específica alguna. Los matemáticos, en sus juegos con las computadoras, no han dudado en usar el término virus para las infecciones virales de las memorias de sus equipos informáticos. En 1989, Dewdney inició la virología computacional con su programa denominado *Core Wars*. El hecho de que sus virus de *software* no contengan ácidos nucleicos y de que éstos, a su vez, de ninguna manera estén involucrados en la patología que estas enfermedades virales producen, no ha evitado que los científicos de la computación los llamen apropiadamente virus ... Estos conceptos también podrían mostrar modelos novedosos de patogenia viral con posibles repercusiones en enfermedades degenerativas que presentan replicación persistente de una proteína autóloga, como en las enfermedades de Pick y de Alzheimer.

Estas especulaciones, que de acuerdo con algunos preceptos tradicionales de virología o de infectología pudieran parecer audaces y heréticas, fueron formuladas recientemente por uno de los pilares de la virología moderna, el



Sergio Hernández

profesor Carleton Gajdusek, quien, basándose en hipótesis que parecían igualmente extravagantes, hace algunos años revolucionó a fondo la virología con la creación del paradigma de las enfermedades lentas causadas por virus; la más reciente incorporación a este paradigma la constituye la encefalopatía espongiiforme bovina, popularmente conocida como "enfermedad de las vacas locas".

Vivimos una época fascinante de nuevos hallazgos y también de erosión de algunos dogmas preconcebidos en nombre de la ciencia. Éste es, quizá, el aspecto más divertido de nuestro tiempo. Como está sucediendo ahora, hay ocasiones en que la ciencia aplaude y tolera algo que antes reprobó, y reprueba algo que antes aplaudió; así nos muestra que debemos aprender que los dogmas en la naturaleza no existen y que las actitudes dogmáticas las creamos los científicos, la mayoría de las veces, como un antifaz de la ignorancia. La virología en los próximos años promete ser una nueva caja de Pandora. Ya veremos qué sale de ahí. ♦

#### Referencia bibliográfica

Sotelo, Julio, "Multiple Viral Pathogenicity. Another Paradigm in Medical Research?", en *Perspectives in Biology and Medicine*, vol. 39, 1996, pp. 507-513.

# Una canción en francés

## Recuerdo de Juvencio López Vázquez



LETICIA LÓPEZ MARGALLI

Se llamaba Juvencio. No se me ocurre otro nombre que hubiese podido irle mejor a su persona: Juvencio, el siempre joven... el que vivió el último día de sus 84 años exactamente como había vivido los sesenta y tantos anteriores, trabajando. Tenía otros dos nombres, entre los muchos con que se estilaba bautizar a los niños antiguamente: Ausencio, que quizá le dio la nota distraída y olvidadiza a su carácter, y Graciano, que evoca los muchos dones y las virtudes que adornaron su vida y la de quienes lo rodearon.

Hay en casa de mi abuela María una caja con el aspecto de un grueso volumen empastado en piel. En el interior, sobre hojas de papel fabriano unidas en los extremos como si se tratase de un códice o de un antiguo pergamino, doña Maru (su hija) pegó con devoción los incontables testimonios de la vida profesional de mi abuelo: los recortes de periódico, las reseñas de sus libros, las credenciales y los gafetes, los nombramientos del ministro de Guerra o del secretario de Educación Pública, las cartas del rector o del embajador, las fotos con los alumnos, los colegas, los intelectuales... son los retratos de una vida fecunda.

En las primeras hojas del cartapacio, una leyenda que María copió con tinta amarilla: "La vida dijo no, Juvencio dijo sí." La frase proviene de un artículo que sobre él escribió Miguel Ángel Cevallos, que hacía referencia al origen humilde de Juvencio López Vázquez, a su corta estatura, al color oscuro de su piel, y a cómo, con riqueza de espíritu y luminosa inteligencia, logró superar todos estos obstáculos y llegó a las más elevadas alturas académicas. Hoy semejante visión puede parecernos un tanto simplista,

pero hay que conceder: nacer, en tiempos de don Porfirio, pobre, chaparro y prieto, no era precisamente augurio de un futuro promisorio.

Nació en los últimos días de un siglo que llegaba a su fin. El 18 de diciembre de 1999 se cumplirán cien años. Su padre era carpintero y ebanista; de los buenos, eso sí (a sus manos se deben los lambrines y el piso de marquetería de Palacio Nacional, así como la cimbra que sostuvo la columna de la Independencia). Tuvo veintitantos hermanos y medios hermanos y una madre entre cuyos méritos estaba el de haber sido alumna del maestro Juventino Rosas. A ella le debió Juvencio su amor profundo por la música; a ella, también, el pago de sus primeras lecciones de violín.

Un día acompañó a su padre a instalar un piso en la residencia de una acomodada familia francesa, los Bourlon. Buscaban un maestro particular de música para una de sus hijas, y mi bisabuelo llevó a su hijo el violinista. Juvencio escuchó la lengua de los Bourlon y la amó de la misma manera que amó la música; acaso sus notas guturales, su cadencia, su eufonía produjeron en su espíritu el mismo efecto que una melodía bien compuesta y mejor interpretada.

Se aplicó entonces al estudio de la lengua francesa con la misma devoción con que llevó adelante su carrera como violinista en el Conservatorio Nacional, y a estas dos pasiones agregó una tercera: la docencia. Tenía apenas 16 años cuando se inició como profesor de música en las Escuelas de Tropa de la Secretaría de Guerra, así como en un par de escuelas primarias. Más tarde sumaría a la lista de instituciones donde prestó sus servicios docentes —tanto en mú-

sica como en lengua francesa, pedagogía y didáctica— a la Escuela Militar de Aplicación y la Escuela de Ingenieros Militares, la Escuela Nacional Preparatoria, el Conservatorio Nacional de Música, la Escuela Normal Superior, la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto Francés de América Latina, entre otras muchas. Dirigía, además, coros juveniles y grupos de estudio y fue fundador de varias sociedades y agrupaciones académicas entre las que se contaron el Ateneo de Ciencias y Artes de México; el ya desaparecido Ateneo Mexicano de Ciencias de la Educación; la Asociación de Maestros de Idiomas y otras sociedades.

Pero su largo y bien nutrido currículum no dice tanto de su paso por la historia de la educación en México como el testimonio de las innumerables generaciones de jóvenes que a lo largo de casi setenta años pasaron por las aulas del maestro López Vázquez. No creo que haya uno solo que no lo recuerde como un maestro singular, original en sus métodos y eficaz en el arte de compartir —que no impartir— conocimientos. “Los alumnos no deben actuar como amanuenses”, escribió mi abuelo en uno de sus artículos, mucho antes de que se popularizaran los conceptos de educación activa y otras novedades pedagógicas que él intuyó en forma natural. Su espíritu juvenil y juguetón le dictó los métodos y prácticas que habría de seguir para hacer del aprendizaje, más que un proceso de acumulación de información, una experiencia de vida. Él mismo no dejó jamás de aprender: hay quien lo recuerda, ya laureado especialista en la lengua de Víctor Hugo, sacando del bolsillo una libretita en la que anotaba alguna locución o giro idiomático que azuzara su inagotable curiosidad. En su último viaje a Francia, ya octogenario, pasó horas sentado en las bancas de los parques tomando nota de las expresiones y modismos utilizados por los jóvenes parisinos para nutrir un nuevo libro que ya no llegaría a escribir.

Su rica experiencia docente quedó plasmada en una veintena de títulos, todos ellos dedicados a la enseñanza de las lenguas vivas, principalmente el francés: *Le français au Mexique*, primer libro para la enseñanza del francés en América Latina; *Nouveaux textes pour l'étude du français* y *Trois amis*, escritos en colaboración con René Marchand; *La enseñanza viva de las lenguas vivas* (una de sus frases favoritas era: “las lenguas vivas deben enseñarse vivamente”); los dos tomos de *Didáctica de las lenguas vivas*; la *Síntesis gramatical de la lengua francesa*, y el texto para la enseñanza del español como lengua extranjera *México hoy*, que

escribiera para una editorial estadounidense en colaboración con James B. Tharp, entre otros libros. Ignoro si alguna de estas obras ha sido calificada como “clásica”; pero en todo caso, sé que a él no le hubiera gustado: decía que para seguir al paso con la evolución de las lenguas vivas y de la didáctica de los idiomas, ningún libro de texto debería utilizarse durante más de diez años.

Y es que lo más rico de su arte docente no estaba en los libros. Amante como era de la música, buena parte de su metodología pedagógica consistía en exponer a sus alumnos a las canciones populares, la lírica y el baile; mucha conversación, algo de cine, y, cuando sus gestiones tenían éxito, algún viaje a la vieja Lucea. En los años sesentas fue uno de los impulsores para el establecimiento del primer laboratorio moderno de idiomas, en la Facultad de Filosofía y Letras, equipado con equipo magnetofónico y proyectores de cine para que los estudiantes pudiesen escuchar, ver y sentir el idioma a través de diversas manifestaciones del arte y de la vida cotidiana. Seguro le hubiera encantado esta era de “multimedia”. A sus aptitudes académicas se sumaba una virtud muy particular: la de la cercanía. Solía establecer con sus alumnos una empatía automática que muchas veces derivaba en prolongada amistad. No recuerdo una sola reunión o festejo familiar en que no estuviera presente, al menos, uno de sus antiguos discípulos, algún talentoso muchacho del Conservatorio que amenizara la reunión con un par de piezas al piano, o una alumna que festejara con risa fresca y comedida los inocentes chascarrillos del maestro.

En un homenaje póstumo que se le rindió en Sèvres, dos años después de su muerte, Francis Lafon evocó: “El recuerdo más lejano —y el más próximo— del hombre excepcional al cual se rinde esta noche un justo homenaje, es su sonrisa ... Y por esa inmediata seducción que ejercía dispuso de una malicia incontrolable, que era la de no tener ninguna.”

No poseía malicia alguna. Sí una alegría transparente, un sentido del humor cándido, muy parecido al de los niños. Compartía con la chamacada de la vecindad donde vivía un curioso ritual: de camino a la privada, en las calles de San Miguel Chapultepec, arrancaba una hoja de algún árbol y la escondía en el bolsillo de su saco. Al momento de hacer su entrada, sacaba la hoja como si fuese el as de una baraja y la ponía frente a los niños al tiempo que sentenciaba: “¡Hojita verde al momento!” Aquél que no exhibiera en ese instante la dichosa hojita verde se hacía acreedor a un pequeño castigo.

Con ese humorismo blanco agasajó a sus dos hijos, a sus cinco nietos, a sus alumnos, a sus colegas, a sus parientes y, desde luego, a su esposa. Doña Maru (su hija) no se cansa de contar su anécdota del cortejo. Ella formaba parte de un coro juvenil que mi abuelo dirigía, al cual se había inscrito para aprender "a impostar la voz", pues era maestra de primaria. Después de una estrofa que rezaba "Era llena de gracia, como el Ave María", Juvencio la señalaba con la batuta y aparentando seriedad le espetaba: "Aplíquese lo." Con el mismo ánimo bromista pidió la mano de mi abuela: "Don Víctor, me interesan mucho los ciento ochenta metros cuadrados de terreno y los doscientos pesos mensuales de sueldo de su hija."

Se casaron en 1934. Durante los cincuenta años que siguieron, "Marito" —como cariñosamente la llamaba— fue la secretaria, correctora de estilo, editora, traductora y auxiliar más eficiente. Entre los recuerdos de mi infancia, y seguramente entre los de mi padre y mi tía, están las muchas horas que pasaban encerrados en la biblioteca, un recinto grande y lleno de cosas que olía a libros y a los polvos de arroz que mi abuela se ponía en la cara. Acá la reproducción en yeso de la Victoria de Samotracia y la escultura del campesino que mi padre "mejoró" limando el puente de la nariz para que apareciera respingada; allá el globo terráqueo donde los chamacos trazábamos viajes a países lejanos; en una pared los diplomas, las fotos y la pequeña vitrina en la que mi abuelo guardaba sus condecoraciones... todo lo demás, libros, libros y libros. En una pesada Remington, Marito tecleaba millones de cuartillas con sus correspondientes copias al carbón sobre papel cebolla, mismas que don Juvencio cubría con correcciones en lápiz rojo con la caligrafía nerviosa de quien piensa más rápido de lo que escribe. Al recibirlas de vuelta, mi abuela se lamentaba: "Ay, Juvito, mira nada más que feos *enchorizados*."

Entre las muchas canciones francesas que mi abuelo conocía, había una que solía entonar con particular frecuencia, cuya letra decía: *J'ai deux amours: mon pays et Paris*. Parecía haber sido compuesta para él. En el homenaje ya citado, Fernando del Paso señaló: "[El maestro López Vázquez] demostró que es posible tener el corazón en dos lugares diferentes cuando la pasión está alimentada por dos culturas que se sustentan sobre un humanismo auténtico, es decir, un humanismo universal."

Del Paso continuó: "No olvidó que para ser un sabio, se necesita primero ser un niño, después de todo, el aprendizaje de una lengua extranjera es una especie de regreso a la infancia, a la inocencia..."

Su brillante trayectoria académica, pero sobre todo la pasión con que Juvencio López Vázquez impulsó el acercamiento entre la cultura francesa y la mexicana, fueron bien reconocidas. En México recibió la Medalla del Mérito Facultativo, la Medalla Justo Sierra y otros galardones por sus años de servicio en diversas instituciones; en Francia el gobierno le condecoró con la medalla François Rabelais, las Palmas Académicas, la Roseta de Oficial de Instrucción (una distinción poco conocida y reservada a la elite intelectual) y la Cruz de Caballero de la Legión de Honor.

Tales honores no minaron en nada su sencillez. Cuando le preguntábamos, de niños, qué era aquel listoncito rojo que adornaba su solapa —el distintivo de los caballeros de la Legión de Honor—, contestaba con una sonrisa pícaro: "Es la marca que ponen en la tintorería adonde mando mis trajes." Con la misma modestia, en una ocasión en que se reunió a comer en París con su hija María Eugenia y con su yerno —ambos diplomáticos—, se excusó diciendo que tenía una cita a las cuatro en cierta dirección de la Rue de Varennes. "No puede ser, don Ju —le dijo su yerno—. Ésa es la dirección del primer ministro." "Sí, ahí voy", contestó sin dar mayores explicaciones, para después alejarse por la acera con su callado paso de anciano que visitaba por última vez su ciudad favorita, para participar en una reunión como uno de los *Grands Commissaires de la Langue Française*.

El mejor premio para él —estoy segura— fue el haber trabajado tanto por lo que tanto amó: su gente, su universidad, su música, sus alumnos. Su país y su París...

Murió el 22 de mayo de 1984. Aquella mañana se despidió de mi abuela con una última broma de involuntario humor negro: "Marito, si me pagan hoy en el Conservatorio no me esperes a dormir." Abordó el pesado valiant plateado, que a sus 84 años manejaba con dificultad, y fue a despedirse de sus dos amantes más antiguas: la música y la lengua francesa. Primero pasó al Conservatorio, donde tenía que corregir la pronunciación de una cantante de ópera; de ahí, a la embajada francesa, a gestionar una beca para uno de sus estudiantes del Instituto Francés de América Latina. Fue cosa de traspasar el umbral de la embajada, pronunciar un leve "me siento mal" y desplomarse. Murió en suelo francés.

Juvencio López Vázquez cantó a todas voces y por donde pudo la música que había escuchado en casa de los Bourlon, y la dejó para que miles de jóvenes mexicanos la siguieran interpretando. ♦

# Elegía



HÉCTOR DANTE CINCOTTA

Algún día estaré muerto para siempre, echado  
sobre la llanura y nadie llorará más  
esta muerte, este tiempo de soledad  
y viento helado.

Todo se dispersa en otras manos, en los espacios  
ansiosos y abrazados del verano.

Hubo un tiempo que soñé con su cuerpo,  
sus manos ufanas y desentendidas, deseadas.  
Y tanto fue el relumbre, la pena, el polvo,  
el sentido y modo de vivir, estar  
con todo el amor.

He llegado de nuevo a Los Talas y todo es un vacío  
sutil  
con los ramos quietos y salidos de tu pecho.  
Llamo y llamo entre todo lo que mueve el viento  
y la luz de la tarde lleva las ausencias  
innúmeras, las húmedas y delicadas sombras  
de otros seres muertos y estrechos.

Y siempre llego a estas llanuras, en mi país  
desconcertante y saqueado,  
otros manojos de sus cabellos brillantes, encendidos  
donde el ay se reclina sin fuerza.

Vuelvo a las deshechas voces, a los vientos dulcísimos  
de esta tierra  
donde nada queda, muy poco, y el sentir envejece mis  
manos  
en el recuerdo de unos amigos.  
Cerrado e impenetrable, quieto y seguro  
te quiero para siempre.

# Las pasiones y los errores del alma

VICENTE GUARNER

Hasta muy entrado el Renacimiento, todavía a fines del siglo XVII, los estudios de medicina comenzaban siempre, en todas las escuelas, con los escritos propedéuticos de Galeno, y eso que el famoso médico grecorromano había muerto en el año 199 d. C., es decir, más de quince siglos antes. Y cierto es que la longevidad de la que han disfrutado las obras del ilustre romano no ha visto paradigma igual en el acontecer médico.

Recapitular la obra de Galeno —gran parte de ella desaparecida en nuestros días— ha representado una de las tareas que se han impuesto muchos historiadores de la medicina: Temkin,<sup>1</sup> Darambert,<sup>2</sup> García Ballester,<sup>3</sup> Garofalto.<sup>4</sup> Justamente, este mismo afán por recuperar el pasado se ha observado, en forma paralela, en el planeta de la filosofía, con la obra y la personalidad de Marco Aurelio (121-180), el filósofo emperador que fue paciente y amigo de aquél.

Decía don Miguel de Unamuno que algo que le acontecía, con el correr de los años, era que se estaba acrecentando su gusto e inclinación por releer, más que leer, y algo de ello lo padece, cada vez con mayor insistencia, quien escribe estas líneas y mucha gente contagiada de similar “enfermedad” con el paso de los años.

No hace mucho apareció en España una reedición de *Las meditaciones* de Marco Aurelio a cargo de dos filólogos

de la Universidad Complutense: don José Ignacio Díez Fernández y doña Luisa Fernanda Aguirre de Carcer.<sup>5</sup> Entre nosotros, en México, en 1993 ya habían visto la luz *Los pensamientos* de Marco Aurelio,<sup>6</sup> de la pluma de un gran erudito en cuestiones grecorromanas, don Antonio Gómez Robledo, en una edición de la UNAM que presenta el texto en griego en la página izquierda y la traducción del autor al español en la derecha. Vale decir que la obra fue escrita originalmente en griego y no en latín.

Habrían de transcurrir muchos siglos entre aquellas notas que Marco Aurelio hizo de sus meditaciones, que, como ha sido dicho en repetidas ocasiones, el emperador romano iba apuntando en sus momentos de esparcimiento como simples ideas o confesiones sin intención de que se publicasen, hasta que éstas vieron la letra impresa en la edición de Andrea Gesner, con traducción latina de Xylander. En idioma francés guardo yo en mi biblioteca, como verdadera alhaja, la traducción de Alexis Pierron,<sup>7</sup> en su primera edición de 1843, publicada en París por Champentier.

Marco Aurelio escribía en prosa. Siempre he sentido que la prosa nació como expresión directa de la experiencia y de las observaciones humanas, al margen de la poesía épica y de los embrollos del *trago-aidein*, es decir, de las tragedias.

La primera aparición de *Los pensamientos* en idioma español fue llevada a efecto por Jacinto Díaz de Miranda en Madrid, en 1785, casi al finalizar el siglo de las luces, mucho

<sup>1</sup> O. Temkin, *Galenism. Rise and Fall of a Medical Philosophy*, Ithaca, 1973.

<sup>2</sup> Ch. Daremberg, *Galen: Oeuvres* (2 vol.), París, 1854 (Réédition partielle avec une nouvelle préface de A. Pichot, París, 1993).

<sup>3</sup> L. García Ballester, *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo*, Madrid, 1972; *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*, Valencia, 1972.

<sup>4</sup> I. Garofalto y Vegetti, M., *Opere scelte di Galeno*, Turín, 1978.

<sup>5</sup> J. A. Díez Fernández y Aguirre de Carcer, L. F., *Marco Aurelio. Enseñanzas para una conducta moral*, Col. Temas de Hoy, 1994.

<sup>6</sup> A. Gómez Robledo, *Marco Aurelio. Pensamientos*, UNAM, 1992.

<sup>7</sup> A. Pierron, *Pensées de Marc-Aurèle*, Charpentier, Libraire-Editeur, 1867.

después de que los tradujera al italiano el ilustre Francesco Barberini, nuncio papal en la corte de Felipe II y sobrino del papa Urbano III.

Curiosamente, el cardenal Barberini dedicó su traducción de la obra de Marco Aurelio a su propia alma, para, como él decía, hacerla ver aún más roja que su púrpura ante las virtudes inalienables del emperador romano. Por coincidencia, en la famosa biblioteca del cardenal —entre paréntesis, la biblioteca más grande de Italia después de la pontificia— fue a parar, por azares del destino —así se expresa uno en nuestros días respecto de los bienes obtenidos por los políticos—, el *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, nuestro *Códice de la Cruz-Badiano*, una verdadera joya, testigo del nacimiento (1552) de la amalgama de la cultura occidental con la indígena. A su muerte, Barberini legó sus libros al Vaticano y éste guardó celosamente el códice durante siglos, a pesar de las incesantes pero desoídas peticiones de México. Finalmente, en el tercer viaje del papa a nuestro país y merced a su generosidad —toda vez que su santidad tuvo que presentar querrela contra los propios directivos de su biblioteca— México lo recuperó.

Marco Aurelio expresó, hace cerca de mil ochocientos años, un sinnúmero de cosas sensatas, muy oídas y repetidas, si bien poco observadas. De sus *Enseñanzas para el diario vivir* me place siempre repetir este párrafo: “El que ha visto el presente lo ha visto todo: lo que hubo en el pasado indefinido y lo que habrá en el futuro interminable pues todo tiene el mismo origen, todo tiene el mismo aspecto” (Marco Aurelio VI, 37).

Marco Aurelio y Galeno, el emperador y su médico de muchos años, vivieron vidas paralelas. Claro está que Galeno le sobrevivió a Marco Aurelio y fue médico de Commodo, aquel joven de vida disipada que en nada se parecía a su padre y que, por fortuna, ocuparía el trono por breve tiempo; pero asimismo lo fue de otros emperadores a los que cuidaría con esmero y les administraría diariamente la teriaca, pócima que combinaba una gran cantidad de sustancias y que tenían el poder de protegerlos contra los envenenamientos a los que se encontraban diariamente expuestos.

Respecto a esta larga relación entre Galeno y Marco Aurelio, me he cuestionado, no una, sino varias veces: ¿qué influencia llegó a tener para el segundo, sobre todo muy al principio, esta convivencia en su médico de cabecera?

Educado y formado por los estoicos, Marco Aurelio había adoptado, al comenzar su adolescencia, la vida dura y austera prescrita por sus maestros. Desde un principio, decían sus conciudadanos, se puso, como el gran Adriano, el mandato griego y en su caso particular el de los estoicos. Desde su adolescencia tuvo por costumbre dormir en el suelo, a pesar de la obstinada presión de su madre para hacerlo desistir y descansar sobre una cama cubierta de pieles. Muy temprano renunció asimismo a todos los ejercicios corporales, a todos los placeres de la juventud para dedicarse al estudio y a la meditación y para prepararse para aquel destino que le había sido encomendado por Antonino, su predecesor. Ningún otro emperador romano, ningún otro hombre político de nación alguna, ha cumplido con tanto ardor, ni con mayor olvido de su persona, su función como servidor público ante el género humano. Nadie, en dieciocho siglos, lo ha imitado. Toda su vida la pasó enfrentando crueles pruebas: reprimir incesantes revueltas interiores; ver la peste diezmar varias de las provincias más florecientes de su imperio; consagrarse a vencer a los bárbaros y finalmente morir con el funesto presentimiento de que los pueblos del norte terminarían por devastar su querida Roma. Y por ello sentía, de más en más, la necesidad de buscar en su espíritu, en su conciencia, ese bienestar que parecía escaparse por doquier, aquel deseo de protestar, por lo menos mediante la virtud, contra esas inexorables y despiadadas leyes de la



Dulce María Núñez

decadencia que llevan consigo todas las cosas. Su espíritu se engrandecía en la medida en que su cuerpo se debilitaba bajo la fatiga. Su valor se mantenía firme e inquebrantable cuando los eventos cotidianos desmentían sus más fundadas esperanzas.

Mi interés por leer a Marco Aurelio nació hace años. Aprendí que heredó el imperio de Antonino, en 161, aunque ya lo había propuesto previamente para el cargo, apenas cumplidos los 17 años de edad, el gran Adriano, nacido en España y educado en Grecia. A pesar de su afán por predicar la convivencia humana a lo largo de sus meditaciones, el pobre Marco Aurelio se la pasó de guerra en guerra. Primero, con los partos, aquellos antepasados de los turcomanos, diestros en montar a caballo; pero también con armenios (166), germanos (169), marcomanos, sármatas, etcétera.

Cuando nació en mí una segunda vocación, la de la historia de la medicina, aprendí que su médico personal durante toda su vida había sido el gran Galeno quien, aunque nacido en la población griega de Pérgamo, fue siempre romano en sus sentimientos y en sus convicciones. Vale decir que los romanos creían mucho más en los médicos procedentes del Asia Menor que en los nacidos en la misma Roma. Galeno le fue recomendado a Marco Aurelio por el senador Flavio Boetio, cuando el ilustre médico primero curó a su esposa y más adelante la aceptó incluso como discípula en sus lecciones.

Sin lugar a dudas, la relación de Galeno con su paciente el emperador —que, en esencia, era, antes que nada, un magno filósofo— lo llenó de ideas. Galeno fue a su vez un insigne pensador y a él pertenece la frase de la que me apropio para repetirla a mis alumnos en los cursos de cirugía de posgrado: “Para ser un cirujano pleno e integral es menester, además, ser filósofo”. Y es que el médico grecorromano no limitó nunca la medicina a la anatomía, la fisiología o la terapéutica. Sus horizontes eran mucho más extensos: se perdían más allá de la mirada, más allá de esa línea que fija el circunscrito horizonte del médico. Galeno fue quien logró, con éxito, totalizar en una sola obra la masa de conocimientos biológicos y médicos acumulados por la humanidad en el correr de seis siglos. Su formación era desde luego la de un médico, y aunque sus ideas se hallaban apegadas a un riguroso orden cronológico en sus aspectos científicos, eran, al mismo tiempo, las de un filósofo que había frecuentado en su educación, siguiendo los consejos paternos, las distintas escuelas filosóficas de su tiempo.

Nikon, su padre, un próspero arquitecto de la ciudad de Pérgamo, había soñado un buen día que Asclepio, el dios

griego de la medicina, le encomendaba la misión de tener un hijo médico y de educarlo en el arte de curar. Nikon le puso por nombre Galeno, que quiere decir ‘el pacífico’. La verdad sea dicha, Galeno no tuvo nada de pacífico en su vida. Fue, por el contrario, un hombre de acción: dominante, polémico, narcisista, con una personalidad avasalladora, que no admitía opositores y que atrajo, como es natural, muchos enemigos. En el universo seductor de la filosofía, Gaios y Albinus lo instruyeron en el platonismo, y un alumno de Aspasios, en las doctrinas peripatéticas. Como consecuencia, su interés por la disciplina del pensamiento no resultó un simple esparcimiento sino una vocación que duraría toda su vida.

En su autobiografía, que lleva por título *De mis propios libros*, se encuentra una lista enorme de autores, muchas de cuyas obras han desaparecido en nuestros días. Se dice que Philopator lo inició en el estoicismo, pero yo creo que seguramente Marco Aurelio tuvo mayor influencia en su pensamiento, pues fue sublime filósofo y emperador de los romanos.

¿Cuántos años duró la relación entre ambos? Cuando Galeno llega por vez primera a Roma es designado, casi de inmediato, médico del emperador, aunque será a partir de su segundo viaje, en el invierno de 169, a la muerte del hermano de Marco Aurelio, cuando se establece y permanece allí hasta el fallecimiento del emperador, en 180, es decir once años. Para Galeno fueron muchos años de convivir con un estoico practicante y apasionado de su fe.

Leer y releer a Marco Aurelio —yo lo hago en forma alterna en español y en francés, merced a la edición de Alexis Pierron— constituye un verdadero placer, por la sencillez con que fueron transcritas sus ideas, sin pretensiones de sermulario ni de magisterio autoritario. Su obra es la conversación de un espíritu consigo mismo. Es, como dice Pierron “*un journal intime d'une grande âme*” (el diario íntimo de un alma grande). Convivir con un hombre como Marco Aurelio y observarlo debió haber sido una experiencia envidiable, así como estar cerca de él y escuchar sus consejos, los cuales hoy día todavía nos maravillan:

II.14. Nadie pierde otra vida que la que vive y no se vive más vida que la que se pierde.

III.4. No malgastes lo que te queda de vida conjeturando sobre los demás, a no ser que busques un bien común.

II.9. Venera tu capacidad crítica. De ella depende que tu guía interior opine según la naturaleza y la razón.

IV.11. No juzgues las cosas como lo hace el insolente o como quiere que lo hagas. Examínalas tal como son.

Y uno vive rodeado de tanta insolencia y de tantos insolentes que aspiran tenazmente a que uno sea como ellos...

VI.6. Y una buena manera de defenderse de ellos es no parecerse a ellos.

IX.34. Cuando imaginan herirte con sus críticas o favorecerte con sus elogios ¡cuánta pretensión!

Mucha mella deben haber dejado estas frases en el espíritu del médico, aunque, por su fuerte personalidad, al final se desligó del estoicismo. No deja uno de pensar qué grande debe haber sido el carácter de Galeno para que no se haya visto totalmente absorbido por el pensamiento estoico.

En el otoño de su vida, cuando ya había escrito *De la utilidad de las partes*, *De los lugares afectados* y su *Tratado anatómico*, Galeno dio a luz

una obra titulada *Las pasiones y los errores del alma*. Es un texto modesto en cuanto a volumen, no así en su contenido. En él se contemplan las relaciones de la medicina con la filosofía y con la sociedad. Galeno las aborda en un punto neurálgico: la eterna cuestión de las pasiones y los errores del alma del hombre. La pasión entendida, como dice Ferrater Mora, como lo hacían los antiguos, quienes llamaban pasiones, afectos o emociones a las perturbaciones del ánimo, a todo lo que conturba y confunde la clara razón. La liberación de las pasiones era para los estoicos la libertad.

El que Galeno haya escogido este tema resulta significativo en la medida en que las discusiones de aspecto técnico que se relacionan con esta cuestión ponen en juego el gobierno de uno mismo, de su relación con la sociedad y, de manera subyacente, las posibles representaciones de la identidad personal. El arranque de la obra se encauza de inmediato a diferenciar con claridad las pasiones de los errores. Deslindar unos de otros, confinar los límites del lenguaje popular y el de los filósofos, punto que ha sido siempre fuente de confusión, constituye uno de los propósitos de la obra.

El error, *hamartoma* en griego, proviene de una opinión falsa, en tanto que la pasión o *pathos* tiene su origen



Dulce María Núñez

en una fuerza irracional. Afirmar esto para, como quien dice, entrar en calor, era disentir de las doctrinas estoicas, según las cuales las pasiones surgían de juicios erróneos manchados por la impulsividad y la violencia. Allí donde los estoicos ligan las pasiones y los errores hasta asimilar unos con los otros, Galeno insiste en separarlos con denotado empeño. Ya para comenzar los separa, en el texto, en una primera parte dedicada a las pasiones y una segunda a los errores. “Así he juzgado hacerlo para desprenderme yo mismo, y en mis juicios, de mis propias pasiones.” Como lo hace, o lo debería por lo menos hacer, todo psicoanalista.

“Los errores —continúa Galeno— suelen ser consecuencia de las pasiones y no, como creía el estoico Zenón, las pasiones derivadas de juicios erróneos.”

De acuerdo con Galeno, debe atacarse el mal en su raíz misma, es decir, en las pasiones. ¿Cuáles son las pasiones? Aquí Galeno le toma prestada una parte de sus ideas a los estoicos. Según ellos, son cuatro las pasiones: La pena (*lypé*), el temor (*phobos*), el placer (*hêdoné*) y el deseo (*epithumia*). Zenón las colocaba en dos ejes, como cuando se hablaba de los humores (sangre-flema; bilis verde-bilis negra). En los extremos de las ordenadas se colocaban: arriba la pena y abajo el placer. En las abscisas, en un extremo el temor y en el otro el deseo. Los cuatro puntos equidistantes marcaban para los griegos el equilibrio, la *physis*; para el médico: la salud. Según Galeno, las pasiones del alma —y todo el mundo lo sabe— eran el arrebataimiento (*thumos*) y la cólera (*orgé*), el temor, la envidia (*phthonos*) y el deseo (*epithumia*). El último capítulo lo divide, a su vez, en subcategorías: los placeres del amor, de lo erótico; los de la alimentación —la gula, así como la bebida— y, por último, los que atañen a la gloria, a la vanagloria y a los honores. Por tanto, dentro de los placeres corporales se encuentran el deseo hacia los cuerpos bellos y la desmedida en el comer y en el beber.

A partir del complejo juego de las pasiones humanas y de la concepción materialista que de ello se deriva (las pasiones dependían, para los griegos y los romanos, de la qui-



Dulce María Núñez

mica de los humores corporales) Galeno elabora todo un estudio sobre la higiene psíquica. Toma en cuenta la corrección de los humores del alma, al mismo tiempo que las limitaciones intrínsecas de la naturaleza humana: conceptos paradigmáticos sin paralelo durante la Antigüedad.

*Las pasiones y los errores del alma*,<sup>8</sup> es un texto que no posee sólo la relevancia de un buen libro de filosofía. En él, el médico romano va mucho más allá. Lo desarrolla desde la perspectiva de la medicina y hace surgir una cuestión que será esencial, a partir de entonces y para siempre. ¿Es acaso la medicina del cuerpo la misma que la medicina del alma y, por tanto, forma parte del comportamiento humano en sus dimensiones individuales y sociales? Sorprendentemente, de lo que Galeno estaba hablando en el siglo II era, nada menos, que de medicina psicosomática: de la relación del alma y sus pasiones con las enfermedades corporales; una ciencia que no sería reconocida públicamente hasta finales del siglo XIX y sólo alcanzaría su esplendor en nuestros días.<sup>9</sup>

Para Galeno la medicina nunca se separó de la pedagogía ni de la filosofía. No olvidemos que antes y durante

<sup>8</sup> P. Harkin y Riese, W., *On the Passions and Errors of the Soul*, Columbus, 1963.

<sup>9</sup> Lain Entralgo, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, Madrid, 1987, 2ª ed.

muchos siglos —hasta el siglo V a. C.— los filósofos eran médicos y los médicos, filósofos. Fue apenas hace dos mil quinientos años que ambas ramas del saber tomaron senderos independientes, si bien nunca olvidaron del todo su parentesco ancestral.<sup>10</sup>

El 17 de marzo de 180, Marco Aurelio manda llamar a Commodo, sin duda para que el disoluto joven se conmoviera ante la visión de su padre moribundo y acabara por descubrir, por sí mismo, el valor de su pensamiento y de la misión que le va a dejar encomendada. De inmediato se presenta un tribuno para pedir la consigna, formalidad oficial y regular, que la enfermedad del emperador no ha suspendido. Marco Aurelio le responde: “Ve a pedir-sela al sol naciente. Yo, en este instante, me acerco a mi poniente.” A la noche siguiente muere como una de tantas víctimas de la epidemia de peste, de la que su médico, Galeno, no lo pudo defender.

Desde luego no es el único soberano que, en el transcurso de los tiempos, ha dejado de considerar el poder como un medio para saciar su apetito de grandeza, sino para cumplir lo que consideraba era deber: la obligación con su espíritu y la verdad. Las pruebas de su sentir y de sus acciones residen en esa colección de “pensamientos” donde, en cada página y en cada estrofa, nos muestra su alma debatiéndose entre los problemas que suscita la existencia:

IV.18. Quien se preocupa por su fama póstuma, se olvida de que quienes le recuerden también morirán pronto; también aquellos que los sucedan.

IV.20. Lo bello para serlo no necesita de elogios: se basta a sí mismo.

IV. No actúes como si fueras a vivir diez mil años. Lo inevitable pende sobre ti. Mientras vivas; mientras sea posible, sé un hombre de bien.

Marco Aurelio era profundamente humano. No es un maestro del dogma: es un hombre de bien, consciente de sus acciones, de sus ideas y que escarba, como él mismo lo dice, en lo más hondo de su alma. Su libro hoy, 19 siglos después, es mucho más que un libro: es la honda narración de lo que era su persona. Galeno fue un gran médico: el paradigma del médico. Pero no era sólo eso. Fue, además un profundo pensador y el primero en ahondar en las pasiones y los errores del alma y en su relación con las dolencias del cuerpo. ♦

<sup>10</sup> E. Chauvet, *La philosophie des médecins grecs*, París, 1886.

## Ideología, progreso cultural y bienestar de los animales superiores

CARLOS VÁZQUEZ-YANES

Desde pequeño tuve siempre algún perro en casa. Creo que el convivir con esos animales, que acompañan y colaboran con los humanos desde hace muchos miles de años y son capaces de incorporarse con lazos muy profundos a nuestra familia humana, entre otras cosas, nos enseña a sentirnos menos excepcionales, menos supuestamente parecidos a Dios y más cercanos a los demás seres vivos que nos rodean. También nos enseña a desarrollar la capacidad de sentir compasión por los animales cuando son maltratados aunque, hasta hace poco, me parecía que en nuestro país no abundaba la gente que experimentara ese sentimiento. Afortunadamente hoy en día parece que las cosas están cambiando. Hace pocos años se fundó en nuestro país el primer partido verde de nuestra historia, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM). Recientemente dicho partido ha comenzado a expresar diversos aspectos de su ideología a través de grandes carteles o anuncios espectaculares que pueden verse en muchas partes de la Ciudad de México. Particularmente novedosos en nuestro medio resultan aquéllos dirigidos contra los actos de crueldad hacia los animales, como las corridas de toros y la cacería "deportiva". Seguramente el PVEM ha recurrido a ese tipo de propaganda porque sus dirigentes han detectado que la sociedad mexicana moderna es receptiva a ese mensaje.

Mostrar alguna compasión hacia los animales que sufren parece ser una actitud mucho más frecuente en los países ricos de Occidente que en los países pobres o

en vías de desarrollo. En estos últimos, muchas personas piensan que es propio de gente cursi o superficial ocuparse del bienestar de los animales cuando tantos seres humanos viven en condiciones infrahumanas de pobreza. Este argumento no resiste el menor análisis, ya que nada tiene que ver una cosa con la otra. Mediante la descripción de experiencias vividas por mí en relación con este tema pretendo demostrar esa diferencia y sus posibles causas.

La primera vez que viví en el extranjero fue de 1969 a 1970, en la ciudad de Bruselas, Bélgica. La beca de que disfrutaba me permitió rentar un pequeño estudio de una sola habitación en un barrio céntrico de la ciudad. Los dueños de la casa, una pareja de pensionistas, habitaban en la planta baja en compañía de un viejo perro mediano, cuya raza desconocía. Cada principio de mes debía bajar puntualmente a pagar la renta. En esas ocasiones, la amable pareja solía invitarme a tomar el té con ellos. En invierno, mantenían la calefacción en su casa a una temperatura muy alta, que yo calculé cercana a los 30° C, muy superior a lo normal en la mayoría de las casas. En una ocasión, al apreciar mi sofocación, mis caseros me aclararon el motivo: "Nuestro perro es viejo y padece de dolores reumáticos. Para aliviarle las molestias, debemos mantener la casa lo más caliente posible en esta época del año." En la temporada que viví en Bruselas, se podía apreciar en muchos actos cotidianos que la gran mayoría de las personas tenía en alta estima a sus perros, miembros de las familias con plenitud de dere-

chos y mínimas obligaciones. Esos canes frecuentemente sustituían a los niños, que parecían escasos en ese país.

En París, como parte de una conmemoración, se proyectaron una serie de películas tomadas en China durante los años previos a la irrupción de Mao al poder. Una de ellas mostraba escenas de un mercado rústico en una ciudad de la provincia de Cantón. Entre los muchos expendios de frutas y verduras, pescados, aves y otros productos, había puestos que se destacaban por los dolientes gemidos que emanaban de su mercancía. Se trataba de perros vivos destinados a la alimentación humana. Cada perro yacía encerrado en una especie de cápsula de varas hechas con ramas de árboles y bambú, que restringían totalmente sus movimientos. Los perros estaban en cualquier posición que la cápsula hubiese tomado al ser colocada en ese sitio: boca arriba, boca abajo o de lado. Apretujados por las varas, la angustia y desesperación que se veía en sus ojos y que resaltaba en su penoso llanto no conseguían conmovier a nadie entre la multitud que se movía por los puestos. Eran sólo un producto más en el mercado.

Durante una visita que hice a Cuba, con el patrocinio de la Academia de Ciencias de ese país, tuve la oportunidad de recorrer, en compañía de un ecólogo cubano y varios de sus estudiantes, la Reserva Biológica de la Sierra del Rosario. Esta zona montañosa no se encuentra muy lejos de La Habana y aún la cubre una densa vegetación selvática. En un viejo jeep rumano que funcionaba con queroseno llegamos, después de sufrir numerosas dificultades técnicas —ya que esto ocurrió durante el llamado "periodo especial"—, a la base de una de las montañas de la reserva. Luego de tres horas agotadoras de sofocante caminata, logramos alcanzar en la cumbre la modesta casita de la familia de un vigilante de la reserva. Cerca de la puerta, a pleno sol, agonizaba jadeante un cerdo mediano, enfermo de neumonía.

Era evidente que el sufrimiento terminal del cerdo era acrecentado por el calor del medio día. Pedí a los hijos pequeños del vigilante que me ayudaran a mover al cerdo bajo la sombra de unos árboles y que me dieran un poco de agua para humedecerle su reseca piel. Apenas habíamos comenzado a moverlo cuando el vigilante se acercó a nosotros muy molesto y nos espetó: "Es inmoral ocuparse del bienestar de los animales cuando aún los hombres padecen de tantas miserias y carencias. Dejen ese animal donde está." Después me miró con desprecio, como acusándome de intentar pervertir ideológicamente a sus hijos con mi arranque de compasión. Fue su interpretación muy personal de alguna enseñanza marxista.

La Universidad de Leicester, en Inglaterra, tenía un gran criadero de animales para laboratorio o bioterio, como corresponde a un lugar en el que se realiza investigación y docencia en ciencias biológicas y de la salud. En aquella época, el movimiento antiviviseccionista, contrario a la crueldad que puede significar el uso de animales en experimentos científicos, estaba creciendo en el país y realizaba manifestaciones en muchas ciudades. El bioterio universitario estaba resguardado por la policía desde hacía tiempo pues se temía que en cualquier momento pudiera haber una irrupción de la multitud para liberar a los animales. El ataque al bioterio ocurrió al principio de la fría primavera de 1981. Algunos atacantes y vigilantes resultaron heridos en la reyerta, pero sólo unos pocos animales pudieron ser liberados.

Cuando estudiaba la carrera de biología en la Facultad de Ciencias de la UNAM, un maestro envió a un compañero y a mí a recoger gusanos parásitos del contenido intestinal de caballos que eran sacrifi-

cados en el rastro de equinos de Iztapalapa, en la Ciudad de México, con objeto de que estudiáramos un proceso celular muy visible en las células del ovario de un tipo de nemátodo. A este encargo tan desagradable debo el haber conocido personalmente algunos de los actos de crueldad hacia los animales más conmovedores. Los caballos, burros y mulas que iban a ser

tantes frente al sufrimiento de los mamíferos superiores; por ejemplo, algo similar al rastro de Iztapalapa no podría existir en Bélgica o en Inglaterra. En cambio, en Iztapalapa la población ha presenciado el macabro espectáculo de la llegada de los equinos al rastro y parece que nunca ha habido ninguna manifestación en contra de ello.

La ideología de personas como el vigilante cubano se parece a la que comparten quienes profesan alguna religión ortodoxa. Ambos grupos creen que los animales sólo merecen la consideración que se deriva de su valor material: el primero porque piensa que el ser humano es el único protagonista de la historia de este planeta y los restantes seres vivos son sólo bienes de consumo; el segundo grupo porque piensa que nuestros orígenes nos conectan directamente con la divinidad y que, por lo tanto, los humanos nada tenemos en común con los seres vivos que nos rodean.

Es indudable que el gran apego a la compañía animal que existe en la mayoría de los países de Europa es, en parte, consecuencia del gran individualismo imperante en esas sociedades. La familia es menos importante para el desarrollo personal y los hijos se alejan tempranamente de sus padres. El respeto a la vida íntima dificulta el mantener vínculos sociales fuertes. En esos países, el sentimiento de soledad es muy frecuente y los animales domésticos obran como paliativo.

Es interesante cuestionarse qué es lo que está ocurriendo en México respecto a la protección de los animales. Posiblemente muchos mexicanos tenemos ahora una mayor conciencia de nuestra pertenencia a la naturaleza, o quizás estamos más solos y, por lo tanto, más apegados a los otros seres vivos. ♦



Gabriel Macotela

sacrificados en ese rastro eran animales ya viejos, con frecuencia muy enfermos, con llagas encarnadas o con miembros fracturados. La mayoría procedía de un mercado rural de equinos, ya inútiles para trabajar, a los que nadie guardaba algún agradecimiento por largos años de labor. De allá eran traídos al rastro al tiempo que sufrían toda clase de maltratos. En aquella época, primero se enganchaba a los animales de las patas para luego colgarlos boca abajo antes de matarlos. En poco tiempo, toda la caballada del día moría y sus heces y sangre cubrían el suelo transformando el lugar en un deprimente paraíso para los estudiosos de las lombrices parásitas del intestino como nosotros.

Las experiencias que he relatado intentan mostrar actitudes muy contrast-

# Una crónica novelada de amor rural

GUSTAVO CURIEL

A través de la osada, diestra, deliciosa y sugerente narrativa que da cuerpo a *Quién como Dios*, Eladia González nos introduce al muy personal e íntimo “libro de recuerdos” de Soledad Ugarte de Valdés (mujer eje, mujer imán, piedra de toque, centro del libro que ahora se comenta). Esta *opera prima* (que tuvo a bien la fortuna de ver la primera luz bajo la fuer-tísima y certera protección del jefe de las milicias celestiales, un san Miguel Arcán-gel niño, vestido con alas de cartón piedra y reluciente casco militar rematado por plumas de guajolote blanco) fue cuidadosamente envuel-ta, cuando nació a la vida de las letras, en finos y albos pa-ñales de Holanda, ribeteados con lujosa encajería de boli-llo de estirpe decimonónica, que mágicamente brotó de la audaz y hábil mano de Ela-dia González. Debo advertir, sin embargo, que *Quién co-mo Dios* lejos está de ser una novela, como erróneamente la han dado en llamar la au-tora y sus padrinos, Germán Dehesa y Guadalupe Loaeza. *Quién como Dios* es más bien una crónica novelada que da cuenta pormenorizada de la azarosa y terrible vida de Soledad Ugarte. Eladia González escribió, a mi modo de ver, una crónica novelada de amor rural, si es que el género existe como tal en el pequeño y estrecho mundo de las etiq-uetas literarias. *Quién como Dios*, hay que señalar, es ante todo una historia de amor conta-da en forma muy diferente a la que estamos acostumbra-dos. Se trata de una historia de

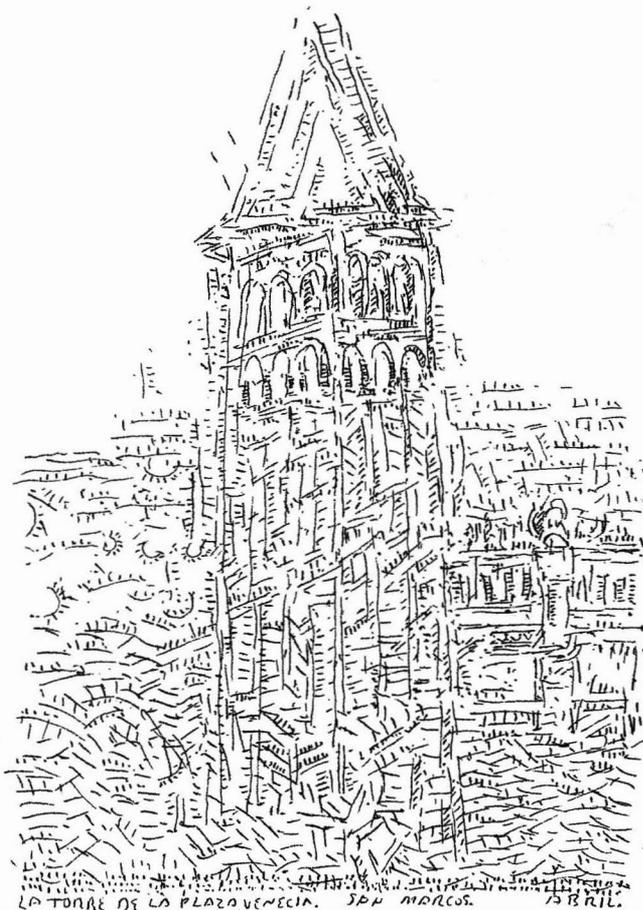
amor narrada con amor, con pasión des-enfrenada, con la recia entrega sensorial que significa el bordar sobre la almohadi-lla de la vida los recuerdos más recóndi-tos del alma provinciana, usando para ello —sin escatimar— finos hilos de seda, oro y plata, que convierten a la letra muerta en refulgente encajería sembrada de ca-prichosos berruecos.

*Quién como Dios* es una historia en la que el amor que se cuenta tiene dos caras. Es una historia galante en la que el amor es como el dios Jano—el dios de las dos ca-

ras opuestas—, el dios de las dos miradas contrapuestas por oposición, como dobles y opuestos son los dos filos de una navaja doble (uno de los cuales puede ser dulce como el jamoncillo y los ángeles, en tanto que el otro —el más filoso e hiriente— es agrio como el punzante sabor del arrayán y los demonios que acompañan a Lucifer en el averno). Todo depende del camino que uno tome cuando llega el amor a nuestras vidas. Así, la senda que eligió la niña Soledad Ugarte para transitar por el amor fue la del amor a contrapelo, la del amor a entrambas aguas, la del amor a contra-corriente, la del amor a destiempo. La niña Soledad sola, la niña Soledad solita, para-da sola frente a la doble elección que sig-nifica entregarse de lleno a una pasión sicalíptica —la del amor dulce como el jamoncillo que le pide el corazón de aba-jo— o transitar por el camino del deber ser señora respetable, aquel camino que le

marcaba el otro corazón, el que está bien puesto, el de arriba.

A primera vista, llama la atención la exuberante riqueza del lenguaje de que echó mano la autora: palabras, voca-blos, requiebros, piruetas, giros insospechados de la lengua, voces de antaño. Lengua que creía ya muerta y que ahora renace a la vida en todas y cada una de las jugosas páginas que relatan los cotidianos sucesos del “Li-bro de los recuerdos” de Sole-dad Ugarte. Sin duda alguna, el lenguaje empleado en esta cró-nica rural es el que usaron para expresarse nuestros mayores, es el lenguaje de los muertos, son las voces antiguas de los que nos precedieron en el camino de la vida. Muerto sí, pero tam-bién vivo, es el lenguaje con el que se comunican los peculia-res personajes de la galería de fan-tasmas que puebla la memoria de Soledad Ugarte. Memoria que a fuerza de no querer ser recor-dada ha ido a parar en el enorme armario-armatoste de muchos cajones ocultos, donde la niña Sole guarda bajo llave los re-



LA TORRE DE LA PLAZA VENECIA. SAN MARCOS. 75 BRIL.

MACOTELA

Gabriel Macotella

cuerdos que la acosan, los recuerdos que la asaltan, aquellos recuerdos que invaden su tierna y sola alma, su tierna y sola memoria.

Ahora bien, *Quién como Dios* es también la historia de una zona geográfica, la del Bajío mexicano; es la microhistoria de un pueblo, la de San Miguel de Allende; es la micromemoria de un rancho con pretensiones de hacienda, la Noria de Alday (estancia de ganado mayor convertida por Eladia González en la mítica Noria de Cifuentes).

Noria de Cifuentes, noria junto a la Noria de Alday. Dos haciendas en franca y decidida competencia, cada una con su casa grande, cada una con sus aires de gran señora de polendas. Las dos situadas a un lado de las retorcidas vueltas que da el Camino de las Vueltas, por el que se sacaba la blanca plata del Real y Minas de los Zacatecos.

Libro lleno, libro pletórico, libro abundante, libro atiborrado de refranes populares, de modos muy propios en el hablar de una región, de formas y protocolos diarios de la diaria vida rural. No me cabe la menor duda de que la crónica novelada

que escribió la autora es fino y reluciente espejo azogado que refracta en forma veraz los olvidados usos y costumbres de la mal llamada periferia; periferia que en esta singular historia de amor se convierte bajo la mágica pluma del chamán que es Eladia González en centro mismo del universo rural, en el ombligo de un mundo universal. Voces inéditas de una región que pueblan cada hoja del libro, cada línea del texto, cada frase, cada oración de los párrafos, adobando y dando sentido a la vida de los personajes que conforman el rico, sugerente y ecléctico teatro que resulta ser *Quién como Dios*.

"Cosas de chisgarabís", "El necio hace al final lo que el cuerdo al principio", "A ver si te pongo la puntada del repulgo", "Date a deseo y olerás a poleo", "Así empiezan las que mal acaban", "Nejayote nejayote pero tiene la letra de gente decente", "Por el tufo se conoce el petate", "Todos somos del mismo barro, pero no es lo mismo bacín que jarro", "Ese huevo quiere sal", "¡Tlacos! Pero si con el cántaro sudas, ¿qué será con el chocol chato?", "Al nopal lo van a ver sólo cuando tiene tunas", "Tender la cama caliente señal de gente indecente",

son algunos de los ricos ejemplos de la curiosa sabiduría popular, producto del insospechado y por desgracia lejano lenguaje de la siempre olvidada provincia mexicana. Sabiamente Eladia González rescata las formas y los matices del habla del San Miguel decimonónico, para luego incrustarlos, sin ambages, en la literatura nacional. A la vez que la autora se da a la nada fácil tarea de rescatar las antiguas voces nos hace partícipes del modo de hablar de las nanas y las criadas, del lenguaje de los chinacos, del lenguaje de los caballeros, del tono de mando con que se expresan aquellos que son "gente como uno". Mágicamente en *Quién como Dios* la palabra de antaño se materializa, toma forma; se congela en el tiempo y se transforma, toma giros y vuelcos inesperados en boca de cada uno de los personajes que aparecen reseñados en la crónica de amor de Soledad Ugarte. Crónica de un desdichado amor de tres ángulos que alimenta y mantiene viva a Soledad en los oscuros días de su sobre soledad. ♦

Eladia González: *Quién como Dios*, Planeta/Joaquín Mortiz, México, 1998. 431 pp.



# PUBLICACIONES UNAM

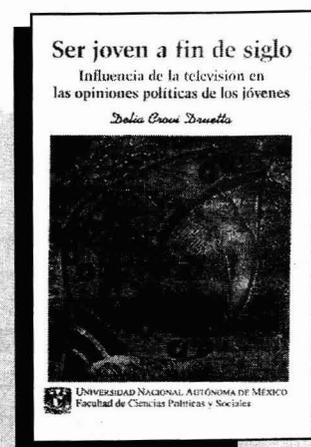


**La abolición del arte. XXI Coloquio Internacional de Historia del Arte**  
 Alberto Dallal: Edición  
 Instituto de Investigaciones Estéticas  
 Estudios de Arte y Estética 49  
 1998, 695 págs.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México D.F., Tel. 622 65 83 Tel. y Fax. 622 65 82  
<http://bibliounam.unam.mx/libros> e-mail: [pfedico@servidor.unam.mx](mailto:pfedico@servidor.unam.mx)

**Javier Barros Sierra**

Gastón García Cantú: Presentación  
 Coordinación de Difusión Cultural  
 Dirección de Literatura  
 Voz Viva de México. Universitarios  
 2da. edición 1998



**Ser joven a fin de siglo. Influencia de la televisión en las opiniones políticas de los jóvenes**  
 Delia Crovi Druetta  
 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
 1997, 140 págs.

Ventas: Red de librerías UNAM

## Viaje a los infiernos

ALINE PETTERSSON

Decir que hay tantos libros como lectores es verdad de Perogrullo, aunque por algo ese ilustre señor es tan afamado. Dice lo que uno quisiera decir y no se atreve. Fue él quien descubrió las bondades del hilo negro.

Y ya que de hilo se trata, *Los mártires* y otras historias están atados con el hilo de la búsqueda del padre. Esa necesidad—real o figurada—de encontrar al padre, que, finalmente, no es más que una refiguración.

La primera charla que sostuve con Nacho Solares fue después de mi lectura de su intensa novela *Madero, el otro*. Ahí descubrí ciertas hebras que me acercaban a su manera de ver las cosas, a sus obsesiones. Y pienso que éstas siguen presentes—y qué bueno—a lo largo de su obra. Y es que Solares busca dar cuenta de una mirada de soslayo a la realidad. Se asoma con filo a otras facetas que suelen también habitarnos.

“Y fue como regresar de cabeza a la realidad”, dice el autor en “El árbol del deseo”, el tercer relato de este libro. Pero, ¿a cuál? Porque en las tres narraciones, los ojos de los niños ven de otra manera. Y logran instalarnos—al menos a mí—en esos vericuetos que suelen descartarse por febriles, pero que uno acaba por reconocer conviviendo en uno.

Intentar colocarse dentro de dichas perspectivas es trabajo arduo, peligroso, del que el libro sale bien librado. En “Los mártires”, la mirada obsesiva que se permea, del delirio religioso, corre por sus páginas, y estoy segura que todos conocemos ese tipo de historias. El asunto estriba en hacerlas creíbles—literariamente creíbles—al lector de hoy. Hay otra constante en estos relatos y es la ausencia, o al menos la gran lejanía, del padre.

El deseo de los personajes—el deseo de los personajes en el mundo—es recu-

perar al padre, y de ello habló Homero en *La odisea*. Pero el deseo sigue tan presente como entonces. Aunque siempre hay una enorme distancia entre el padre real y el padre añorado.

En el primer texto, la búsqueda se da a través de la comunicación con el más allá. Aquí, la zona de ambigüedad es grande, porque mamá queda prendida—pese a ella misma—a las visiones del hijo y a la necesidad del rito clandestino que permite abrir los horizontes que la persecución religiosa hace tan difíciles. Por otra parte, en “Los mártires” hay una recreación de la Ciudad de México en la época cristera. El tranvía funge como una especie de barca de Caronte donde se pueden dar los encuentros. Todo es posible, y la pluma de Nacho Solares nos lo hace ver así. Hay un ir y venir imaginado del tiempo presente a los primeros mártires del cristianismo. Es la misma historia que vuelve a ser vivida. Las propias citas en latín de la liturgia permiten el tránsito. El niño Tarcisio ha casi reencarnado en el protagonista pese a sus juegos de fútbol en la Avenida Coyoacán. Es un tiempo y es el otro; pero considero que el acierto del texto es que imbrica los registros de la atemporal exacerbación religiosa con los datos de una vida cotidiana perfectamente reconocible.

Otro elemento que se repite en las historias—y no podría ser de otra manera—es el del viaje y sus medios de trans-

porte. En “Serafín”, el segundo relato, el hijo emprenderá el camino a la búsqueda del padre. Aquí va a ser el autobús el vehículo que llevará al niño a internarse en los infiernos de la ciudad, pero más allá de la ciudad misma. ¿Una pequeña *ores-tiada*? ¿Un viaje a las profundidades de Comala?

La ciudad cobra aspectos fantasmales, hay una sensación de oscuridad a lo largo del relato. Aquí papá no está muerto como en “Los mártires”; sin embargo, está muerto para el hijo y la madre. Así lo de-



Gabriel Macotela

mostrarán las vicisitudes del personaje. Y, así también, se recorren las calles y la vida del padre simultáneamente. El hijo armará la historia a través de las mujeres de papá. Solares crea una historia de visos más que frecuentes en nuestra sociedad. El padre que engendra y abandona; pero el abandono cobra matices trágicos, al rebasar lo puntual de la anécdota, para adentrarnos en las honduras de la condición humana. En la penumbra del alma.

Tanto en “Serafín” como en “El árbol del deseo”, el autor le ofrece a los niños un viejo guía para el trayecto a los infiernos. Virgilio de tintes grotescos que abren los umbrales a la otra realidad. Hay un pago—una especie de moneda—que debe

ser satisfecho. En uno va a ser la comida que la madre prepara —la torta de frijoles—, en el otro, un billete de cien pesos. En los pasillos de la estación de autobuses foráneos el niño verá a la gente como “sombras”. “—¿Adónde vamos!— se atrevió a preguntar cuando estaban en una amplia avenida como un río estruendoso.” Es el paso exacto que lo transportará al infierno, el camino inverso a Comala: del pueblo a la ciudad. Y la luz que lo alumbrará esa noche será la de una triste vela, el tiempo que da marcha atrás.

Hay un espejo roto y múltiples reflejos y la presencia de lo religioso en la figura de la virgen que se quiebra; de las supersticiones, en las voces lejanas de la abuela, del brujo, de mamá. “¿Cuántos rostros había sido él? ¿Cuántos Serafines hubo antes que este Serafín?” El tiempo que de nuevo deja de ser lineal. La referencia a “dos autos como carrozas fúnebres” anuncian el final ambiguo del relato, porque acaso, cuando Serafín despierte, lo haga a otra realidad. Desde luego que su propio nombre, así como el de Alma, una de las mujeres del padre, ofrecen las posibilidades de una lectura más amplia, sin por ello, volverse artificiosa.

La coincidencia de edades de la niña protagonista, su hermano y su gato conmigo, el mío y mi gato respectivamente, me hicieron revivir recuerdos. Porque, al igual que Cristy, yo tomé de la mano a mi hermanito (aunque sin el gato) para huir de la casa, y en “El árbol del deseo” completé el recorrido de mis fantasías.

A la mitad del relato, me encontraba más que perpleja, en vista de la sutileza de los dos anteriores. Algo no me acababa de convencer, era demasiado truculento, grotesco, pero, también, inocente.

Y este desconcierto poco a poco me fue ofreciendo el hilo conductor de la lectura, después de haberme dicho que era



Alejandro Arango

imposible que Nacho pretendiera ser creído cabalmente. Descubrí que en mi propia huida, yo volví pronto a casa, temerosa de peligros semejantes a los que arrostran la protagonista y su hermano. Entonces creí.

El mundo se construye aquí con la imaginación de la niña, forjada de lo que ha escuchado a sus mayores, de lo que ella misma ha leído en las señales externas de aquello que la rodea. Es una especie de cuento de hadas —con todo lo que de siniestro hay en ellos— vivido desde el deseo de la niña, y totalmente creído por ella. Le faltan elementos de la realidad mucho más complicada que lo que el relato ofrece, y mucho más horrible.

Desde luego que se dan suaves pistas, pero que el lector —yo, al menos— pasa por alto. Hay un despliegue de fantasías infantiles, vistas por un ojo que no ha perdido la posibilidad de rescatar a ese niño que alguna vez se fue. Y uno se convierte en otro hermano de Cristy, que es llevado

de la mano para ingresar al mundo de la pesadilla.

El guía será una vieja que no acaba de ser la bruja malvada, no del todo. Y la niña caminará las calles que transita en su vida diurna. Y le dará cauce a sus temores, a su enfrentamiento a la conducta de sus padres, que —bien vista— tampoco es tan terrible. Sin embargo, aflora el deseo de la pequeña de vivir todos en armonía, así como la distancia que media entre ella y sus mayores. Y esto la lleva a exagerar las cosas hasta la urgencia de escapar de ese entorno que ella siente ominoso.

El relato acaba estableciendo sus leyes, y el lector no puede menos que obedecerlas. Las referencias religiosas se dan a través de dos cuadros. Y aquí el infierno, en boca del padre, “tiene un gran fuego, aunque no lo veamos”. Al leer, nos sentimos atrapados —al igual que los hermanos— en la trama. Ya no importa qué tan verosímil sea, uno quiere librarse de las garras en las

que ha caído. El final restituye las cosas a su nivel hasta la próxima pesadilla.

El hecho de que en las tres historias sean “papá” y “mamá” quienes las atraviesan, nos pone en guardia sobre el punto de vista. Nos acerca a las fronteras de la percepción. Me parece un recurso acertado que hace innecesarias mayores explicaciones. El tiempo vivido del lector regresa a otros momentos, a esos otros “Serafines” que todos fuimos.

Y aquí, recordando, de nuevo, al doctor Perogrullo, tendría que añadir que *Los mártires y otras historias* me permitió adentrarme en los caminos de una imaginación —hecha texto— que sabe contar historias, que sabe comprometerse y comprometerse. Ésta es mi lectura. ♦

Ignacio Solares: *Los mártires y otras historias*, FCE (Col. Letras Mexicanas), 1997. 165 pp.

## Escribir como solución vital

JESÚS GÓMEZ MORÁN

A Quetzalcóatl g. Fontanot

Como el título de uno de los libros de Justo R. Molachino, *Para leer en los altos*, escribo estas notas en medio de un embotellamiento vial. La razón, como lo explica el mismo autor en el proemio de este libro, es simple y, por lo demás, lógica: inmersos como estamos en el ajeteo diario de una ciudad, tan conflictiva como cualquier otra que se precie de su carácter metropolitano, cuando el mundo externo, ese mundo de lo "real" se nos muestra bloqueado, la solución más viable, e incluso práctica, es volver la vista hacia el interior de uno mismo. Y entre el cúmulo de objetos y sustancias que entonces se vislumbran aparece eso que Santa Teresa llamara "la loca de la casa": la imaginación.

El punto al que quiero llegar es evidente y poco novedoso, pues a nadie extrañará que un libro como *Para leer en los altos* (cuya *altura* no sólo hace referencia a aquella que marcan los semáforos) o como *¿Sabes qué te falta a ti...?* sean producto de la imaginación. Sin embargo lo que me interesa destacar a propósito de estos títulos es una definición propia (que intenta rebasar la de la monja carmelita) del modo como la imaginación confluye dentro de la escritura literaria, y que consiste en un excedente de vida concretizado dentro de una obra escrita. En otras palabras, el papel que desempeña la imaginación es darle libre vuelo a esa parte del espíritu que generalmente aparece reprimida por la legislación (cuando no imperio) o la rutina vitales del hombre moderno, legislación y/o rutina que, sin embargo, no impide que el hombre, como pulpo al que se le enredan las extremidades (verbi gratia en el caso de un embotellamiento vial) y, materialmente, no puede ir más allá, lo haga entonces por medio de las facultades imaginati-

vas hasta ese momento olvidadas. Y merced a dichas facultades hasta el hombre más esclavizado es, a fin de cuentas, libre.

Y Molachino ejerce su libertad escribiendo textos como el siguiente de *Para leer en los altos*:

Y volveré yo a ti como si fuera antes,  
en una tarde oscura quizás que adelante  
sus pasos y ya no es tarde  
en una calle que transitamos juntos  
bajo algún cielo azul nada cobarde.

("Alguna vez regresarás")

Siendo un extracto de un poema, este fragmento citado no deja de ser representativo del ambiente que la pluma de Justo R. Molachino crea en el interior de sus escritos: un espacio para la recreación de las vivencias sentimentales. El tema ciertamente no es nuevo pero sí la mirada y el punto de observación desde donde se habla: no hay mayor novedad que ver el mundo como si fuera nuevo (¿acaso habrá alguien que dude lo sea?). Decir que existe "algún cielo azul" no es resultado en lo más mínimo de ningún tipo de ciencia, pero al ser convertido por la óptica del autor en "nada cobarde" nos encontramos en vilo frente a un cielo visto a través del espíritu.

Así las remembranzas van haciendo acto de aparición en el fluir de un subconsciente soterrado en el fragor de la vida diaria. Es cuando la nostalgia amorosa y la esperanza del reencuentro cobran cuerpo en el interior de cada verso, tesitura que se repite en este libro y en *¿Sabes...?*

Hoy tuve necesidad de tu voz  
de tu presencia, y tú no estabas...  
Llegó la noche lentamente...  
cerré mis ojos y pensé: alguien  
me despertará quizás en la mañana,  
las preocupaciones...  
mi conciencia, haciéndome saber  
que es lunes y comienza la semana.

("Fin de semana")

Sin embargo es en los poemas que denotan una actitud más optimista—e inclusive humorística— frente a la relación en pareja donde Molachino logra trascender el tono confesionario y revelarnos una auténtica postura frente al mundo:



Alejandro Arango



Arango 99.

Alejandro Arango

A mí me enferma lo que a ti te  
 [enferma:  
 las palabras vacías y las diarias mentiras,  
 las maneras pulidas y las frases hechas,  
 las camisas con nombres, las finezas  
 [fingidas,

.....

los alimentos tibios y la gente que es  
 [tibia,  
 las canciones de moda y las casas muy  
 [frías,  
 las personas ligeras y las copas con  
 [briznas,  
 las cocinas que huelen y la yerba  
 [crecida...

(“Lo que me enferma”)

Si tomáramos como divisa a defender el estado de ánimo que se contagia al lector con esta postura entre jocosa y crítica no muy ácida, veríamos entonces la riqueza que dentro de ambos libros se desprende a partir de sus cuentos cortos, privilegio de la brevedad, potestad de la exactitud y la gracia. Arribamos, pues, al terreno donde la risa se produce como un bálsamo ante

la innegable desventura. Así, en *¿Sabes...* encontramos que

El consternado sapito que  
 [aceptó cargar  
 al alacrán en su espalda  
 [para que atravesara el río  
 con la condición de que  
 [no lo picara,  
 escribió después de que lo  
 [rescataron  
 un breve ensayo que tituló:  
 “Naturaleza y comportamiento animal”.

(“Genio y figura”)

La efectividad de estos textos radica en la aguda mirada para llamar la atención sobre aspectos de la vida que,

como la escritura misma, permanecen desatendidas por la mayoría de las personas de las grandes urbes. Podría decirse, parafraseando a Ortega y Gasset: “el árbol impide ver el bosque” y esa visión parcializada que se nos inculca desde niños nos lleva a imaginar la esencia de lo que debe ser una:

“Realización”

Cuando sea grande, dijo uno de los niños, seré bombero; yo médico, respondió otro, yo carpintero, dijo un tercero. El cuarto niño que era mudo, extendió sus brazos y ascendió hacia el cielo ante la mirada de sus compañeros.”

(De *Para leer en los altos*)

Y yendo a la par, este cuento se vincula y corresponde con el poema “Sumaba”, donde la crítica a través del

humor (que junto a la brevedad de los textos lleva a pensar en las *Historias de cronopios y de famas* de Julio Cortázar) gana por nocaut en un asunto que de lo banal se transforma (transformación vívida que presenciamos en los personajes) en una reflexión filosófico-existencial:

Contó tanto en su vida,  
 con tanto afán, ahínco,  
 ambición y sin descanso,  
 que se convirtió en un número uno  
 tieso y solitario que encabezaba la fría  
 lista de desaparecidos sin causas  
 [aparentes.

Así que ¡cuidado, desprevenido lector!: en estos libros hay textos que funcionan como espejos, otros como cauterio de las heridas amorosas y algunos que de un plumazo revelan la condición humana, pero todos ellos con la factura de la imaginación por delante, pasaporte indispensable para situarse de lleno “en lo Alto”. ♦

Justo R. Molachino: *Para leer en los altos*, JGH Editores (Los colores del tiempo), México, 1997. 52 pp. Y *¿Sabes qué te hace falta a ti...?*, Alpe Ediciones, México, 1997. 101 pp.



Arango 99.

Alejandro Arango

**Miguel Ángel Alamilla** (Ciudad de México, 1955). Licenciado en pintura por la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda, donde también fue profesor de dibujo, pintura y composición. En 1982 obtuvo la Beca de Producción de Dibujo y Gráfica del INBA. Entre sus exposiciones individuales se cuentan *Alamilla, pintura reciente* (Galería Pecanins, 1998) y *Miguel Ángel Alamilla, música para pintar* (Galería Rafael Matos, 1999).

**Alejandro Arango** (Ciudad de México, 1950). Asistió al curso de pintura en el Taller libre de San Carlos y al de Figura humana, tamaño y grabado en metal en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda. Entre sus exposiciones individuales contamos *New York 1978* (Galería AKSA, 1979), *Reflejos* (Galería OMR, 1984), *Pequeño formato* (Galería Arte Actual Mexicano, Monterrey, Nuevo León, 1989), *Zona de guerra* (Centro Cultural Casa Lamm, 1994) y *Baños públicos y privados* (Galería Óscar Román, 1997).

**José Balza** (Delta del Orinoco, Venezuela, 1939). Narrador y ensayista. Ha denominado como "ejercicios" a toda su obra. Trabaja en la Universidad Central de Venezuela. En 1991 recibió el Premio Nacional de Literatura de su país. Fue conductor del programa televisivo *Texto y figura*, transmitido por el Canal 8 de Venezuela y por el Canal A, CUNY de Nueva York. Entre sus publicaciones destacan las novelas *Marzo anterior* (Monte Ávila Editores, Venezuela), *Percusión* (Seix Barral, España) y *Medianoche en video: 1/5* (FCE), el libro de cuentos *Ejercicios narrativos* (UNAM), y los de ensayos *Este mar narrativo* (FCE) y *El fiero (y dulce) instinto terrestre* (Academia de la Historia, Venezuela).  
jose\_balza@hotmail.com

**Carmen Boullosa**. Véanse los números 506-507, 556 y Extraordinario I de 1998. Actualmente es profesora invitada en la

Universidad de Georgetown, Washington.  
cboullosa@compuserve.com

**María Constantino**. Ha colaborado en los números 511, 518-519, 530, 531, 533 y 567-568.

**Gustavo Curiel**. Colaboraciones suyas aparecen en los números 550 y 567-568.  
curielm@servidor.unam.mx

**Héctor Dante Cincotta** (La Plata, Argentina, 1943). Bachellor of Arts por la Universidad de Nuevo México (EUA), Master of Arts por la Universidad de Houston (EUA) y doctor en letras por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). En 1972 obtuvo el Primer Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes, en 1973 el Primer Premio de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires y en 1993 el Premio Nacional de Literatura de su país. Ha publicado *El libro de las sombras y de los horizontes. Obra poética completa (1961-1990)* [Sheffield Academic Press, Reino Unido], *La antigüedad de las nubes* (Sheffield Academic Press) y *Estudios de poesía argentina* (Universidad de Tucumán), entre otros libros.  
legales@strab.gob.gba.gov.ar

**Beatriz Espejo**. Véanse los números 508, 511, Extraordinario de 1994, 532, 542, 550, 558 y Extraordinario II de 1998.

**Gil Garea** (Ciudad de México, 1954). Artista plástico. Obtuvo el Premio de Adquisición del Salón Nacional de las Artes Gráficas Sección Bienal de Gráfica (1981), el Primer Premio Salón de Octubre Sección Gráfica (1989) y el Primer Premio del Concurso Internacional Pinturerías, el Arte del Arte Taurino (1994), así como Mención Honorífica en la III y IV bienales de pintura Rufino Tamayo (1986 y 1988). Entre sus exposiciones individuales contamos *La mimeografía* (Casa de la Cultura de Colima, 1983), *Zoología* (Galería Azul, Guadalajara, Jalisco, 1992) y *Naufragio*

(Galería Arte Actual Mexicano, Monterrey, Nuevo León, 1992).

**Jesús Gómez Morán**. Colaboraciones suyas aparecen en los números 540, 543, 554-555, 560-561 y 573-574. Recientemente apareció su libro doble de poesía *La consagración de la primavera/Epigramas sin épica* (Ediciones Arlequín)  
madirola@hotmail.com

**Vicente Guarner** (Barcelona, España, 1928). Nacionalizado mexicano en 1942. Médico cirujano por la UNAM. En el Instituto Mexicano del Seguro Social fue jefe de Cirugía y Gastroenterología del Hospital de la Raza y jefe de la División de cirugía del Hospital General del Centro Médico Nacional; también fue jefe de Cirugía del Hospital Ángeles, donde actualmente labora. Obtuvo el Premio de Cinematografía Quirúrgica (Asamblea Nacional de Cirujanos, 1976), el Premio a la Excelencia Médica (Grupo Ángeles de Hospitales de la República Mexicana, 1996) y, en dos ocasiones, el Premio Fernando Ocaranza al mejor trabajo de cirugía experimental (Academia Nacional de Medicina, 1969 y 1973). Es autor, entre otros, del libro de ensayos *Murmulllos en el ático* (UNAM), de la historia novelada *Nelatón. Memorias y olvidos* (Beta), y del libro de medicina *Esófago normal y esófago patológico* (UNAM). Recientemente publicó la novela *El cazador de sombras* (Edamex).

**Sergio Hernández** (Huajuapán de León, Oaxaca, 1957). Artista plástico. Su obra ha sido presentada en Brasil, Estados Unidos, Francia, Cuba y México. Entre sus exposiciones individuales se encuentran *La fiesta* (Galería OMR/Centro Cultural Mexicano, Laredo Texas, 1985), *Seis dípticos* (Galería Arte Contemporáneo, 1988) y *Apocalipsis ahora* (Galería Quetzalli, Oaxaca, 1994).

**Regina Hernández Franyuti** (Paraíso, Tabasco, 1950). Licenciada en historia y maes-

tra en historia del arte por la UNAM. Fue becaria del Instituto de Investigaciones Estéticas de nuestra casa de estudios, donde fungió como técnica académica. Fue profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora (IM), donde actualmente es secretaria académica. En 1995 recibió el premio Francisco de la Maza en Arquitectura, Restauración y Urbanismo a la mejor tesis de maestría (INAH). Es autora de *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la Ciudad de México, Versiones y diversiones de un cirquero* y *Un vuelo por la ciudad*, todos ellos publicados por el IM.

**Leticia López Margalli** (Ciudad de México, 1968). Licenciada en historia por la UNAM. Desde 1993 trabaja en Escribanía, S. A. de C. V. Es coautora de los libros *La voz de los trabajadores del campo* (CFE), *50 años de memoria común* (Grupo Gutsa), *180 maestros del arte popular mexicano* (Fomento Cultural Banamex) y *Hospitales en la palabra del tiempo* (Hospital Manuel Gea González).

**Gabriel Macotela** (Guadalajara, Jalisco, 1954). Realizó estudios de pintura en la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda y en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de San Carlos, donde también fue integrante del grupo Suma. Es fundador de Cocina Editores y de la librería El Archivero. Obtuvo el Premio de Adquisición en el Segundo Salón Nacional de Pintura de Bellas Artes (1980) y Mención Honorífica en la Primera Bienal de Cuenca (Ecuador, 1987). Su obra ha sido presentada en España, Francia y México. Algunas de sus exposiciones individuales son *Paisaje urbano* (Galería Pecanins, 1981), *Ciudad rota* (Museo de Arte Moderno, 1986), *La sonora industrial* (Museo Rufino Tamayo, 1988) y *Ciudad a la intemperie* (Museo Carrillo Gil, 1991).

**Jorge Marín** (Uruapan, Michoacán, 1963). Realizó estudios de artes plásticas en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y de restauración y conservación de bienes en la Escuela Nacional de Conservación y Restauración de Muebles del INAH. Su obra ha sido presentada en Alemania, Estados Unidos y México. Sus exposiciones individuales más recientes son *Ceramic Portraits* (Courtier Gallery, Los Ángeles, California,

1998) y *Fin de siglo* (Club de Banqueros de México, 1999).

**Lucía Maya** (Isla de Santa Catalina, Avalon, California, 1953). Vive en México desde los 4 años de edad. Realizó estudios de dibujo, pintura y escultura en el Instituto Allende de San Miguel de Allende, Guanajuato. Aprendió a grabar en el taller de Alejandro Ehremberg. Su obra ha sido presentada en Canadá, Estados Unidos, Cuba y México. Entre sus exposiciones individuales se cuentan *Preludios del insomnio*, *Las fases de Hécate* (Museo del Palacio de Bellas Artes, 1996), *Digo luna y no aprendo los nombres de la noche* (Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1997) y *Los motivos del amor. Heroínas y vencidas* (Galería Iturralde, Los Ángeles, California, 1999).

**Dulce María Núñez** (Ciudad de México, 1950). Realizó estudios de artes plásticas en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda y de experimentación gráfica y serigrafía en el Centro de Investigación y Experimentación Plástica del INBA. Fue profesora de dibujo y grabado en la Universidad Iberoamericana plantel León, Guanajuato. En 1981 obtuvo el Premio de Adquisición en el Salón Nacional de Artes Plásticas, sección Bienal de Gráfica. Entre sus exposiciones individuales contamos *Miniexposición efímera* (Sala Wagner, 1975) y *Solos, muros y golpeados* (Galería OMR, 1994).

**Aline Pettersson**. Ha colaborado en los números 508, 520, 530, 539, 541, 550, 558 y Extraordinario II de 1998.

**Ricardo Pozas Horcasitas**. Es miembro del consejo editorial de *Universidad de México*. Véanse los números Extraordinario de 1994, 534-535, 543, 556 y 566.

**Daniel Rodríguez Barrón**. Colaboró en los números 570-571 y 575.

**Juan Antonio Rosado** (Ciudad de México, 1964). Licenciado y maestro en letras por la UNAM. Ha sido profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad del Claustro de Sor Juana y el Instituto Tecnológico Autónomo de México; actualmente lo es en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios, donde fue investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas. En 1998,

la UNAM le otorgó la medalla Alfonso Caso al Mérito Académico. Fue becario del Fonca durante el periodo 1997-1998.

**Julio Sotelo** (Ciudad de México, 1950). Médico cirujano por la UNAM con especialidad en neurología por el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía de México; realizó estudios de posgrado en neuroinmunología en la Universidad de Londres y en neurovirología en los Institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos. Actualmente es director general del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. Es profesor de posgrado en la Facultad de Medicina de nuestra casa de estudios e investigador de los Institutos Nacionales de Salud de México. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. En 1992 recibió la Condecoración al Mérito en Medicina Eduardo Liceaga, otorgada por la Presidencia de la República. [jsotelo@servidor.unam.mx](mailto:jsotelo@servidor.unam.mx)

**Carlos Vázquez-Yanes**. Colaboraciones suyas aparecen en los números 536-537, 548, 550, 557 y 564-565. [cvazquez@miranda.ecologia.unam.mx](mailto:cvazquez@miranda.ecologia.unam.mx)

**Mariana Yampolsky**. Véase el número Extraordinario I de 1998.

**Ricardo Yáñez** (Guadalajara, Jalisco, 1948). Realizó estudios de licenciatura en lengua y literatura hispánicas en la Universidad de Guadalajara y en la UNAM. Fue director del semanario *Paréntesis* y coordinador regional de Notimex. Es fundador de *Unomásuno*, *El Sur* y *La Jornada*, donde actualmente escribe la columna El eco y la sombra. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Ha sido profesor en la Universidad de Guadalajara; ha coordinado talleres en la Universidad Autónoma de Puebla, El Instituto Hidalguense de Cultura y Radio Universidad de Guadalajara, entre otras instituciones. Obtuvo el primer lugar de poesía en la cuarta edición del Premio Punto de Partida. En 1998 la Universidad Autónoma de Nuevo León y el Instituto de Cultura de Nuevo León le otorgaron un reconocimiento a su labor como tallerista y poeta. Es autor del libro de artículos periodísticos *Prosaismos* (UAM-Azcapotzalco) y de los libros de poesía *Diversitimiento* (Departamento de Bellas Artes de Jalisco) y *Ni lo que digo* (CNCA), entre otros.

## NOVEDADES EDITORIALES COORDINACIÓN DE HUMANIDADES UNAM

### ANTROPOLOGÍA

**La cultura plural. Homenaje a Italo Signorini**  
Alessandro Lupo y Alfredo López Austin (coords.)  
Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1998

**Entierro y ofrendas en Teotihuacan. Excavaciones, inventario, patrones mortuorios**  
Evelyn Childs Rattray  
Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1998

### ARTE

**La abolición del arte. XXI Coloquio Internacional de Historia del Arte**  
Alberto Dallal (coord.)  
Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998

**Historia del arte y juicio crítico**  
Óscar Olea  
(Incluye un *diskette* con el programa Arte)  
Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998

### EDUCACIÓN

**La calidad en la educación superior en México: una comparación internacional**  
Salvador Malo, Arturo Jiménez (coords.)  
Coordinación de Humanidades/Porrúa, 1998

### HISTORIA

**Compendio de la gramática náhuatl, 2ª ed.**  
Thelma Sullivan D.  
Instituto de Investigaciones Históricas, 1998

**Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl, 2ª ed.**

Alfredo López Austin  
Instituto de Investigaciones Históricas, 1998

**Los pueblos indios y el parteaguas de la Independencia de México**

Manuel Ferrer Muñoz (coord.)  
Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999

### POESÍA

**Poesía y no poesía: notas sobre la literatura europea en el siglo XIX**

Benedetto Croce  
Coordinación de Humanidades, 1998

**El poeta en un poema**

Marco Antonio Campos  
Coordinación de Difusión Cultural,  
Dirección de Literatura, 1998

**Obras poéticas (Parnaso Mexicano 1844)**

Fernando Calderón  
Coordinación de Humanidades, 1999

### POLÍTICA

**La cultura política de los alumnos de la UNAM**

Víctor Manuel Durand Ponte  
Coordinación de Humanidades/Porrúa, 1998

**Semanario político 1994-1997**

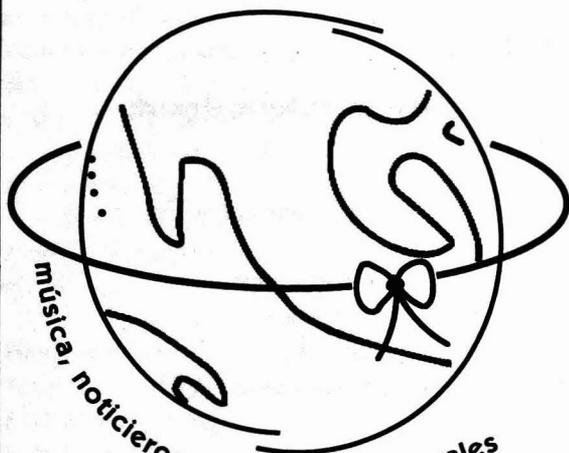
Horacio Labastida  
Coordinación de Humanidades, 1998

Para informes y adquisiciones dirigirse a la Coordinación de Humanidades, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F. Tel: 56 22 75 88, Fax 56 22 75 90.

Correo electrónico (E-mail): [jrios@servidor.unam.mx](mailto:jrios@servidor.unam.mx)



# De México para el Mundo



música, noticieros y programas culturales

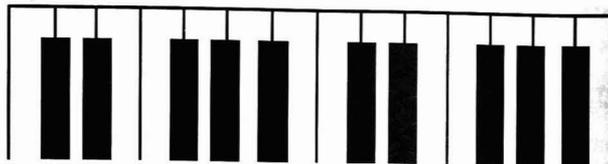
**XEPPM 06 6105**  
**RADIO EDUCACIÓN ONDA CORTA**  
Una cobertura amable

**CONACULTA**  
RADIO EDUCACIÓN

# JAZZ

Sábados a las 00:00 hrs.

Canal 22  
CONACULTA



La cultura también se ve

Consulte nuestra programación a Notitel 5224.1808 sin costo.



## PUBLICACIONES UNAM

**La Universidad y la tolerancia**  
*Rafael Cordera Campos y Eugenia Huerta*: Coordinación  
Secretaría de Asuntos Estudiantiles  
1996, 265 págs.

**Redes de inclusión. La construcción social de la autoridad**  
*Fernando Castañeda Sabido y Angélica Cuéllar Vázquez*: Coordinación  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
Dirección General de Asuntos del Personal Académico  
1998, 271 págs.

**Crecimiento económico y distribución del ingreso**  
**Balance teórico y evidencia empírica**  
*Manuel Aguilera Verázuzco*  
Facultad de Economía  
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán  
1998, 548 págs.

**Normas técnicas y de estilo para el trabajo académico**  
*Miguel López Ruiz*  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Colección Biblioteca del Editor  
3a. edición: 1998, 166 págs.

**Encuentros y reflexiones**  
*Silvia Molina*  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
Textos de Difusión Cultural  
Serie Diagonal  
1998, 160 págs.

**Teoría del entrenamiento**  
**Diccionario de conceptos**  
*René Vargas*  
Dirección General de Actividades Deportivas y Recreativas  
1998, 232 págs.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México D.F., Tel. 622 65 90 Tel. y Fax. 622 85 82  
<http://bibliounam.unam.mx/libros> e-mail: [pfedico@servidor.unam.mx](mailto:pfedico@servidor.unam.mx)

Ventas: Red de librerías UNAM

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Nuevo domicilio:

Los Ángeles 1932, número 11,  
Colonia Olímpica, 04710,  
Delegación Coyoacán, México, D. F.

Nuevo teléfono

para suscripciones y publicidad:  
56 06 69 36

Los teléfonos de la publicación siguen  
siendo los mismos:

Dirección: 56 06 13 91  
Coordinación editorial: 56 66 34 96  
Administración: 56 66 39 72  
Fax: 56 66 37 49

## MARIANA YAMPOLSKY: DESCANSANDO



# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Los Ángeles 1932, núm. 11, Col. Olímpica, 04710, México, D. F.

## ¡SUSCRÍBASE HOY!

12 números \$200.00 (en el extranjero US\$ 90.00) 24 números \$400.00 (en el extranjero US\$ 180.00)

Forma de Pago:

Cheque

Giro Postal

Suscríbase a: Revista *Universidad de México*. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F.

A PARTIR DE \_\_\_\_\_  
NOMBRE \_\_\_\_\_  
DOMICILIO \_\_\_\_\_  
COLONIA \_\_\_\_\_ C. P. \_\_\_\_\_ TELÉFONO \_\_\_\_\_  
CIUDAD \_\_\_\_\_ ESTADO \_\_\_\_\_ PAÍS \_\_\_\_\_

También puede llamar al 56 06 69 36 o enviar un fax al 56 66 37 49 y acudiremos a tomar su suscripción *dentro* del Distrito Federal

imágenes periodísticas relatan un hecho ajeno a la fotografía misma, y vale por los sujetos o los objetos retratados, rara vez por la acción del propio fotógrafo. En esta foto de Yampolsky vemos a una madona pobre y triste con el niño en brazos y una niña recargada en sus piernas; sin embargo, Yampolsky transforma esta escena —donde la pobreza y la brutalidad creada por el trabajo y la vida miserable dan lugar a un paisaje dramático y atormentado— y consigue arrebatar compasión al mundo inhumano que lo rodea para mostrarnos, en medio de un ambiente desesperador, los rostros serenos e incluso sonrientes de sus habitantes. La foto no pretende ser una denuncia, es más bien un lugar de la realidad donde lo mismo importa el contrapeso entre las formas rígidas y las suaves, entre las luces y las sombras, que las circunstancias sociales vividas por un grupo de personas. La foto quiere ser menos una invitación a la protesta o la indignación que formar parte de nuestra vida, no como un concepto, sino como algo ya visto, comprobado por los propios ojos: un segundo incontrovertible de la realidad, obediente a una gramática visual y a un impacto emocional que no jerarquiza entre las nociones de luz, pobreza, explotación y geometría.

Daniel Rodríguez Barrón

## MARIANA YAMPOLSKY: *DESCANSANDO*



San Pablito, Puebla

Una de las grandes dificultades de un fotógrafo es hacer de una imagen periodística una obra de arte. Las imágenes periodísticas relatan un hecho ajeno a la fotografía misma, y vale por los sujetos o los objetos retratados, rara vez por la acción del propio fotógrafo. En esta foto de Yampolsky vemos a una madona pobre y triste con el niño en brazos y una niña recargada en sus piernas; sin embargo, Yampolsky transforma esta escena —donde la pobreza y la brutalidad creada por el trabajo y la vida miserable dan lugar a un paisaje dramático y atormentado— y consigue arrebatarnos compasión al mundo inhumano que lo rodea para mostrarnos, en medio de un ambiente desesperador, los rostros serenos e incluso sonrientes de sus habitantes. La foto no pretende ser una denuncia, es más bien un lugar de la realidad donde lo mismo importa el contrapeso entre las formas rígidas y las suaves, entre las luces y las sombras, que las circunstancias sociales vividas por un grupo de personas. La foto quiere ser menos una invitación a la protesta o la indignación que formar parte de nuestra vida, no como un concepto, sino como algo ya visto, comprobado por los propios ojos: un segundo incontrovertible de la realidad, obediente a una gramática visual y a un impacto emocional que no jerarquiza entre las nociones de luz, pobreza, explotación y geometría.

Daniel Rodríguez Barrón

